

Alfonso Castro

# De mis Libres montañas

1931

EDITORES:

LIBRERIA Y TIPOGRAFIA BUFFALO  
MEDELLIN - COLOMBIA

ALFONSO CASTRO

*Manuel Ospina Saenz*

1933

De mis libros  
montañas ✓

1931

Editores:  
FRANCISCO LUIS FERRER & Cía.  
Librería y Tipografía Buffalo  
Medellín--Colombia

---

*Ironías...*

---

---

---

## IRONIAS....

—Es lo último?

—Sí, señora, lo último. En *El Buen Tono* los precios son fijos. Usted lo sabe.

Hubo una pausa. La señora de Sandoval no se resolvía a quedarse con las prendas. Mentalmente echaba sus cálculos... Julio le había dado esa mañana seis pesos para sombreros y zapatos de las niñas. Cuatro, los dos sombreros y.... dos para calzado! Imposible! Ni que hiciera milagros!.... Julio era exigente, y tratándose de gastos molestábase siempre. Todo le parecía exorbitante y hasta innecesario. Quería decencia y aun lujo en la casa, pero desprenderse del dinero le costaba gran trabajo, amén de los agrios reproches.... Vida más triste!

Y por su alma, exprimiéndosela como esponja de llanto y amargos jugos, pasaron en tropel los recuerdos de las diarias y pequeñas miserias del hogar. Fama de ricos, exigencias sociales, alta posición y ¡qué penalidades, qué regateos y qué humillaciones para gastar un peso!.... Preferible la pobreza y aun la escasez, pero sin esa angustia continua del corazón.

Entre tanto la señora, la vista vagarosa, suavizaba la felpa de uno de los sombreros.

—Pues no me resuelvo—dijo de repente.... Si usted quisiera rebajar.

Insistía con el gesto de súplica de quien defiende lo necesario. Su existencia de casada, haciéndole olvidar las holguras de soltera, habíala acostumbrado a ello.

—Imposible, señora. Ya le he dicho que los precios son fijos. Lo siento.

La gentil vendedora, con ademán un sí es no de desagrado, retiró los objetos del mostrador.

—Calzado para niñas?—preguntó entonces la de Sandoval, sin moverse de su asiento.

—Muy bueno y de todas clases y precios—respondió la vendedora, trayendo a poco una brazada de botas y zapatos diminutos, que depositó sobre el mostrador:

—Mire si le gustan blancos, o vea si prefiere los americanos.... Los americanos tienen la ventaja de que son más durables y no deforman el pie. Lo único que hay es que son un poco más caros.... Cada par de éstos cuesta cuatro pesos....

Cuatro pesos! Un abismo.

—Buenos días—dijo una voz arrogante. Y crujiendo faldas, esparciendo aromas, repiqueteante el zapato claro Luis XV y bien modeladas las curvas de placer, entró la Estrella. Ojos de lujuria y conquista los suyos, sedeña la melena de artístico peinado bajo el sombrerillo de fieltro gris, flor de provocación la boca, bellos los dientes siempre rientes, tonalidades de raso en la piel del rostro y en las manos de caricia, largas y cuidadas. Fulgían piedras preciosas en las orejas, y en los dedos recamados de anillos y una sierpe de oro con ojos de rubí, se enroscaba en la muñeca.

Todos los ojos la asaetaron, curiosos unos, recelosos los otros.

Ella altiva, con desafiante belleza de pecado, no reparó en nadie y pidió una esencia fina.

—Hay desde tres hasta veinte pesos.

—Quiero ver los frascos de veinte.

Olió con displicencia el artístico, que en estuche de cuero le presentaron, y devolviéndolo, dijo:

—Sepáreme éste. Lo quisiera mejor, pero si no hay más....

La de Sandoval no le apartaba la mirada, el corazón en pugna por salirse del pecho. Resurgía por la milésima vez la historia a medias conocida; la que amigas benévolas, entre retiscencias y piedades, le habían murmurado en más de una ocasión; la que su costurera, con diplomacia malévolas y plebeya, pre-

tendió endilgarle íntegra, a lo cual ella se opuso por un sentimiento de verdadero señorío y orgullo: la historia de Julio y la Estrella....

La Estrella, esa mujer de escándalo que ahora la afrentaba con su lujo, que la desafiaba soberbia, fingiendo ignorarla y que rápidamente se sorbía la fortuna de Julio, es decir su fortuna, la que heredó de sus padres y que tan escasamente le había servido a ella y a sus muchachitas.

—No hay nada mejor?—decía la Estrella, examinando un zapato terso y oloroso como un cofre de aromas.

—Es lo mejor que tenemos. La última moda. Quince pesos el par.

—Entonces me separa del mismo número tres pares surtidos: de charol, grises y canelos.... De la seda bien puede medirme los tres metros. Creo que con eso hago traje completo. No olvide las combinaciones y los pañuelitos de batista.

Movíase sin descanso, de una a otra parte, mirando ora las vitrinas, ya los estantes, recargados de cosas seductoras y frívolas, y haciendo separar lo que le agradaba, sin preocuparse ni por el precio ni por la utilidad.

Un buen rimerero de telas, de objetos de tocador, de figurillas artísticas, campaba ya en un extremo del mostrador.

Al fin, cansada, se detuvo:

—No será más por hoy. Cuánto vale eso?

Escribió cifras la vendedora en un pedazo de papel, examinando lo vendido y luego, después de sumar, dijo con desconfianza apenas disimulada:

—Ciento ochenta y siete pesos, con treinta centavos.

—Está bien.

Y de una cartera de cuero de Rusia, retiró la Estrella billetes de diez y de cincuenta pesos, y después de guardar las vueltas, advirtió:

—Mandaré a mi sirvienta esta tarde a reclamar eso.... Vendrá con una tarjeta mía. Buenos días.

Salió sonreída, triunfadora, sin reparar en nadie, en tanto que la señora de Sandoval dejaba rodar al descuido por las mejillas el llanto de su alma, como íntima esencia de su drama cotidiano.

*Nido de odio*

---

## NIDO DE ODIO

¡Valentías las de la miseria!

Vivía la mujer en las afueras de la ciudad, en inmundo zaquizamí, de una sola pieza, sin baldosas ni blanquimento, y cuyo techo, en el invierno, era el de un zocavón de mina por lo mucho que el agua se filtraba. Comunicaba con un solar sembrado de caña, y con el pesebre donde el potentado, dueño de la mezuquina heredad, cuidaba su mula.

Todas las mañanas, clareando el alba, oíanse golpes a la puerta:

—Abran ligero.... Gente más dormilona....

—Ya voy.... Un momentico.

Y la pobre mujer, vestida a medias, corría desalentada a abrir al autoritario asistente, quien a fuerza de sufrir fierezas del amo, había acabado por gastarlas con los míseros. Y entraba aquel malacaroso, tonante, llevando la mula de cabestro, una mula afelpada y episcopal, que parecía complacerse, en veces, en satisfacer fisiológicos apremios en la vivienda del desamparo.

—Se duerme, no, doña Juana?

Sonreía la interpelada por única respuesta, con sonrisa donde se advertían las humillaciones todas y las tristezas de los vencidos, que pasan la noche en vela para que no escasee el amargo zoquete del día siguiente....

Dormir ella! A las doce o una de la mañana, extenuada, destrizado el ánimo, tirábase sobre el camastro, anublados los ojos, incapaces de distinguir el hilo, indómitos los dedos, anquilosados casi, impotentes para el manejo de la aguja.

Y no era para menos. Una labor de seis de la mañana a doce de la noche revienta una bestia. Al pie de la puerta de la calle, donde la luz brillaba plena, cose que cose todo el día, y luégo, cuando teñían las tinieblas, la apestosa vela de sebo continuaba alumbrando el trabajo.

Por supuesto que la costura no era su solo oficio: la olla de la pitanza reclamaba su presencia frecuente, y el aseo y remiendo de los andrajos de su muchacho, que concurría a la escuela, robábale alguna hora.

Mas no se quejaba. Viuda y desamparada, juzgaba fortuna tener el trabajo necesario que la libraba de la mendicidad. Cierto que la hechura diaria de doce camisas por veinte centavos, resulta irrisorio; pero cuando se tienen urgencias no se pueden pedir gollerías. La cuestión estaba en vivir bajo techo, y en que ella y su hijo llevarsen algo al estómago, y satisfacía lo uno y lo otro.

Parte de sus ganancias junto con las propinas brujeadas entre señoras caritativas, servíanle para mantener a raya el hambre, y con tres pesos, heroicamente guardados, pagaba al potentado el arrendamiento del pesebre, elevado al rango de vivienda humana.

Fines de mes hubo, no obstante, en que, a pesar de esfuerzos y privaciones, veíase en dificultades y le era menester acudir al horror del montepío, donde dejaba la plancha u otra prenda indispensable. Sin embargo, mal que bien salía del apuro, entre gruñidos del casero por el retraso de uno o dos días y las angustias consiguientes a la espantosa enfermedad de vivir sin lo preciso.

Pero una vez cualquiera, sintióse mala y tuvo necesidad de guardar cama una semana. Vino naturalmente la paralización de labores y bajo su coyunda, el ayuno forzado. Buenos vecinos, de los que aún sienten el florecimiento en el alma de las férvidas palabras del Nazareno, recortaron su yantar para que la viuda y el hijo fueran hartos. Y fueron hartos. Sólo que no tuvieron dineros para el pago de un arrendamiento ya vencido, y el potentado, el honorable señor, espejo de ciudadanos, representante de ilustre

compañía comercial y vocero,—con todo y retrato por altruísta en la prensa local—de las fecundas ideas en los cenáculos prestigiosos, no daba espera.... Buenos los tiempos para proteger holgazanes! ¡Como si no fueran suficientes los cincuenta centavos, amén de los tambores de hilo que, sábado por sábado, derrochaba en su almacén, y las sobras repartidas diariamente a los pordioseros en la casa!

De humor insufrible, humor de hombre satisfecho y muy atareado, plantóse en la de la viuda:

—Ya sabe: si mañana no me paga, desocupa.

—Pero, señor, si he estado enferma. Aguárdeme unos días, por la Virgen.

—Nó, qué cuento! Tengo mucho qué hacer para estar aquí cada rato.... Y ésto, sépalo, me lo pagan mejor, y sin tanto trabajo.

—Yo no me he hecho nunca remisa, señor. Solamente ahora le pido un placito.... Figúrese, ocho días en cama sin ganar un centavo.... Hasta la saya hecha hilachas la he tenido qué empeñar para comprar las medicinas....

—Y por qué no hace lo mismo con la máquina para que me pague a mí?

—¡Por Dios! Y si la empeño con qué como? Cómo atiendo a mis compromisos?

—Pues entonces cualquier otra cosa....

—No tengo nada que valga la pena.... Ojalá!

—La misma cantaleta de siempre!... En fin, haga lo que le parezca, pero ya sabe: si no me paga mañana....

Remató la frase, volviendo la espalda y chasqueando los dedos como quien ahuyenta un perro.

El hijo de la sin ventura, que contemplaba la escena sin pronunciar palabra ni hacer el menor movimiento, pávidos los ojos de anémico, arrugado el entrecejo en interrogaciones de temor sobre eso aplastante que es el poder del dinero, sintió en lo íntimo un malestar turbador, que quería resolverse en lágrimas, en vista de las que perlaban las mejillas de su madre, o en mordiscos, arañazos y maldiciones contra la fuerza desmesurada del señor recién salido, igual para su mente infantil a la de los mohanes de

los cuentos de rictus feroz y peludas pezuñas, que se tragan un hombre de "un pipo".

Muy temprano, al día siguiente, el mohán fue puntual.

—¿Qué hubo, señora, me paga hoy?—inquirió enjugándose el sudor de la frente y echándose hacia atrás el sombrero de copa.

—Ay! Señor, un placito.... Ni un centavo he conseguido. Ni siquiera tenemos desayuno...

—Pues lo siento, pero no puedo esperar... Présteme entonces la llave...

Entrególa la mujer sollozante, inclinada hacia la tierra en vencimientos definitivos, imagen exacta del desamparo, que se somete al destino mísero creado sobre seres indefensos por hombres sin entrañas.

El honorable, hosco el gesto, sin decir palabra, cerró la puerta y partió....

Quedaron la madre y el hijo frente a frente, zozobrando en incertidumbres las miradas, encalambreados los estómagos por la mordedura de la inanición, con la tristeza desolada de la impotencia en el alma.

Rumiaba el chico un pensamiento, que se cuajaba en sus interioridades con todas las resacas de la injusticia y los dolores traicioneros de la miseria. Miraba al suelo sin ladrillos, donde una hormiguita, salida de una grieta, seguía a otra, y a otra.... Miraba a la mujer extenuada, empalidecida por las privaciones, envejecida en plena juventud.

—Cuando yo sea grande—dijo de repente en llamear de odio prematuro—consigo un cuchillo para enterrárselo a ese viejo en la barriga....

Sobresaltóse la madre amedrentada, presintiendo en el caos de su pena, al futuro presidiario, al hombre a quien obligan a matar a fuerza de privaciones:

—No, por la Virgen, hijito, no diga esas cosas que ofenden a Nuestro Señor..... Hay que perdonar.....

—Perdonar!.... Y el viejo nos ha perdonado que siamos pobres y que no tengamos nian desayuno.... ¡Maldito viejo, que porque tiene plata la hace llorar a usted!

Y ante la cadena de los brazos maternos que lo

estrecharon, acabó en lágrimas la rabia del rapaz, que bebió en besos la boca amorosa, como queriendo evitar que rodaran al suelo donde serían fecunda semilla de justicia y de muerte.

---

*En el surco*

---

De mis libres montañas—2

---

---

## EN EL SURCO

¡Cosas las de la vida!

Precisamente esa mañana estaba el peón José Longas más alegre que nunca, y con un mundo de dulces soñaciones enredadas en el cerebro.

Desde muy temprano había emprendido la faena. Radiante el día y lleno de vibraciones luminosas columbradas sobre yerbales y sembrados, por entre las ramas de los árboles, a ras de la yerba menuda y húmeda, donde pastaba el ganado lentamente con run-run agradable. Un cielo azul cobijaba todo de modo amoroso. En el cenit, nubecillas tenues y crespas ponían la nota cándida de sus almas. La tierra, aún húmeda de rocío, olía deliciosamente a prendas femeninas, a vida. Sobre las hojas temblaban gotas purísimas de agua que se robaban los rayos del sol, descomponiéndose en irisaciones de piedras preciosas. Muy cerca, un arroyo, murmuraba una canción de alegría, y su linfa, mansa y transparente, reflejaba la flora de las orillas y la magnificencia del cielo, dejando ver en el fondo las piedras cubiertas de lamas verdosas, la brillantez de las arenas como pepitas de oro y los escarceos súbitos de peces, que relampagueaban en la penumbra con reflejos de puñales.

De repente, en un precipitarse de pasión que se alborota, se escurre por entre una estrechez del cauce y da un salto para caer en el cuenco de una roca, donde muere su ingenuidad y se torna espumoso y resonante, decorándose en alburas, convertido en un gargarismo de perlas, que al fin se desparraman en flecos de movibles encajes y en vapor levísimo.

Por allí, entre la hojarasca, se anda una parva-

da de pericos, que sostienen insoportable gritería y un gran revuelo de pájaros que, pío, pío, picotean los frutos silvosos y recogen pajas para el tálamo nupcial. Los garrapateros, humildes malferidos de la fortuna, asentados en las ancas de las vacas o en el suelo, se rebuscan en solicitud del sustento, moviendo la cola de abajo hacia arriba. Con gentileza de gran señor, luce un gallo su marcial figura en presencia de algunas gallinas, que, sin parar mientes en el galán, escarban la tierra y persiguen saltones y lombrices. Simpáticos y bohemios los gorriones, han salido de bureo esa mañana más temprano que de costumbre, en busca de aventuras por sementeras y huertos.

José remueve la tierra a azadonadas, tocado con el sombrero de caña, de anchas alas, en parte expuesto el pecho veloso y musculado, que deja al descubierto la camisa de diagonal, en pliegues descendida hasta la mitad del muslo. Lleva pantalones de dril, remangados hasta la mitad de la relevante pantorrilla, y constelados de múltiples remiendos, que pregonan las acuciosidades maternas, y de su cintura pende el clásico machete en su vaina de cuero, pintarrajeada con ingenuos dibujos y rameada de movedizas tirillas.

Tas.... tas.... tas.... Y el azadón corta con golpe seco y rítmico la tierra, desgarrándola para tornarla misericordiosa con la semilla que ha de albergar dentro de poco. El surco se ensancha ante la pujanza viril. Queda marchita, sin vida, la maleza, que el sol retuesta y convierte en currujas. Sobre el suelo, antes uniforme, van amontonándose los terrones, lisos por donde los hirió el instrumento, negruzcos y saturados de humedad fecunda por el lado por donde fueron arrancados y resechos hacia la superficie. Satúrase el aire de un olor acre y delicioso, el vaho de la madre común en celo prolífico, promesa de abundante cosecha. Algunas mariposas revolotean por sobre el campo recién removido.

Pérlasele a José la frente con gotas de sudor, que al moverse van al surco, evidenciando el símil de que el hombre amasa su pan con los jugos de sus mús-

culos. Respira con fuerza. Arrebólase el rostro moreno y tostado. Brillan intensamente los ojos negros y dulces como los de un becerro. Las guedejas sombrías de la melena, que se escapan por debajo del sombrero, tiemblan al compás del esfuerzo de sus brazos. El sol pica de firme sobre las espaldas.

Detiéndose de repente. Lanza un suspiro de fatiga, coloca las manos, una sobre otra, en el ástil del instrumento, y se pone a mirar al horizonte, allá lejos donde se cuajan los vagos anhelos, con mirada llena de cosas imprecisas. El charlotear del arroyo, la paz idílica del vasto mundo y la chillería de los pájaros, le soplan una porción de ideas e imágenes deliciosas:

Hastai como estaba ayer domingo en el mercado! Más linda y.... tan querida! En su interior, gratamente, se ilumina la silueta adorada.

Esos ojos grandes, dulzarrones y atristados; la cara sonreída, sonreída como con vergüenza, y tan pispapa con el lunar de la mejilla y el hoyuelo de la barba; el pelo negro y lustroso, ceñido por la balaca roja y quebrado en ondas, que en moreado de coquetería enmarcan la frente; la color morena y teñida con los sonrojos y el satinado de una manzana madura, que provoca al mordisco... Y aquel busto duro, combado, incitante, tibia almohada para aguardar tranquilamente la muerte. Sus movimientos, más revoloteos de paloma enamorada que otra cosa. Por bajo de la falda aplanchada y olorosa a limpieza, juegan los pies tan amigos del agua, que siempre en ellos obra primores por mucho frecuentarlos. Y luégo el modo de conversar, de mirar, ese perfume de toda su persona, que no se sabe si viene de su cuerpo prieto o de algún rincón del alma, pero que trasciende a juventud, a florecita del monte o a pobreza honrada....

De uno y otro modo, en los oficios caseros o en las faenas del campo, silenciosa y pensativa en la cocina o jovial y pudibunda en el pueblo, José la veía en su mente, y se le iba el pensamiento en un fluír de delicias, en un arrobamiento del alma, que lo hacía estremecer y sonreír, ofuscado por momentos en una vislumbre de púdicas venturas....

Y el sábado? El sábado la dicha! Se casarían e irían a vivir al rancho que él, con sus propias manos, levantara. Chico como un nido, sin asilo más que para dos, perdido en la huerta bajo las hojas del platanar. Por frente, eras sembradas de cebollas, coles, lechugas, alternando con las matas de ají y de tomate, donde lucían los frutos encendidos, con rosales florecidos y con muchas otras flores vistosas y perfumadas. Después, en penumbras frescas y discretas, los árboles de café de verde sombrío, esmaltados de florecillas blancas y de frutos de púrpura, distribuidos en simétricas calles bajo la sombra rizada de písamos y guamos. Por detrás, las matas de plátano, con hojas como banderas de exótico país, doblegadas por los racimos. Más allá el maizal ya parido, con cada caña engalanada por la mazorca de cabellera rubia. Silencio grato y sugestivo de plantíos por todas partes, silencio misterioso de la tierra que se dispone a ser madre en un asesar triunfante de fuerzas que el hombre encauza. El humo del hogar que se escapa por entre la paja del techo y sube en columna azulosa al cielo, como tributo de gentes sencillas y mansas.

Lo bueno de la vida! El, con el alba, levantaría a darle duro al trabajo, que, según el señor cura, es la mejor oración para el Dios del Cielo. Ella, en la casita, entregada a sus oficios hasta las nueve, en que armada de las dos ollas del almuerzo y de la arepa grande y caliente, iría a buscarlo para almorzar en dulce tranquilidad y compañía. Se entrarían solos, por allí a una ceja del monte, y se tenderían en el suelo, muy juntos, casi rozándose. Bocado el uno y bocado el otro con la enorme cuchara de palo, mucho hambre y el sancocho jugoso y aromatizado con las yerbas de la huerta, y entre bocado y bocado, un beso... Qué bien sabría así todo! Después, mientras se despachaban los otros peones, un cachito de sueño, sobre el colchón de pajas secas, con ella recostada sobre uno de los brazos, las bocas muy cerca, los ojos durmiéndose en los ojos y las respiraciones confundidas. Luégo, a golpear de nuevo, aunque el sol fuera llama sobre las espaldas. Por la tardecita, con el aza-

dón o el hacha al hombro, muy aprisa al rancho. Saldría a recibirlo su mujer—; qué bello esto de “su mujer!”—hasta el sendero de la huerta, y él al verla se escondería entre las ramas. Muy afanada ella, pondría a buscarlo hasta darle caza, y entonces se le arrojaría al cuello, lo estrecharía con mucha fuerza contra el pecho, murmuraría al oído palabras de dulce reproche, que le encenderían la sangre, en tanto que risas de gozo y palabras entrecortadas de hondo sentido, se desgranarían de los labios. Entrarían abrazados a la vivienda. La comida en la cocina, frente al fogón como una joyería de magia, abundante y sabrosa, preparada con lo que él había sembrado y condimentada como el almuerzo, con explosiones de un amor recatado y ardiente. Y más tarde, ah! sí!, entre los dos, neceando y revolviéndolo todo, un barrigoncito desnudo, pura bola de mantequilla, que les robaba la calma y gran parte del mutuo cariño... Al anochecer, sentados a la puerta, mirando la belleza del cielo, rasgaría el tiple y elogiaría a su “negra” con trovás y bambucos.

Y el soñador se puso a canturrear entre dientes:

Las estrellas en el cielo  
Todas miran de p'arriba;  
Que nos hemos de querer  
Manque nos cueste la vida.

Por el filo de una espada  
Me atrevo a subir al cielo,  
A coronarte de gloria,  
Hermosísimo lucero.

—Hijuel diablo! me cogió el día—dijo de repente mirando el sitio del sol. Me estoy embobando con estas indormias... Pero no es ni gracia!

Recostándose el azadón al pecho, escupió en las palmas de las manos, se las frotó enseguida y tornó a golpear la tierra con brío.

—Adiós, compañero,—gritó un peón mozo que venía del monte. Trabajando mucho, no?

José levantó la cabeza:

—Eh! hombre Juancho, qué hay? Yo aquí sudando hasta l'alma pa ver si gano el viver—y con el índice de la mano derecha se enjugó el sudor de la frente.

—Y qué tal pinta la cosa?

—Está de pelar. Lo que es di'hambre no nos morimos, con la ayuda de Dios.

Agachóse, cogió un puñado de la tierra removida, la desmenuzó entre los dedos, la olió con deleite y después, presentándola al recién llegado, le dijo:

—Vela y verés.

El peón la olió con indiferencia:

—Está buena. La cuestión es trancale...

Luégo, bruscamente, con la fisonomía burilada por el albor inconsciente del regocijo que quiere ser pena, acercósele a José, y bajando la voz, le murmuró:

—Querés ver qué tan fregadas son las mujeres?

El interpelado pareció no comprender y no respondió. Haciendo un gesto de asombro, se puso muy pálido y el corazón le dió un vuelco.

El peón agregó:

—Caminá pa que vias a tu novia.... Allá está entre el monte con el niño Jacinto, el hijo del patrón, que vino a pasar los asuetos aquí a la finca. Cuando venía, oí un ruidito a un lao de la trocha y me asomé con maña, creyendo que era un animal y los vide.... Eran ellos. Caminá si querés convencete.

José se quedó paralizado, sintiendo el torrente de la sangre en el cerebro y en el pecho. Un frío glacial, que lo hinchaba, lo hinchaba bajo la piel, borronándole la noción de los objetos circundantes, le ascendía de los pies a la cabeza..... Juana? su novia? El niño Jacinto.... Y estas solas representaciones le martillaban sienes adentro, con fragor de astillas, causándole dolor físico.

Sentía las fauces abrasársele por momentos, y el cuero cabelludo parecía querérsele desprender de los huesos. Los nervios le vibraban, como cuerdas de violín y lo invadía un desaliento en músculos y voluntad. Giraban las cosas, en manchas de sombras

y luz, a su redor, como el zumbido de una inmensa abeja, que fuera a parar en el vacío. Fundíase la vida, se borraba casi gratamente, en evanescencias de vértigo.... Juana.... el niño Jacinto!

—Qué hubo, hombre? Caminá ligero antes de que se vaya—exclamó el peón con la placidez del efecto obtenido en el rostro.

Y tomando al sinventura de un brazo, lo llevó hacia adelante. Atravesaron la tierra removida y llegaron a la trocha del monte. Paso a paso y con tiento caminaban, haciendo esfuerzos para evitar el crujido de chamizas y hojas secas. Juancho iba adelante, y José detrás, simple autómatas, sin darse cuenta de nada. Dolíanle las sienes y no veía sino millares de estrellitas amarillas, azules, tornasoladas, rojas, que sin cesar pasaban ante sus ojos como rayando el éter. El corazón le saltaba queriendo reventarle el pecho, y la sequedad de la garganta lo hacía respirar con la boca entreabierta para tragar bocanadas de aire fresco.

De repente Juancho, deteniéndose en media trocha y mirando con gran sigilo a un lado, entre los matorrales, dijo muy bajo:

—Vé, pa que no vas a decir que soy un levanta-falsos—y con sonrisa de triunfo señaló el grupo de un mozo y una muchacha, medio ocultos entre las ramas.

Ella en el suelo, las manos enlazadas por delante de las rodillas, en un suave ir y venir del busto, tenía los ojos clavados en su acompañante, quien de pie la miraba con sonrisa un si es no es displicente de hombre saciado. Hablaban paso, y por los ademanes y gestos, se comprendía que el mozo intentaba ya retirarse y la muchacha, con expresión amorosa, pugnaba por retenerlo, entre ruegos y rudas ternezas.

José miró, miró profundamente, con voracidad. Miró, miró... Son inconmensurables los poderes del infierno cuando así desgarran un alma! Es canalla el querer cuando de tal modo se tiñe de infamia!.... Miró, miró hasta saciarse, en segundos de vida más largos que la eternidad. Vió una mirla que desde una ramita expiaba el grupo, pero la vió como cosa que se

ha de quedar para siempre en la memoria....

De repente, como tigre herido, como la concreción del macho de todas las edades, ultrajado, mancillado, ensangrentado en las esencias de su vida, dió un salto y se abalanzó sobre la hembra impetuoso, formidable, machete en mano. Fué un relámpago de odio. Rugió con voz reseca:

—Ah! jedionda!

Y le asestó un machetazo en pleno cráneo.

---

*Amo y señor*

---

---

## AMO Y SEÑOR

Llamábase Eleuterio Arcila, pero negros y blancos le decíamos Luterio por cariño. Era el atizador del Salado.

Destácase en las nieblas de mi recuerdo, ligeramente cargado de espaldas, la barba enmarañada, tiznado el rostro, el bigote áspero, la camisa de tela recia siempre por fuera, el pantalón de manta lleno de remiendos y la cabeza aindiada, cubierta por mugriento sombrero, en cuyas alas el constante humo del tabaco, que nunca se apagaba en sus labios, había dejado la mancha canela de las cocinas.

Al hablar tartamudeaba un poco, y con el esfuerzo los ojos se le inyectaban, convertíasele la boca en una regadera de saliva y en todo el cráneo se advertía el golpeteo dificultoso de las palabras. Era manso y limpio de corazón como los que quiere Cristo para poblar su reino. Baste decir que nos soportaba a mis primos, primas y a mí, toda clase de impertinencias y diabluras.

Invadíamos el cobertizo del Salado como una horda de bárbaros, y los grandes fondos de agusal hirviente se llenaban de papas, chócolos y plátanos, hurtados poco antes de las huertas y despensa de la casa.

Mientras aquéllos se cocían, entablábamos por sobre los montones de leña y los pozos de agua salada, un juego de *chucha* de mil demonios... ¡Qué rojas se ponían entonces las mejillas de mis primas y qué brillo tan intenso y extraño adquirían sus ojos! No sé por qué mi mente infantil comparaba unas y otros con el chisporroteo maravilloso de la candela, que vibra-

ba, soplaba, chasqueaba, bramaba, jugaba, lloraba y se reía en el antro infernal del horno.

Luterio, entre tanto, pacífico y feamente sonreído, nos miraba con mirada de abuelo, riéndonos con fingido enojo de cuando en cuando:

—Día.... diablo e muchachos! Un día.... un día destes.... a la pa.... paila uno y.... no re.... recojo sin el cal.... caldo....

No le hacíamos caso y sólo reclamábamos su atención, cuando juzgábamos listos los comestibles para saciar nuestra gula insaciable.

—Luterio, ya están las cosas. Caminá sacánolas que se nos deshacen.

Y rodeábamos el fondo, codiciosos, apresurados, para que en la partija no fuera a haber un trastrueque.

—Se.... será, porque, porque no estoy ocu.... ocupado.... Día.... diablo de.... de ene.... enemigos ma.... malos....

Pero rezongando y todo, se armaba de la coyabra de larguísimo mango, y se ponía en la no fácil labor de retirar nuestras golosinas del líquido hirviente. Y por cierto que, con gran frecuencia, tenía que interrumpir la tarea, pues a lo mejor del tiempo surgían serios disturbios en el grupo de hambrones, porque la papa que le había dado al uno era del otro, y porque éste había echado chócolo y le daban plátano.

Mi prima María Rosa, especialmente, era la más cavilosa. Como se sentía admirada y ya casi señorita, con un punto de sombra junto al labio que era una tentación, y unos ojazos grandes y embrujados, que miraban como penetrando en caricias, se creía siempre con derecho a lo mejor, aun cuando lo peor llevara. Y con lo mejor se quedaba, porque en lo fuerte de un altercado, en vez de replicar, miraba, y a nosotros los muchachos esas miradas nos daban como miedo, al propio tiempo que un cosquilleo muy sabroso se nos regaba por todo el cuerpo... Naturalmente, ella no se peleaba sino con los varones en quienes presentía rendidos siervos... ¡Olía tan gratamente mi prima María Rosa!

\*\*\*

Luterio no tenía más que un defecto: le gustaban con delirio los ardores del viejo anís, de ese diablillo alborotador, risueño en ocasiones como rasgurar de tiples, y trágico a veces como una puñalada en la sombra o un barberazo en el rostro.

Terminada la faena los sábados por la tarde, y muy mudado y carilimpio, con ruana de forro rojo doblada sobre el hombro, se plantaba en *La Ladronera*, donde se vendía de lo bueno.

¿Por qué llamarían *La Ladronera* aquel ventorri- llo, mitad taberna y mitad tahona, donde se amasaba el más sazonado pandequeso? Lo ignoro. Sólo sé que allí, a más de aguardiente, se surtían las gentes del contorno de toda clase de comistrajés, en cuya preparación era habilísima la señá Cuncia. Recuerdo, en especial, los tamales largos y descoloridos y las empanadas repulgadas y nutritivas, que a nosotros nos sabían a gloria y que a mi prima María Rosa, tan remilgada, la producían ascos....

Luterio llegaba ansioso, sediento, echando los bofes por la precipitación gastada al subir la falda, que separaba *La Ladronera* del Salado.

—Bu.... buenas tardes—decía a la concurrencia, compuesta por lo común de mozos ya un tanto alegres, que fumando y riendo departían en el mostrador, en el patio de la casa o en el corredor que daba al camino!

Recibíasele con agasajo, especialmente por parte de la señá Cuncia, quien veía en él un gran consumidor, enemigo de camorras, y en cuanto se plantaba en la puerta, se le invitaba a una copa.

El primer trago de Luterio! Aquello era edificante y sugestivo como un rito de unción. La gula hecha hombre, una gula reposada, hierática, irradiando en ansias comunicativas. Todos los entusiasmos y fuerzas de un organismo puestos al servicio de un acto definitivo.

Trago doble! Mientras fluía el líquido de la botella, haciendo gorgoritos y burbujas en el vaso, Luterio miraba y remiraba, con ojos voluptuosos y dila-

tados, convertido todo él en una sonrisa casi mística, en la que había un poco del gesto anticipado por la picazón del licor, al propio tiempo que tragaba en seco, sugestionado por el intenso placer que se le venía encima.

Una vez el vaso listo, lo cogía con mano tembloroso; lo contemplaba; volvía a la concurrencia; intensificaba la sonrisa hasta convertirla en mueca de ventura; botaba al suelo una sonora saliva, que caía estampándose como una tarántula de largas patas; limpiábase el labio con el envés de la mano y..... adentro! Qué iluminación de dicha! El anís entraba quemando deliciosamente las entrañas ávidas. Un rugido de satisfacción como de bestia en celo satisfecha:

—Sa.... sabroso!....

Después, y poco a poco, el delirio. Un delirio sin palabras, calmo, quieto, en inmovilidades de fakir, cortado a intervalos por resoplidos de gusto y por señas para nuevas libaciones. Juro que Luterio en ese estado tejía la malla de un mundo gratisimo, embellecido por la irrealidad. Era un poeta para adentro, para sí, verdadero narcisiano, como ojalá fueran la mayor parte de los que escriben renglones cortos.

Al fin se dormía mancornado, el chicote en la boca, sobre un costal de papas o sobre el granero, hasta el día siguiente, en que volvía a empezar después de remojarse las greñas.

Dimitas lo acompañaba en tan inocentes expansiones.

\*\*\*

Dimitas? Vaya un tipo! Negro, bajito, rechoncho y sudoso. Manejaba una partida de bueyes de los que llevaban las rastras de leña al Salado. Tenía los ojos lacrimosos y sonreía siempre con plácida expresión de tonto. Yo veía en él la fiel imagen de los enanos, gnomos o genios de que hablaban mis cuentos infantiles.

Luterio era su íntimo amigo, y juntos rendían su ferviente tributo a copas y botellas. Amistad rara la de esos dos seres, en que las palabras eran cosa va-

na, pues muy pocas, poquísimas, gastaban. Se entendían admirablemente gruñendo como lechones.

Digno de verse el grupo de los dos compadres, cuando los domingos por la tarde, de regreso de *La Ladronera*, bajaban la falda, cogidos del brazo. Iban de un lado a otro, silenciosos, meciéndose como saucos. Tropezaba el uno, el otro lo sostenía y ñutían ambos. De repente se detenían, y Luterio sacaba una botella del bolsillo del pantalón poniéndosela a Dimitas en la boca. Bebía éste y bebía aquél, mirándose con ojos soñolientos. A Luterio le daba casi siempre hipo, que hacía más incomprensible su escaso fraseo. Encendían tabacos, que se apagaban prontamente y terminaban a la fija en inmundada. Y proseguían la marcha, que duraba, en ocasiones, hasta bien corrida la noche.

\*\*\*

Rugía *Riógrande* al pie de la falda.

En cauce amplio al principio, las aguas que recorren laderas y sembrados, vienen tranquilas y calladas, sin tropiezos que a su curso se opongan. Mas de repente, las orillas se estrechan en consolidación de cataclismo, en el punto preciso donde está situado el puente de palizada y techo de paja. Pura roca es el suelo, y sólo, con un trabajo de siglos, ha logrado el río labrarse una grieta angosta y profunda, por donde corre en fuga de furiosos, hirviente, atronador, reventando en espumas y en jirones de niebla. Salvado el obstáculo, cae en un inmenso tazón donde se arremolina mansa y traicioneramente, soltando al desprenderse tenuísimo vapor. Giran y giran allí las aguas en círculos amplios, que se ensanchan más y más a cada vuelta, con lentitud, como si fatigadas por el esfuerzo anterior, quisieran reposar un poco antes de lanzarse en su rápida carrera. Manchones de amarillenta espuma y centenares de leños de todos tamaños, pulimentados por el roce continuo, nadan sobre la superficie sin que la corriente los arrastre. Cuando más, al aproximarse por fuer-

za de inercia al vórtice, éste se los traga vorazmente para arrojarlos luégo, en medio de turbios borbotones, a poca distancia, pero sin jamás abandonarlos.... Eterno y desesperante círculo vicioso, apenas comparable a los dolores de la vida!

Las gentes, como es lógico, le tienen pánico. Ser viviente que allí cayó nunca más sabrá de la vida. Dar vueltas y revueltas eternamente, será su destino. Y mientras tanto, entre los sencillos campesinos, florecen consejas y leyendas. Hasta se asegura que las almas de los que allí han perecido, en noches de borrasca, cuando en horrores braman las aguas, vagan por los contornos dando alaridos.... Lo cierto del caso es que aquello sobrecoge el ánimo mejor templado, dando idea cabal del hundimiento inevitable.

Luterio es el único a quien el abismo no intimida. Como desde pequeño se ha enfrentado con el río, ha llegado a ser uno de sus dominadores. Nada como un pez, y no hay secreto de las aguas que no le sea familiar. En el propio remolino ha dado muestras de su maestría insuperable, pues en distintas ocasiones le ha arrebatado dos cadáveres, que se obstinaba en retener cual si fueran maderos sin importancia.

Cuando Luterio está de humor, es un gusto verlo sumergirse en las profundidades de la linfa, engañosa y mugiente, para repuntar a poco en una de las orillas, con elegancia y agilidad que en tierra no se le conocen. Transfigúrase el rostro con brillo áureo de sonrisas y de energía, se le abrillantan los ojos, mueve la cabeza con sacudimientos de monstruo acuático, los brazos y piernas son aletas de corte certero, con las cuales subyuga la onda indomable, donde se sostiene con la tranquilidad de un bote sobre el agua mansa de un lago. Pasma habilidad tan prodigiosa.

\*\*\*

La espantosa creciente de un sábado por la noche arrastró el puente, de tal suerte que el domingo por la mañana hubo necesidad de reemplazarlo por dos gruesas vigas, porque el tránsito no podía interrumpirse y el río no daba vado.

En *La Ladronera* no se hablaba sino del acontecimiento, y todo el mundo hallábase preocupado, pues era cosa que ponía horripilaciones en la piel y daba vértigos el solo pensamiento de la maroma sobre las vigas. Algunos hasta se permitieron chistes referentes a Luterio y a Dimitas, que, como siempre, santificaban el día con la frecuencia de los tragos.

Más temprano que de ordinario, resolvieron los dos amigos regresar al Salado, temerosos de que, como otras veces, la noche se les viniera encima. Por supuesto que Luterio no omitió la precaución de echarse al bolsillo la botella de aguardiente, que debía mantener vivo por el resto del día, en su sangre y en la de su compinche, el fuego sagrado que conforta y rejuvenece.

De brazo, como siempre, bajaban la falda a trancos, deteniéndose a cada paso para lo de la botella, grande en esta ocasión memorable. Mas al llegar al puente improvisado se detuvieron. No podían pasar juntos; era necesario separarse e ir el uno después del otro. "Y este Dimas con esas patas tan flojas", pensó Luterio. Hubo un momento de vacilación. Allá abajo el río, amenazador como siempre, se encrespaba y rugía en trepidaciones de tragedia. Las vigas eran como dos tallos miserables: peciolos delgaditos y endebles para el paso de hormiguillas humanas. Un sol poniente, anémico entre nubes de invierno, llenaba de oros mortuos el espacio y tornasolaba el vapor que ascendía de la vorágine. Dimitas miró a Luterio con ojos hebetados e interrogativos, donde se asomaba la angustia.

—Si.... siga de.... delante que.... que yo lo cuido.... cuido—dijo aquél y el otro obedeció.

La emprendieron con las vigas con desmañada cautela. Dimitas marchaba pálido y tembloroso, entre sudores que le corrían por la espalda. Sus pies se alisaban a cada paso; las piernas le flaqueaban.

—No vea pa.... p'abajo. Vea.... vea pe.... pelante—gritó Luterio.

Pero aquello era inevitable. El río era una ávida boca. A Dimitas se le zafó una pata y se fue al fondo.

Por la mente de Luterio pasó un relámpago de heroísmo y sacrificio. Y no pensó en nada. De un salto se arrojó al remolino que se lo tragó. Segundos escalofriantes como el vértigo. Las aguas en la superficie, con serenidad falaz, formaban círculos y círculos plateados de espumas, en tanto que en el fondo la lucha contra la muerte debía tener los caracteres de titánica....

De repente, junto a la orilla, como un ser mitológico, como una bestia anfibia, se agitó la cabeza de Luterio, digna de grabarse en soberbio medallón. Surgió después un brazo que sostenía como glorioso trofeo la botella.... Un esfuerzo supremo, y logró pararse en firme, arrastrando del pelo a Dimitas, casi exánime. Ambos estaban desnudos. El río, ya que no la vida, les arrebató las ropas, dejándoles la simbólica alegría del anís, que el nadador supo defender como al hermano.

—Bendito seas, seas.... mi Amo y Se.... Señor —exclamó Luterio arrobado, arrodillándose sobre la arena, con la botella en alto contra el sol, de suerte que no se sabía si la plegaria iba propiamente hacia el Dios del cielo o en férvido reconocimiento a las limpideces del aguardiente.

---

*El muerto*

---

---

---

## EL MUERTO

Claro que las salidas nocturnas de don Félix traían cavilosos y parloteantes a los peones, mujeres y chicos de *La Cristalina*, porque en medio de esos campos de vida monótona, de pequeños chismorreos y envidias, y tratándose del patrón, cualquier hecho que de los límites de la normalidad saliera, debía dar rienda suelta a la curiosidad y hasta engendrar el encanto de la conseja lugareña con su marco de romanticismo. Pero pretender alguien descifrar el misterio, que ya volaba deformado de labio en labio, era asunto de otro orden.

Don Félix no gastaba intimidades con nadie y mucho menos con sus inferiores. Parco de palabra, sus órdenes eran enérgicas y concisas como las de un general en el campo de batalla. Siempre enseriado, mirando intensamente con sus ojos de un gris de acero, el bigote entrecano y erecto y la figura procera, imponía respeto a cuantos se le acercaban. Era uno de esos tipos nacidos para el mando, que muy ocultos mantienen los sentimientos afectuosos y ante quienes nunca se está tranquilo. Sus hazañas de jefe de guerrillas en el Tolima, durante la guerra de los tres años, lo habían rodeado de un prestigio de valor y resistencia, superado por muy pocos.

Por la noche, a las diez, después de cerrar la novela de aventuras en que se entretenía pasada la comida, o de conversar con los viejos peones de confianza o con los mayordomos, sobre cuestiones referentes a ganados y labranzas, daba la orden consabida:

—Cirigüelo, ensíllame el macho.

Y el muchacho, renegrado como un idolillo del Africa y con la dentadura muy blanca, siempre alerta a la voz del amo, corría a la pesebrera a enjaezar el Retinto.

Se conocían y estimaban bien Cirigüelo y el Retinto. Cuando aquél abría la cancilla, alumbrándose con un farol de tela blanca, la bestia, que pastaba tranquilamente, levantaba la cabeza, paraba las orejas con gallardía y daba una especie de resoplido de satisfacción o de cariño.

—Ai estás de zalamero,—decía el muchacho; y después de darle suaves palmadas en el cuello y en el anca, empezaba a ensillarlo con sumo cuidado, sin omitir el menor detalle de seguridad, convencido de que el señor al montar repasaría todo: cinchas, grupa, freno. El señor, como jinete de verdad, prestaba gran atención a lo relacionado con los arneses y la cabalgadura.

El Retinto era un primor en su género. Brioso, de magnífica estampa, de pelo fino y afelpado, rucio-negrusco, ágil y manso, daba placer el mirarlo, cuando, bien enfrenado, partía a trote largo e inacabable por esas breñas montañosas.

Contábanse de él episodios admirables en asuntos de resistencia y en habilidades cabrunas. Esquivaba los peligros de pantanos y malos pasos con la prudencia reflexiva y mañosa de los felinos. Jamás dió un traspíe y nunca supo el horror de hundirse hasta los pechos en esos tragadales inmensos, donde viera sucumbir a tantos congéneres flojos y plebeyos.

Don Félix le profesaba entrañable afecto, y sobre sus lomos se creía más seguro que sobre el propio suelo. Ni el potro Azabache, ni la yegua Gacela, con ser lo que eran, ni con los garbos y andares de pura raza que sacaban a relucir en cuanto sentían el peso del jinete, valían lo que el Retinto. Al marchar sobre él por caminos y veredas, sentíase más valiente que nunca, con franca confianza en sus empresas y capaz hasta de ostentar las olvidadas donosuras bélicas.

Y lo curioso era que, cuando cabalgaba, a su memoria acudían las acciones de guerra en que había in-

tervenido, llenas de peripecias y arrojó, y la imaginación se le enredaba cálidamente en estrategias y planeamientos de combate, desarrollados en los repechos y rastros por donde transitara.

No hay para qué decir que mozas y varones contemplaban con gesto entre admirativo y temeroso el paso del caballero. Tocado éste con un suaza fino, de alas desplegadas hacia adelante, para favorecer un poco el rostro del resistero; enfundadas las piernas en amplios zamarros de cuero de león y con un puro en un ángulo de la boca, recorría los senderos de la finca en silencio, correspondiendo apenas los saludos de los trabajadores, pero escrutándolo todo con la sagacidad de quien bien sabe administrar su hacienda.

Por cierto que en tales andanzas no era muy grato para un peón, cuando el señor, refrenando el bruto, se le plantaba delante. Seguro estaba de que se le venía encima la reprimenda seca y justa, que alejaba toda réplica.

\*\*\*

Esa noche, al recibir Cirigüelo la orden de ensillar, sintió el alma presa de un amago de angustia. A su manera quería a don Félix con un afecto filial, y lo apesadumbraba el pensar que con semejante tiempo pudiera el señor aventurarse por esos caminos. Era una pura temeridad.

El cielo estaba negro y bajo, cargado de electricidad y de amenazas. Un cielo de esos agresivos, pesados, que oprimen el pecho, pues parece que ha de faltar el aire para respirar porque muy próximas a la tierra se sienten las nubes preñadas de tormenta. Rachas de viento frío soplaban repentinamente de las sierras, produciendo un bramido sordo para luego dejar todo sumido en un silencio expectante. A ratos el flechazo de un relámpago rayaba de fuego las tinieblas, y después el traqueteo del trueno roncaba de monte en cañada. Algunas gotas de lluvia explosivas, fuertes, grandes, azotaban el suelo y las ramas. Parecía como

si la naturaleza se contorsionara en los senos de la atmósfera.

—Qué hubo, Cirigüelo?—interrogó don Félix desde el corredor, introduciendo una después de otra las piernas dentro de los zamarros. Hoy estás vuelto una posma.

—Ya está, señor.... Pero francamente... Usté me perdona....

Y el pobre muchacho volvíase un lío, acariciando el animal y sin encontrar expresión precisa para dar forma a lo que en el magín le bullía.

—Qué diablos estás diciendo, zopenco! Acaba, que tengo prisa... No ves que el agua está encima?

—Precisamente, ese es mi cuento,—arguyó Ciri-güelo, cogiendo el macho por la rienda y haciéndose a un lado para que el señor montara. La noche está terrible, y con el aguacero que va a caer esos caminos se ponen imposibles... Me da miedo que al patrón le pase algo...

—Miedo.... miedo!.... Ni yo ni el Retinto lo conocemos. No seas bestia. El miedo es para las hembras y los sacristanes.... Cabalmente que estas noches así son las buenas para andar. Se siente uno más hombre.

Montó el caballero, enfrenó el macho que resopló jubiloso, con rápido movimiento del brazo derecho doblóse la ruana sobre el hombro, y aplicando las espuelas en los ijares del animal, partió a trote corto, no sin antes advertir al sirviente que estuviera listo para cuando de madrugada llegase.

Era rítmico y seguro el paso de Retinto por el camino en sombras. Don Félix, como de ordinario, hilvanaba sus sueños bélicos, cruzados de momento en momento por el recuerdo vívido y fresco de los ojos pícaros y la boca sabrosa como fruta reventona y roja de puro madura, de Natalia.... Ah! Natalia.

Le había prometido una sortija con monograma esmaltado en letras azules, y allí la llevaba en un bolsillo del chaleco, en un pequeño estuche, cuyo bulto palpó para cerciorarse de que no la había olvidado. Qué tal!.... Capaz mil veces de devolverse por la

prenda, pues por nada del mundo se hubiese privado del gusto de ver la cara festiva de la muchacha al tenerla bajo los ojos.... Las mujeres vuelven al hombre un pelele.... El, a sus años, peinando canas, tan serio y dueño de sí, y por más de quince días había estado preocupado con el asunto, como de un negocio urgente. Sonrióse con complacida lástima de sí mismo, y para descargo murmuró en sus adentros: si es tan querida esa negra!

Por la millonésima vez la vió en el fondo del recuerdo: morena, de un moreno sonrosado y tibio; de pecho levantado; con los dientes muy blancos y sonreídos; con los ojos muy negros y mimosos, de esos que cuando miran parecen humedecerse de lágrimas o brillantarse de sonrisa; con el cabello de raya perfecta en el centro, lustroso, puro azabache, oloroso como a musgos o a tierra florecida; con un lunar bandido en el brazo torneado y prieto, junto al hombro, como un goterón de tinta....

Aguijoneado por el deseo, espoleó el macho, queriendo robarle al tiempo las dos leguas que aún lo separaban de la hechicera del anillo.

Acentuábase la lluvia. Las tinieblas se apelmasaban por todas partes y, trágico, a intervalos, fulguraba el relámpago y detonaba el trueno en las inmensidades de los cielos. El Retinto, alargado el trote por el espolazo, bajaba la pequeña cuesta de La Paja, enmarañada y sombría, aún a pleno sol, como para una leyenda. Muy cerca se oían ya los rugidos del arroyo que la separaba de la pendiente del frente y cuyas orillas formaban una explanada donde moría La Paja y se empinaba la otra falda tallada en el otero, honda y sinuosa, como una serpiente que ascendiera en busca de la cueva. Por fortuna era también de poco trecho, y en la cima se hallaba el rancho cuidado y limpio de mano Juan Bedoya, agregado del señor de "La Cristalina".

—Al diablo con la noche, pensó don Félix, sintiendo arreciar el temporal, en tanto que el macho, mañosamente, cruzaba las aguas rebotadas y turbias del arroyo, que empezaban a crecer y a reventar en fu-

rias y en espumas. Apenas en un animal como éste y teniendo en perspectiva el cariño de aquella negra, puede uno aventurarse por estos andurriales. Razón tenía Cirigüelo. ¡Pobre muchacho!... Pero, hombre, cualquiera diría que me voy a poner nervioso porque llueva más o menos o porque no se ve ni jota. ¡Como si no fuera lo mismo la noche o el día para eso de romperse uno la crisma!... Arriba, Retinto!—gritó con fuerza—no tanto para dar ánimo a su cabalgadura que no lo necesitaba, cuanto para purificarse él mismo de cualquier rastro de temor.

Y es que, francamente, el sitio y la hora eran para doblegar un espíritu menos enhiesto que el de don Félix. Aquello inquietaba como un comienzo de conflagración cósmica. El vendaval desgajaba los bosques de que estaba sembrado el camino a lado y lado. Los torrentes se hinchaban estrepitosos e iban a engrosar el arroyo que cada minuto se tornaba más altanero. De repente, a la luz del rayo, la luz convertíase en una tupida red de oro que aprisionaba todo lo existente. El ser viviente, ante las hosquedad y tragedia de la noche, era un desecho de desamparo, algo minúsculo e infeliz que podía desaparecer sin dejar rastro y sin que nadie ni nada oyera su mísero grito en demanda de auxilio.

Iba el Retinto a subir la falda cuando de repente se paró en seco, dando un resoplido. Al mismo tiempo empezó a mover las orejas y como a sondear el misterio de la sombra. Temblaba todo. ¿Algo indefinible presentido, antes que sentido, acechaba o amenazaba? ¿Un precipicio, un mal paso quizás? Nó. Eso no produce la sensación única que causa lo que sólo se cuaja en el alma pávida de la noche... El caballero dió un tirón a las riendas y rastrilló la piel del bruto con las espuelas, por dos y tres veces. Nada. Este no se movía; continuaba temblando. Diríase arraigado al suelo por una fuerza excepcional. Don Félix se desesperaba y un ligero escalofrío le recorría la epidermis. Demonios! ¿Qué podría ser aquello? Si nunca el Retinto, por ningún motivo, por más peligro que advirtiera, había hecho una jugada semejante! Si era

una saeta ante el espolazo! Algo muy grave presentía cuando tan rehacio se mostraba.

La fiera alma de don Félix se encogía ahora, y el cuero cabelludo parecía crecerse por instantes bajo la copa del sombrero. Una oleada de pavor le martilló la columna vertebral haciéndole estremecer. Sintió las amenazas invisibles de las tinieblas, de donde puede salir la muerte o el horror bajo múltiples formas, que en un segundo, como descarga eléctrica, conmovieron sus nervios por repetidas ocasiones...

Pero no era él hombre para perder la serenidad por mucho tiempo. En casos peores se había visto y con bríos los había afrontado. Por su imaginación, en rápida cinta, pasaron asaltos nocturnos en la guerra, siendo él unas veces agresor y otras ofendido, desnudos los cuerpos de la cintura hacia arriba para poder distinguir los compañeros en la oscuridad, los machetes implacables y afilados triturando cráneos y miembros de hombres sorprendidos en el sueño, los ayes angustiosos de los que caían, los insultos soeces de los vencedores, el chapoteo y la viscosidad de la sangre en el suelo, perceptible fastidiosamente en el bailoteo de la lucha... Cuadros de espanto aquéllos, que, después, bajo la luz del sol, aparecían más sanguinarios y horribles dejando decenas de cadáveres mutilados, que pronto empezaban a importunar las moscas, unas moscas negras y verdes... Y él había presenciado tales escenas sin que ningún músculo de su rostro se contrajera, sin que el ánimo vacilara presa del miedo. ¿Por qué aflojar a las diez y última? Insistió aún con golpes e interjecciones de cólera, pero el animal permanecía firme, petrificado de espanto.

—Esta no es conmigo, pensó el caballero, y rápidamente echó pie a tierra y puso mano en el revólver. No se dirá que me dejó asustar por cualquier carajada... Lo que sea, aquí aparece.

Y sin más, con tiento, dióse a investigar al rededor, palpando la oscuridad, con el brazo izquierdo alargado, en tanto que con la mano derecha empuñaba el arma amartillada, sin hacer caso de la lluvia ni de los charcos en que a cada paso se hundía.

—¿Quién va? quién va?—gritó con voz desafiada, por dos o tres veces, dominando los ruidos de la noche, sin obtener respuesta.

Silbaba el aire con alarido desapacible; removíanse las ramas con fuerza; rugían las aguas de las vertientes y del arroyo próximo.

De repente, a la luz de un relámpago, allí recostado al barranco, algo había inquietante, macabro. No era una alucinación de la fantasía; no era un brote de terror! Qué diablo! Había visto claro. Tenía seguridad.... Si brillara otra vez para convencerse....

Don Félix vacilaba en acercarse, con el revólver siempre listo para disparar.

De nuevo el relámpago iluminó la tierra, y el trueno, como un cañonazo, conmovió cielo y montes. Don Félix, con los ojos muy abiertos y con el ánimo suspenso, se convenció de la realidad: aquello era un muerto. Sí, un muerto amarrado a una barbacoa, recostado al barranco.

¿Por qué estaba allí?

Sin pérdida de tiempo y en un impulso súbito de hombre que nada teme, se acercó al cadáver. Lo palpó con la mano izquierda; tocó la cara fría, dura y mojada, de barba crecida y áspera, que le produjo una impresión desagradable; se enredaron sus dedos en los cabellos desordenados que destilaban agua; le estrujó el pecho con fuerza, temeroso de que respirara....

Una idea pasó por su mente: este prójimo no me deja pasar el Retinto y Natalia me espera. Guardó el revólver, tercióse la ruana de ambos lados y, haciendo un esfuerzo, agarró la rústica camilla por el centro y se la echó al hombro. Quería librarse del estorbo, que pesaba como un fardo y chorreaba tanta agua como las nubes. Por lo demás, no era cristiano dejarlo a la intemperie con semejante noche. Aún recordaba las obras de misericordia.

A buen paso y con mucho rastrillar de espuelas subió la cuesta hasta que llegó al rancho de mano Be-doya. Oyó ruido de voces adentro, y por las rendijas mal unidas del tabique vió, a la escasa luz de una vela de sebo, varias personas sentadas, fumando. Llamó y

le abrieron. Avanzó el caballero con su carga y ante los circunstantes atónitos la depositó en media sala.

—Aquí traigo este amigo que no me dejaba pasar el macho,—exclamó enjugándose el rostro.

—Don Félix, por Dios, ese es el difunto José Loaiza—dijo uno de los del corrillo. Murió esta tardecita y lo llevábamos pal pueblo a enterrarlo mañana, pero como nos cogió el temporal resolvimos dejarlo a la orilla de la quebrada para madrugarnos con él.

—Buena la han hecho! Otra vez que se les ocurra, procuren guardar los difuntos donde no impidan el paso. Le han pegado un susto tan bestial al Retinto!.... Allá lo dejé plantado en la quebrada.

Y agregó, dirigiéndose a un mozo que estaba acurrucado en un rincón de la sala, en el suelo, con voz que no admitía réplica:

—Vaya usted, Zacarías, tráigamelo de cabestro y cuidado con montarse.

---

*Sansón montañés...*

---

De mis libres montañas—4

---

---

## SANSON MONTAÑES

Fulgía el cielo como una copa de oro en la gloria de un medio día radioso. A lo lejos se divisaban montañas, las más próximas de tonos verdes intensos y las más remotas, de un azul oscuro primero, que poco a poco se iban aclarando hasta casi confundirse con el zafiro de los cielos en las lejanías vaporosas del horizonte.

El aire cálido, como vaho de fragua, reverberaba en infinita transparencia, produciendo mortificación en los ojos por el exceso de luz. Allá, abajo, el río inmenso y tranquilo, corría entre yerbales y bajo el ramaje de suribios y ceibas, que en vano trataban de empañar con la sombra de las ramas el cabrilleo deslumbrador de las aguas.

Descendían la cuesta los cuatro jinetes y Colorado, un mozo de a pie, que les servía de espolique. Iban para una de las haciendas del Cauca. Ya no charlaban como a las primeras horas de la mañana al iniciar el viaje. El calor, el cansancio y el anhelo de un almuerzo tonificante los traía a mal traer, silenciosos, enfurruñados, con ansias de sombra donde refrescarse y dar descanso a los cuerpos y hasta a las cabalgaduras, que, bañadas en sudor, habían perdido los bríos como los amos.

—Maldita loma tan larga,—dijo uno de los caballeros, dando un resoplido, en tanto que rayaba los ijares de la mula con las espuelas.

—No se apure, mi blanco, que ya llegamos al plan —exclamó Colorado. Allí no más está la posada de ño Juaquincito, onde se encuentra de todo, hasta muchachas....

Colorado era un mozo alto y fornido, de unos treinta años, gallardo ejemplar del cruce de razas, en quien se advertían las facciones finas y hermosas del blanco, oscurecidas por el pigmento oscuro del mulato. Sus ojos negros, cuando miraba, parecía que desafiaban por lo brillantes y francos. La boca grande, al reír dejaba al descubierto la dentadura bella y fuerte, de esas que evocan la potencia de los carniceros. El pantalón, remangado por debajo de la rodilla, mostraba la pantorrilla maciza, donde al caminar se dibujaba la vigorosa crispatura de músculos indomables. Por sobre la camisa de tela recia llevaba una especie de mandil, que en jerga de arriería se denomina chango. El guarniel de nutria iba terciado al lado izquierdo, un poco hacia atrás, lo mismo que el machete, ancha y larga hoja alemana que pendía de la cintura en pintada vaina de cuero. Tocábalo el sombrero de iraca con el ala ligeramente levantada por delante, para dejar al descubierto la cara expresiva y truhanesca. Probablemente la vida solitaria de los caminos lo había tornado silencioso y un tanto retraído; pero cuando hablaba, ya roto el primer brote de confianza, lo hacía con gracia, prodigando el símil espontáneo y gráfico que denota rápida comprensión, con sus ribetes de ironía, de las cosas y de los hombres.

Comprimiendo el machete contra la pierna y afinándose el sombrero, echó a correr loma abajo, gritando para dar ánimo a los compañeros:

—Avispen esas mulas, mis blancos, que ya llegamos.

Y las mulas, bajo el acicate, emprendieron un trote largo hasta detenerse frente a la posada de ño Juaquincito.

Echaron pie a tierra los jinetes, y con mucho rastrear de espuelas sobre el empedrado, fueron a parar al ventorrillo que hacía parte de la casa y que no estaba defendido como ésta por una baranda de madera pintada de rojo.

—Adiós, patrón, qué nos tiene—gritó alguien.

—Creí que no llegábamos—exclamó Carlos Or-

dóñez, arrellenándose sobre unos tercios de maíz que fué del mostrador había, en tanto que se abanicaba con el sombrero el rostro congestionado.

—¡Y es chiquito el que me voy a tomar!—dijo Pepe Martínez, al mismo tiempo que con la porra del látigo golpeaba las tablas llamando, pues en la tienda no estaba el ventero.

—Lo que es aquí, un trago ni aun se siente con el calor que está haciendo—apuntó Ernesto Palacio.

—Mejor; así se evapora más ligero y se abre la gana para el otro—respondió Martínez.

—Eso sí; a tí como te den de tragar....

—Claro: "dadme hoy vino y mujeres, que mañana vendrán el agua de soda y los consejos".

—Y tú sigues con tu calladera?—preguntó Ordóñez, dirigiéndose a Juan López, quien recostado a la puerta no despegaba los labios y tenía la mirada ida de este mundo, vagando en las brumas de un recóndito pensamiento.—Te tiene tirado la Maruchita.

—Eso se quisiera ella....—murmuró el interrogado, con gesto que pretendía ser displicente.

—No charlen ahora con novias.... Que nos sirvan un doble—gritó Martínez. El amor no pelea con esta temperatura.

Apareció ño Joaquincito por la puerta que comunica con el interior de la casa:

—Buenos días, señores. Ustedes perdonen la demora. Estaba en el ordeñadero curando la vaca barcina que está con gusanos.

Era un hombrecillo viejo y cano, con el bigote recortado como un cepillo de dientes, con la cara huesosa y morena, y un poco cargado de espaldas. Desde el primer momento se notaba en él cierta servicialidad tímida en todos sus movimientos, y ahora parecía presa de una invencible inquietud que no alcanzaba a disimular.

—A ver, señores, qué desean—dijo acercándose al mostrador.... Y les suplico que digan ligero.... Ustedes perdonen.

—Eh! patrón, y qué es el afán?—interrogó Martínez, molesto.

—No me culpen; es que quiero evitarles una molestia. Quiero despacharlos prontico pa que sigan su camino. No me culpen.

Y en su rostro y en su actitud había toda la angustia de quien presiente una gran desgracia.

—Nos asusta usted, maestro—dijo Palacio. Qué le pasa? Explíquese. Nosotros venimos a almorzar tranquilamente.

—No; ni riesgo de darles almuerzo. Imposible! Quiero evitarles un mal rato. Tómense el trago y márchense, por Dios.

—Pero, hombre, diga que le pasa y mientras tanto vaya sirviéndonos.

—Doble?—inquirió el viejo, dirigiéndose al puesto de las copas, todo tembloroso.

—Claro! triple me lo tomara yo si me cupiera en la boca,—exclamó Martínez. Con la gana que tengo hasta daño me va a hacer.

—Pero qué es la cosa, mi viejo?—preguntó de nuevo Palacio.

—La cosa es que estoy embromao por completo, —murmuró Juaquincito a media voz, atisbando con desconfianza a la puerta de afuera, en tanto que limpiaba vasos y copas con un trapo no muy limpio. Fíjense ustedes que por aquí anda el Lempo, que es el tipo más peliador y busca-ruido de esta tierra, y que tiene hasta la desventaja de ser un demonio.... Parece ayudao. No respeta ni a Dios ni al diablo, y pa la pelea no hay quién le gane. Cuando se calienta y saca el machete.... ¡mi Señora del Carmen! Y lo pior es que vive buscándole camorra a todo el mundo. Basta deciles que me ha perjudicao mucho en mi negocio, porque ya nadie se atreve arrimar de miedo de encontrarse con él. Yo tengo hasta ganas de dejar esto y largarme.

—Pero, por qué no se queja a la autoridad?—inquirió Ordóñez.

—La autoridad!.... Si esa le tiene más miedo que el diablo a la cruz.

—Pero, hombre, es increíble que un bestia de esos les meta los terrones a tantos macheteros como

hay por aquí—apuntó Martínez.

—Pues ai verá usted, señor—concluyó Juaquincito, vaciando el aguardiente con pulso trémulo en las copas enfiladas sobre el mostrador.

—Buenos días, caballeros,—murmuró una voz ronca en la puerta de entrada.

Todos se volvieron. Juaquincito cambió su color natural por un pálido terroso, y dió asilo en su rostro a la más pávida y servil de las sonrisas. A duras penas alcanzó a colocar la botella en su puesto:

—Buenos días, Lempo. Prosiga.

—Qué hay por aquí?—dijo el temible, sentándose en los tercios que acababa de dejar Ordóñez.

—Pues por aquí nada.... Ya lo ve.... Lo había extrañado. Ya me hace falta cuando no viene.

Sonrióse el Lempo con aire de suficiencia.

Azaroso tipo, sin duda; un verdadero hombrazo, de plantaje desafiador y dominante. Daba la sensación de la fuerza bruta en toda su pujanza. Usaba la vestimenta clásica del arriero, y al cinto llevaba la agresiva hoja, formidable *guarrusca*, que tantos lauros habíale conquistado entre las gentes sencillas, dándole el renombre de guapo en todo el contorno. En su rostro moreno, de gesto insolente, chocaba el detalle, un poco femenino, de un largo bucle negro muy retorcido y cuidado, que por debajo del sombrero echado atrás descendía por la frente, casi hasta tocar el comienzo de la nariz.

Colorado, que había permanecido silencioso en un extremo del mostrador, miraba con ojos investigadores al recién llegado. Por unos instante nadie dijo una palabra. Alentaba en el ambiente una atmósfera de temor y desconfianza.

Al fin Martínez, con la copa en la mano, dirigióse al Lempo:

—Nos acompaña el señor?

—Será—dijo éste después de un momento de vacilación, poniéndose en pie con negligencia de felino.

Juaquincito, solícito, se apresuró a servirle.

—Salud! y las copas fueron apuradas.

Gestos, paladeos, escupas y leves rugidos de sa-

tisfacción. Después, alguien que brinda cigarrillos y otro que paga.

El Lempo no aceptó el cigarrillo: no le gustaban esos papelitos de mujer. De su amplio guarniel sacó un tabaco prócer, como su estatura, y después de encenderlo y lanzar por un ángulo de la boca una saliva estrepitosa en la caída como una moneda de cincuenta centavos, se encaró con los viajeros:

—Bueno, mis blancos, ahora me acetan el otro. A yo no me gusta debele favores a naide.

—No, imposible. Acabando de tomar..... Le agradecemos mucho. Otro día....

El alma de ño Juaquincito, serenada a medias por unos instantes, volvió a zozobrar en angustias.

—Es con gusto,—insistió el Lempo; y luégo, dirigiéndose al amedrentado ventero, le ordenó con voz autoritaria que sirviera de nuevo unos “dobles”.

—Tienen qué tomar—agregó.

Martínez y Juan López, un poco pálidos, se atrevieron a protestar tímidamente. Ernesto Palacio, con disimulo, trató de ganar la puerta; pero el Lempo, advirtiendo las intenciones, le cortó la retirada con un sonreír de provocación. Colorado, en su rincón, permanecía sin moverse, como hipnotizado. Ordóñez, con entereza, dijo:

—Yo no bebo. Mil gracias.

—Tiene qué beber, mi don. Lo quiero yo,—apuntó el invitador, en fórmula inapelable.

Juaquincito, queriendo evitar a todo trance cualquier pendencia, había llenado las copas que en el mostrador brillaban coronadas de algunas burbujas. Sentíase en el aire el escalofrío de la tragedia.

—No bebo, señor, he dicho; y yo hago siempre mi voluntad.

—Bebe, mi blanco, y los otros también, se lo prometo.

Y el Lempo se aproximó al mostrador para coger una de las copas llenas.

Era un instante de esos indefinibles como hay pocos en la vida. Podía oírse hasta el palpitar de los corazones. La mirada de Ordóñez era quieta y pene-

trante como la hoja de un puñal. De repente, Colorado se movió con calma, interponiéndose entre los dos hombres; y enfrentándose con el Lempo le dijo en tono apacible:

—Vea, compañero, no se ofusque. Nosotros sí nos tomamos el trago, pero, eso sí, con la condición de que nos regale ese crespo.... Ese es mucho primor pa usted solo, compadrito, y yo lo necesito pa juntalo con un cachumbo que tengo de una novia.

Quédase el Lempo petrificado, con el brazo tendido hacia la copa. No da crédito a lo que ha oído. La sangre en onda golpeadora le zumba en el cráneo. Parece imposible que exista un nacido de mujer capaz de hablarle en ese tono. Insultos, golpes y heridas ha recibido, pero burlas.... Siente un frío a lo largo de la columna vertebral, propagándose por el pecho y apretándole el corazón, que se sacude fuerte dos o tres veces. Núblasele la vista y en un momento cree que se va al suelo. ¿Pero es que sí hay alguien capaz de habérselas con él? Tiene que ser un caliente. Va a hablar y las palabras mueren en la garganta sin pronunciarlas.

Colorado insiste:

—¿Qué opina del trato? Yo lo que es sin ese crespo no me quedo. Un demonio! Figúrense perder semejante tiro.... No, ni por todos los diablos. De que me lo llevo, me lo llevo. No hay diotra.

Y con rapidez increíble, sin dar lugar a movimiento alguno de los presentes, saca el machete y agarrando con la mano izquierda el bucle de la frente del guapo, lo corta, con toda naturalidad.

El Lempo, ya rehecho, trata de defenderse poniendo mano en el arma; pero antes de que tal haga el machete de Colorado, vibrando en el aire como una saeta, lo golpea de plano en el cuello, junto a la oreja, y aquél va a dar con toda su corpulencia de largo a largo, junto a los tercios de maíz.

—Se maltrató, compadrito?—es la pregunta de Colorado quien, con cara sonreída, el ademán abierto y la hoja lista, aguarda el ataque. Bien pueda pararse pa volvelo a acostar.

El golpeado se incorpora como puede, entontecido y arrojando por la boca espuma sanguinolenta y un sonoro "hijo de perra". Requiere el arma y se va sobre el contrario, quien con maestría esquiva el machetazo que de filo se le viene, devolviéndolo con un cintarazo en pleno cráneo, tan certero como el primero.

El Lempo, esta vez, se desploma como muerto sin un alarido, sin un gesto; y allí, sobre el suelo del ventorrillo, queda roncando con la conciencia ausente y los ojos entreabiertos y mostrando lo blanco.

Acércase Colorado y, después de removerlo con el pie y convencerse de que sólo está aporreado, vuélvese al ventero y le dice con inflexión cariñosa:

—Vea, ño Juaquincito, échele unos buches de aguardiente en la cabeza pa que dispierte y póngale paños de árnica y de aguasal caliente. Es lo mejor.

Luégo, dirigiéndose a los patronos, en tanto que envaina el arma, agrega:

—Ahora sí creo, mis blancos, que nos debemos toman el trago. Está haciendo un calor!....

\*\*\*

A los ocho días cabales y ya de regreso, pararon los cuatro jinetes y Colorado en la venta del episodio. Allí estaba ño Juaquincito, sentado a la puerta, tejiendo una atarraya, que era su ocupación favorita cuando no había parroquianos. En cuanto los vió, su rostro irradió de felicidad, y dejando a un lado la labor, púsose en pie con grandes ademanes de festejo. El buen viejo estaba remozado, y sus ojillos, tristes antes, rebrillaban picarescos como ocultando un grato pensamiento que quisiera por ellos escaparse.

—A ver, los niños, desmonten,—decía a grandes voces. Caminen a tomar algo. Tenía unas ganas de verlos....

—A tomar algo venimos, patrón. No se apure—exclama Martínez echando pie a tierra.

—Y vos, hombrée.... Qué hay de tu vida?—

pregunta el viejo a Colorado, poniéndole la mano en el hombro y con acento en las palabras que trasciende a una ruda caricia.

—Ai no vamos, ño Juaquincito,—responde el aludido con sorna.

—Bueno, ¿y qué ocurre por estos mundos?—interrogó Ordóñez, penetrando en la tienda.—Qué hubo del violento del otro día?

—Pues es nada lo del ojo,—dice el ventero con guiños de inteligencia que acaban por ser ingenuos. Yo no sé cómo pagarles el favor que me han hecho, sobre todo a este enemigo malo—y da en el hombro a Colorado una palmada, en tanto que su cara se torna en una pura sonrisa de pergamino.—Figúrense que desde la cosa de hace ocho días, el Lempo es un ovejito de mi Dios. Ya no se mete con naide y casi ni an habla. Por ai se mantiene tristón, cabecibajo y como atontao. Yo al principio creí que era de la pura furia, pero después me he convencido que es que está mancito, mancito.... Hasta me ha dicho que piensa enmendarse. Aquí viene y me ayuda en mis oficios sin buscale ruido a naide y sin decir palabra.... A ratos pienso que con la quitada del cresco se le acabó la fuerza, como a aquel gigante de la historia sagrada.... Ah vos, Colorado, pa fregao!

*Justicia*

---

---

## JUSTICIA

Chocaba el aspecto de los mosaicos blancos con sus círculos azulados en aquella sala que debía tener un aspecto más severo. Dividida hallábase en dos mitades por una balaustrada alta, que separaba los espectadores de los funcionarios de la justicia, siendo la parte consagrada a éstos la de los mosaicos churriguerescos, en tanto que la destinada al público presentaba polvoriento ladrillo rojo. Al entrar, hacia el frente, y ante una gran mesa colocada sobre un estrado, estaba el juez, de cara biliosa, mirando con aire displicente o de hastío, como quien soporta un oficio monótono. Sobre su cabeza, suspendido en el muro, un Cristo en agonía abría los brazos descarnados y sangrientos. A uno y otro lado, siempre dentro de la balaustrada aisladora, había dos nuevos estrados, uno de ellos con tres sillas cómodas y antiguas, donde dormitaban los señores jurados, bajo el dominio de la digestión que se iniciaba, pues la escena ocurría después de que el sol había traspuesto el meridiano, y dominados por la molestia de los propios oficios abandonados para cumplir importunos deberes de ciudadanía. En el otro se encontraba la mesa de los defensores, ocupada ahora por un joven de rostro afeitado, de gafas muy brillantes y movibles y de facciones como de liebre, que hacía sus primeras armas en el ramo de lo criminal, y que había sido nombrado defensor de oficio. Junto a él se desperezaba el fiscal, como un gato, con su cara congestionada y redonda, de facciones poco agradables y también adornada con anteojos guarnecidos de oro. Frente a los jurados, junto a la mesa de la defensa y di-

rectamente en el suelo, en un banco negro que ostentaba en letras de madera en semicírculo el mote de "Banco de los acusados", yacía una pobre mujer, trajeada miserablemente, de edad indefinible, porque la miseria no reconoce años, con el rostro demacrado por las privaciones, y los ojos grandes que alguna vez debieron ser bellos, opacados por el duelo de un destino implacable.

En el lugar de la sala destinado al público, había algunas mujeres del pueblo, lecheras y revendedoras de comestibles, cubiertas con pañolones oscuros que no alcanzaban a tapar los pañuelos que envolvían la cabeza. Hasta cuatro pecadoras de los sitios de placer más humildes, vestidas con policromía desesperante, las faldas casi hasta la rodilla, mostrando las piernas enfundadas en horripilantes medias de algodón, y los pies plebeyos calzados con zapatos que alguna vez tuvieron la pretensión de ser elegantes, y con los cuellos y parte del busto desnudos, mostrando los estrujamientos de la carne de vicio, que en vano trataban de ocultar las capas de blanquimento y las estridencias del colorete. Algunos cesantes de rostros marchitos, de los que concurren siempre a sitios donde se entra sin pagar y se pierde el tiempo de modo decoroso, trajeados con desechos de antiguas elegancias que evocan horas de burguesa alegría, como un día de bodas, una fiesta de bautizo, un baile un poco serio, puesto que hubo necesidad de llevar guantes... Tres o cuatro arrieros con sus "muleras" al hombro, machete al cinto y el guarniel de nutria terciado a un lado, que se habían colado allí porque, despachando temprano sus asuntos, les sobraban un par de horas para malgastar mientras el tren pitaba anunciando partida. Varios obreros sin trabajo, que abrumados en sus casas por el espectáculo de los chicos sucios, mal nutridos y peor vestidos y por las agresividades de la mujer, cuyo carácter se agría con la carga de miserias que soporta sobre sí, se habían entrado allí a "oír hablar", mientras la casualidad, esa maldrastra sin entrañas de los miserables, se le ocurría, en el tejer y destejer de sus raros caprichos, en un

momento de benevolencia, darles un poco de quehacer para que por unos días siquiera ahuyentaran el hambre. Todos se hallaban confundidos, pugnando por adueñarse de la balaustrada, produciendo un abejorro de colmena, espoleados por la curiosidad malsana que origina siempre el delito y tratando de sondear en las facciones de la acusada sus menores pensamientos, especialmente las mujeres, que gastan por lo común una voracidad implacable e inconsciente para todo lo que lleve rumor de escándalo, máxime si ello ha de dar más tarde asidero a un animado chismorreó.

Como es natural, aquella masa humana, recalentada por la hora y la aglomeración, no olía bien, creando una atmósfera caliginosa que impedía el buen funcionamiento de los pulmones. Algunas moscas revolaban por sobre el conjunto, y una de ellas, rato hacía, importunaba la calva prematura de uno de los señores del jurado. En un momento, un perro vagabundo entró al recinto, olió a varios de los circunstantes, se detuvo un instante mirando a todas partes, y luego volvió a salir con aire indiferente sin que nadie reparara en él. Dos grandes ventanas abiertas, de balaustres de hierro, dejaban entrar la luz de los cielos y los mil ruidos de la calle.

De repente, el juez agitó la campanilla y un silencio profundo reinó en la sala. "Se declara abierta la audiencia", dijo en seguida, y el movimiento general de los conglomerados humanos, que buscan actitudes cómodas para permanecer en quietud por largo espacio, se hizo sentir por doquiera.

Vino luego el juramento de los jurados. Con el código en la mano, el juez se levantó de su asiento, siendo imitado por todos, y paseando una mirada por el auditorio, la dejó reposar un momento sobre los que iban a decidir de la suerte de la infeliz, y después leyó con voz grave:

—"¡Juráis y prometéis delante de Dios y de los hombres, examinar con la más escrupulosa atención los cargos que van a hacerse contra la acusada; no traicionar ni los intereses de ésta, ni los de la socie-

dad que la juzga: no comunicar con otra persona que el juez hasta no haber dado vuestra decisión, no escuchar en el desempeño de vuestra augusta comisión ni el odio, ni el temor, ni el afecto; decidir acerca de los cargos o de los medios de defensa según vuestra conciencia y con la imparcialidad y firmeza que conviene a todo hombre honrado y libre, y, en fin, no revelar las opiniones y votos emitidos en la sesión que váis a tener?"

—Sí, juramos,—respondieron a una los tres interrogados.

—Si queréis examinar a la acusada,—dijo el juez sentándose—podéis hacerlo.

Hubo un momento de pausa, y al ver que ninguno de los jurados desplegaba los labios, aquél, dirigiéndose al fiscal, le concedió la palabra.

El hombre de la cara congestionada y de los anteojos redondos, se pone en pie. Hay en su aspecto cierta agresividad altanera, un como brote de desafiadora virtud ostentosa y de confianza en el propio valer, que repugnan. Con voz lenta dice:

—Seré muy breve en mi discurso, señores del jurado. Estamos en presencia de uno de esos crímenes horribles, pero vulgares, y tan claros que se necesitan pocas palabras para llevar al ánimo de todo el mundo la más absoluta convicción. La misma acusada, aun cuando trata de desfigurar un poco los hechos, no los niega en esencia. Es la historia del vicio prematuro, que en su desenfreno conduce al delito.... y qué delito!, el más repugnante de todos, puesto que va contra un sentimiento innato hasta entre las fieras y los seres más bajos de la escala animal, cual es el sentimiento maternal.

Aquí se espacia en consideraciones sobre el amor de madre, que tratan de ser conmovedoras y que apenas llegan a triviales. Habla de la cuna, del seno femenino con su leche correspondiente, de los cantos con que se aduermen los niños, de las oraciones de la infancia, de lo que es un beso de labios maternales, de mil cosas más, muy bellas y muy ciertas, pero cuando pasan vivificadas por el calor de un corazón

encendido y sentimental. Luégo, entra a analizar lo que es la falta de religión.... Aquí, con unción, inculpa a las malas doctrinas, propagadas por una prensa inmunda, por el cine y el teatro corruptos, de todas las lacras que aquejan a las sociedades modernas. "La civilización, dice, ha penetrado hasta la choza humilde de nuestros montañeses, y aquí tenemos los resultados". "Pero esto no puede continuar así,—agrega pletórico e inspirado;—es necesario poner un correctivo eficaz a esta invasión del crimen, y para el efecto es preciso descargar todo el poder de la justicia sobre los que delinquen. Vosotros sois los representantes de la sociedad ofendida, sois los guardianes de su moralidad y debéis, por lo tanto, ser implacables en el cumplimiento de vuestro deber, según lo habéis jurado hace unos momentos. Ahí tenéis la mujer sin entrañas, la madre desnaturalizada, que para ocultar la vergüenza de su caída y de su existencia de escándalo, no ha vacilado en arrebatarse la de su hijo.... Juzgadla sin consideraciones sentimentales, atendiendo sólo a la evidencia del proceso, y aplicadle todo el rigor de la ley. Haréis con esto obra de desinfección moral, y contribuiréis a atajar los nefandos contagios del crimen; a fundar una sociedad nueva sobre bases de bondad y de cristianismo".

Sentóse respirando grueso y enjugándose con el pañuelo el sudor que le humedecía la frente y el cuello toruno. Estaba satisfecho. Insensiblemente, sin darse cuenta, pensó en su pueblo sórdido, perdido en las arrugas de la montaña, donde algunos elementos de valía sabrían rendirle palmas a su talento y prepararle, en el correr de los días, la ansiada candidatura para el Congreso de la República.... ¡Ah, la ciudad capital, con sus noches, sus mujeres y su absoluta discreción!

Uno de los señores del jurado despertó de su nodorra, y el otro, el de la calva prematura, bostezó discretamente y estiró las piernas.

—Tiene la palabra el señor defensor—dijo el juez.

El joven defensor encendióse en rubores como una muchacha de quince años; se puso en pie; tosió

dos o tres veces como buscando las palabras en las interioridades de la garganta; se quitó las gafas y les dió brillo con el pañuelo de seda, y luégo empezó a hablar con voz emocionada. Fue corto en su peroración. A las claras se veía que se le agotaba el tema entre las manos; que los pensamientos, como potros bravíos, corrían a la desbandada por los vericuetos del cerebro sin que fuera posible reducirlos a la senda estrecha de un razonamiento macizo. Habló de la miseria, de la ignorancia, de las crueldades del capital y de las faltas del gobierno; imploró piedad; quiso hacer una tirada lírica con el alma de una niña "blanca como una azalea", y el hálito envenenado del mundo que la mancha, pero se enredó todo y tuvo que recurrir de nuevo a los ataques contra el gobierno; injurió por hiprócrata y alcahueta a la sociedad actual; derrochó adjetivos a millares, que son los verdaderos alcahuetes de la oratoria, y maltrató la sintaxis, y al fin, después de pedir la absolución de la culpada y de endilgar un párrafo corrosivo al señor fiscal, se sentó rendido, deshecho, triste, motejándose de bestia en sus interioridades y convencido de que hablar en público no era tan fácil como se había supuesto en los bancos del colegio, cuando soñaba con las palmas oratorias que conquistaría cuando desplegara los labios ante un público estremecido de emoción.

El juez, entonces, por pura fórmula legal, sin pensar ni él ni nadie en lo que iba a ocurrir, dijo:

—La acusada tiene la palabra.

Mariajesús Alzate se estremece en su asiento. Mira, como animal preso, primero a quien le habla, luégo a los jurados y por último pasea sus ojos dolorosos por sobre la concurrencia. Sus manos martirizan por bajo del pañolón deshilachado, algunos de los flecos restantes. Sus pies no están quietos y se frota el uno contra el otro.

En el caos de su cerebro embrionario se levanta nítida la idea de que ella es inocente; que no ha cometido el crimen de que ha hablado el señor gordo de los anteojos y que nunca ha sido como él la ha pintado en su perorata. En esa rápida carrera que adquiere el

pensamiento en ciertos momentos críticos de la vida, se ve como la pollita sarabiada, a la que un día dieron caza en su rancho para despescuezarla y enviarla a la olla en obsequio del señor cura.... El señor cura venía de los lados de *La Mosca*, de una confesión y estaba rendido de cansancio. Levantóse muy de madrugada, y en ayunas había corrido a la casa de mana Juliana, que se estaba muriendo de hidrópica. Allí estuvo rezándole toda la mañana, hasta que la dejó tendida en la sala....

No quiso tomar nada, y cuando llegó a casa de Mariajesús se le veía la fatiga al pobrecito y el sudor le mojaba la cara. Se apeó de la mula, que también estaba pasada y chorreando sudor como salida de un charco, y se sentó en un taburete en el corredor. "Me muero de hambre, dijo a Eduvigis, la madre.—Demen cualquier cosa", y la pobre mujer corrió desatentada a traerle una postrera de leche, pensando en prepararle algo más sustancioso. "Tómese esta lechita, mi padre, mientras voy a hacerle un caldito para que coja ánimos, dijo Eduvigis, y acuéstese en la cama para que descanse, que aunque pobre está limpia". Y sin más la madre dió orden a Juanandrés, el hermano, y a Mariajesús, que le echaran mano a la sarabiada, que era la polla más arisca y más gorda. Y Guardián, el perro, también tomó parte en la cacería. Aquello fue obra de un momento. El animalillo estaba muy ufano escarvando en la huerta, y cuando los sintió llegar con mucha maña, los miró con sus ojillos brillantes, como preguntándoles qué era la cosa. Parecía que les hubiera visto las intenciones. De repente echó a correr, perseguida de un lado por Juanandrés, y de otro por Mariajesús, en tanto que Guardián la acosaba de cerca, arrancándole del primer envión algunas plumas de la cola. La pollita, cacareando, entró al rastrojo ya cansada, y por unos minutos estuvo perdida, tal vez creyéndose libre; pero el perro, que era malicioso, olfateando, olfateando, dió con el sitio donde se escondía. Y precisamente esa era la imagen que obsesionaba a Mariajesús. Cuando ella, su hermano y Guardián se acercaron, cada uno por su lado, encontraron a la

sarabiada entre un helechal, echada como en un nido, acezando, y con los ojitos muy movibles y tristes, como pidiendo socorro. Ya no podía más. Inútilmente había corrido tanto para escapar al peligro que presentía. No se había defendido, porque era incapaz de hacerlo; pero había huído para librarse de sus perseguidores, con toda la fuerza de sus alas y de sus patas y... nada le había valido. Allí estaban ellos. Mariajesús la veía tendida a sus pies, anhelosa, con el corazón queriendo salirse del pecho, tan desamparada, y sintió una lástima inconsciente que le subía por grados, desde lo más profundo del sér, una lástima inmensa que le humedeció los ojos y la hizo vacilar en si la espantaba o nó para que se fuera libre por los montes....

Y así ella ahora, la pollita sarabiada, sola, en esa sala tan miedosa, delante de tanta gente que la miraba con fastidio o con indiferencia; ante esos señores serios y acosadores como Guardián, o malos, muy malos, como Juanandrés cuando le torció el pescuezo al animalito con un rugido de alegría.... Nadie la defendía, nadie le había dirigido una mirada de cariño, o siquiera de compasión. Allí la habían traído sin que ella hubiera podido darse cuenta precisa del motivo. Sólo sabía que la acusaban de la muerte de su muchachito; pero Dios era testigo de que él se había muerto de la pura hambre. Ese cuento de la medicina que ella le diera en la leche para que cogiera alientos, era pura invención de gente mala. La medicina no podía hacerle daño, porque era el doctor quien se la había dado para curarla de esa fatiga y chapaleos tan grandes que sentía en el corazón y en todo el cuerpo; y si la medicina hacía daño, entonces la culpa era del doctor. Ella tenía que decir la verdad, y sólo la verdad. Su instinto de conservación, desde las oscuridades de la conciencia le gritaba que debía hablar, que debía defenderse, ya que los demás no lo habían hecho, si quería evitar que le retorcieran el pescuezo como a la sarabiada.... La gente, antes, la había desplumado, ensuciándole el alma hasta volvérsela como las piernas de esos llaquientos que piden limosna en las calles, y

ahora, allí estaban esos señores tan serios para hacerle quien sabe qué maleficios si no hablaba, o para encerrarla por toda la vida entre las cuatro paredes de donde hacía poco la habían sacado dos gendarmes armados. No quedaba otro recurso que contar las cosas como eran. Entre los mandamientos de Dios, que se sabía de memoria, estaba el octavo: No mentir. Además, el señor cura y su madre Eduvigis le habían enseñado que la mentira era el más feo pecado del Enemigo Malo....—Virgen Santísima, Ayúdame!....

Y la procesada se levantó de su asiento, los ojos bajos, el cuerpo encogido, la cabeza cubierta por el pañolón, dándole siempre tormento a los flecos con las manos, en medio del asombro general.

Al principio habló con voz estrangulada y anhelante, muy paso, asombrada de sus propias palabras; pero luego, estimulada por el silencio absoluto que reinaba en la sala, su acento se hizo más claro y la serenidad fué ganando poco a poco su alma sencilla, en cuyo fondo, como una luz suave, irradiaba la evidencia de lo que vertían sus palabras. Dijo:

—Soy de los lados de Guarne, hija de Joseantonio Alzate y Eduvigis Loaiza. Somos muy pobres y vivimos en una casita a un lado del camino rial, perdida entre el rastrojo, que es un rancho de paja que hizo mi padre con sus propias manos. Por detrás tiene la güerta onde sembramos algunas cositas que traemos a vender aquí; más allá está la roza y la frisolera, que apenas nos dan escasamente pa ir pasando; a un lado yo he prendido un jardincito onde hay claveles, pensamientos y rosas que les gustan mucho a las señoras y que se venden bien. En casa se trabaja fuerte. Mi padre pasa todo el día en el monte cortando leña, sacando carbón y, cuando es necesario, limpiando la roza y las matas de la güerta. Baja aquí los lunes y los jueves por la tarde, para estar en el mercado de los martes y viernes con su tercio de carbón muy grande a la espalda y arriando el caballito que tenemos, con la carga de leña pa los tratos. Mi madre está siempre ocupada en los oficios de la casa: barre, cocina, lava, aporca el jardín, muele las arepas de chόcolo, que al-

gunas veces tremos a vender a quí y remienda las hilachas de todos nosotros. Juanandrés, mi hermano, ayuda a mi padre en el trabajo cuando hay mucho que hacer, y gana hasta veinte centavos al día. Tengo dos hermanitos más, mellizos, que no trabajan porque están muy chiquitos. Yo antes bajaba aquí un día sí y otro nó, a vender las flores y las arepas que echaba mi madre, y cuando no había d'esto, a vender mi tercio de tierra de capote para las matas de las señoras; no me salía mal la cosa, porque siempre me ganaba de veinte a treinta centavos.

Aquí la cuitada se detiene, lanza un suspiro comprimido y por sus ojos húmedos pasa una sombra de nostalgia ante la evocación de la montaña con su vida honrada y primitiva, olorosa a helechos y flores campesinos, y limpia de toda ambición y de las horribidas miserias que acogotan a los hombres del poblado. Bórrase en seguida con el dorso de la mano una lágrima que se ha cuajado y empieza a rodar por la mejilla, y luégo continúa en tono tímido y doliente:

—Había hecho trato de flores con misiá Luisa, onde serví después. Esa señora era muy buena conmigo, y algunas veces, cuando llegaba y estaba almorzando, me daba mi plato de comida, y en dos o tres ocasiones, me dió ropa de las niñas. Un día la encontré muy ofuscada; se le había ido la dentrodera y la cocinera y no tenía quién la ayudara. La casa era un puro envolate; los niños acababan de llegar del colegio y pedían el almuerzo a la carrera porque tenían que volverse; dos o tres pobres aguardaban en el zaguán la limosna; habían traído el mercado y no había quién lo recibiera; la planchadora esperaba que le escogieran la ropa, con las planchas ya listas en la hornilla; la costurera, mano sobre mano, pedía que le dieran qué hacer; misiá Luisa estaba toda envolatada, estaba como brava. “Vea m'hija, me dijo de pronto, ¿usted por qué no se queda conmigo pa que me ayude?” “Es que yo no sé estos oficios, le contesté, y además tendría qué avisar en mi casa.” “No le hace, yo le voy enseñando poco a poco; y váyase ahora pa que avise en su casa y vuelve mañana temprano; le pago cinco

pesos al mes”. Me gustó la propuesta, y después de hablar con mis padres, me quedé. Allí no lo pasaba mal; me trataban bien y con buena voluntad fui aprendiendo el oficio. El niño Julio, el mayor, era muy simpático conmigo, siempre que pasaba por junto d'él se quedaba viéndome sin decirme nada, pero después, al tiempo, cuando nos encontrábamos solos, me decía unas cosas.... (Aquí la muchacha baja la mirada y un leve fulgor de rosas colorea sus mejillas anémicas). Yo no le hacía caso y bregaba siempre por sacarle el cuerpo. Le iba cogiendo miedo, porque me veía de pronto como muy particular, con unos ojos como muy brillantes. Siempre que podía me tocaba a la traición, y yo, una vez, le dije que si me seguía molestando le ponía la queja a misiá Luisa. “No seas tan boba, me contestó; si le decís algo, ella no te cree y yo digo que vos tenés la culpa y hasta arriesgas a que te echen”. Después me dijo que me quería y que si me molestaba era por puro cariño.... Yo no sé, pero esas cosas me dejaron como una tristeza por allá adentro, al mismo tiempo que una sabrosura como cuando uno espera una buena noticia. No dije nada a misiá Luisa ni a nadie y seguí en mis oficios, pensando, pensando.... Una ocasión él entró de la calle y me encontró arreglándole el cuarto, que era el del zaguán. Quise salir ligero, pero él me cogió de un brazo y no me dejó, diciéndome una partida de cuentos; al fin me zafé como pude, y él me metió en la mano una libra, porque en esos momentos entraba una niña de la vecindá a hacer visita. Otra vez pasó la misma cosa, pues él como que atisbaba cuándo no había ninguno por allí cerca; me cogió sola y me estuvo hablando mucho rato y diciéndome muchas cosas.... Después me metió en el dedo este anillito, del que nunca he querido salir....

Y la muchacha enseña con timidez la diestra donde se exhibe la modesta prenda, que para ella simboliza, allá en las brumas del cerebro, su amor y su desgracia.

La mano es pequeña, aunque deformada y aplebeyada por las rudas faenas. Quisá de haber sido cuidada y pulida, esa mano sería sedosa, de un moreno de

ámbar y con las uñas lustrosas y bellas como diminutas conchas rosadas. ¡Cómo son tristes las manos de mujer encallecidas por el trabajo, cómo son una protesta muda contra la vida implacable! Han sido creadas para las ternuras y los suaves contactos, para alejar las penas de las frentes divinas, enredándose entre los cabellos de los luchadores, y por eso deberían ser siempre pequeñas, expertas y blandas, dotadas de un dón magnético especial, que serenara las almas como una larga caricia de amor. ¡Manos de madre, manos de amada!

La muchacha calla por unos instantes, para tomar aliento e hilvanar sus recuerdos dolorosos. En su rusticidad comprende que un velo púdico debe ocultar el momento supremo de su vida. Su instinto femenino le dice que a los pliegues íntimos de su conciencia de mujer nadie tiene derecho a penetrar. Por su frente pasa el asombro, el asombro que desde que fue desgraciada la ha sobrecogido siempre que piensa en esas cosas y que es al propio tiempo como un interrogante mudo, sin quejas ni protestas, ante las bestialidades de la fatalidad. Prosigue como impulsada por el destino, con voz ya cansada, ya calmada, pero con el rostro marcado siempre con los rastros de las traiciones, que en él dejara la existencia:

—Al mucho tiempo, un día me llamó a palabra misiá Luisa; me preguntó un mundo de cosas muy particulares; se enojó conmigo dizque por mi mal manejo, y por lo ingrata que yo era, después de como ella había sido y de que me había recogido siendo yo una triste montañera; me dió muchos consejos y me dijo que me tenía que ir a confesar porque estaba en pecado mortal. Después me echó a la calle, dizque pa que cogiera mi mundo. Yo, con mi atado a la cabeza, fui a buscar colocación a otras casas, pero en ninguna encontré. En unas me pedían recomendación y como misiá Luisa no me había querido dar, me tenía que quedar callada; en otras, apenas me veían, me decían con malos modos que no necesitaban sirvientas. Anduve y anduve sin encontrar arrimo en ninguna parte. Me sentía muy cansada y con mucha ham-

bre. De pronto, en una esquina, y ya oscureciendo, topé con una ña Juliana, que me preguntó qué estaba haciendo, y yo le conté lo que me pasaba. Ella me dijo que me podía dar un puesto en su casa por esa noche, y me llevó por los lados de Guayaquil. En esa casa habían otras dos muchachas, una Julia, que llamaban la "Tortolita", y una Teresa; y tenían una cantina en el rincón de la sala. Cuando entré habían dos hombres, que parecía que habían bebido mucho trago, lo mismo que las muchachas. Estaban muy alegres, se reían mucho y fumaban mucho cigarrillo. Yo me senté en una tarima, rendida y como con miedo, sin decir palabra y sin saber qué hacer. Uno de los hombres mandó servir otro trago y me lo ofreció a mí; al principio no quise recibir; pero el hombre, casi a la fuerza, me comprometió a que lo tomara, y después... que yo tenía mucho hambre. Al rato el otro hombre hizo lo mismo. Yo iba perdiendo la cabeza; veía voltiar todas las cosas y sentía un calor que del estómago me ganaba por todo el cuerpo. Las muchachas se habían puesto muy simpáticas conmigo y se reían y charlaban mucho; una de ellas tocó tiple y cantó canto bravo. Entró otro hombre más. Yo bebí más trago... Después, no sé... no sé... Sólo recuerdo que al día siguiente tuve con qué pagar el puesto a ña Juliana, y me sobró plata.

La muchacha se turba visiblemente, y su voz se opaca en vergüenzas. En su semblante se advierte el sufrimiento de las evocaciones.

A las claras se adivina, tras el cuerpo encogido y las facciones ajadas, ese rodar desastroso e inconsciente de las pobres mujeres del pueblo a los más bajos fondos sociales, golpeándose, en la caída eterna y por todos provocada, contra las miserias físicas y morales, como contra las piedras de un despeñadero sin fin. Continúa:

—Esa vida es muy maluca y muy llena de remordimientos... Tenía que comer, pero todo el día me lo pasaba de balde, y yo desde chiquita estaba enseñada al trabajo. Me acordaba de mi casa tan tranquila, de la huerta, de las flores del jardín como tan

abiertas por las mañanas. Me acordaba de mis padres, de mis hermanitos, y hasta de Guardián, cuando, después de jugar persiguiendo las gallinas, entraba en la cocina con la lengua afuera y meniendo la cola. Y lloraba por ai en un rincón donde nadie me viera. La "Tórtola" y Teresa, también a ratos me hacían sufrir. Unas veces estaban muy contentas conmigo; pero de pronto amanecían de mal humor, y entonces, me insultaban, y muchas veces llegaron a ultrajarme. Ña Juliana casi no se metía conmigo, pero me quitaba todo rial que conseguía, y después, se mantenía traquiada. Yo era como la sirvienta de la casa.... En los días en que iba a nacer mi muchachito ya no podía conseguir ni un peso, y me atrasé en el pago del puesto. Ña Juliana todos los días me cobraba, y como nada podía darle, me fué cogiendo tirria, hasta que un día me dijo que lo mejor para mí era largarme pal hospital porque ella no me aguantaba más sirviéndole de estorbo. Y al hospital fui a dar. Allá nació mi muchachito; muy sano y muy gordo.... Allá me dejaron veinte días y después me dijeron que me saliera porque necesitaban la cama pa otras. Con el muchachito en brazos volví onde ña Juliana, pero ella, con muy mal modo, no me quiso recibir porque le debía plata atrasada y porque dizque estaba muy flaca y muy fea, que era como un cuero. Empecé a andar y más andar por todas partes, buscando trabajo, pero en ninguna parte me recibían. Me tiraban con las puertas en la cara apenas me veían con mi hijito en los brazos. Tuve hasta que pedir limosna, porque me moría de hambre, y lo más particular es que en algunas casas me decían que no fuera sinvergüenza, que trabajara, y pedía trabajo y nadie me lo daba. Lo peor de todo es que con las fatigas que pasaba, la leche se me iba secando y mi muchachito se me iba enflaqueciendo y poniéndose como un viejito.... Me dijeron que había Casa de Güerfanos y Casas de Caridá onde daban comida a los niños pobres, y fui a buscarlas; pero allá tampoco quisieron recibirme, dizque porque no era casada, porque mi muchachito no tenía papá!.... El no podía tener papá, porque

el papá era de los blancos principales, pero me tenía a yo, que aunque infeliz, era su madre y.... tenía hambre.... Lloraba, lloraba el pobrecito todo el día de la pura hambre. Casi me arrancaba el pecho con su boquita seca como la de un pichoncito en el nido, y me clavaba las uñitas en la carne buscando comida. (Un chorro de lágrimas corre por las mejillas de la sinventura, y la palabra se le añega en sollozos comprimidos). Yo me moría de necesidad, las hilachas se me caían a pedazos del cuerpo y me mantenía pasada de fatiga. Algunas veces desyerbaba calles, y eso era mi único consuelo, porque entonces comía hasta llenar y me ganaba quince o veinte centavos pa comprarle lechita al niño..... Un día me sentí más desalentada que siempre, y fui onde un doctor que daba recetas de balde. El me dijo que estaba a punto de volverme tísica y mi muchachito también, que tenía qué comer más y descansar.... Descansar yo! (Una sonrisa, que es un gesto de angustiosa ironía, vaga por los labios de la acusada). Me dió una receta y con qué comprara los medicamentos; era muy bueno! En la botica me dieron unas pildoritas pa tomar una al almuerzo y a la comida. Empecé a tomarlas y como que me aprovecharon porque me sentí con más ánimos. Entonces yo pensé que si a mí me habían servido, a mi muchachito también tenían que convenirle, y me fuí onde la "Tortolita" a que me diera un poquito de leche pa desleírla y hacérsela pasar. Ella me dió un pocillo y yo le eché la píldora, y cuando calculé que ya estaba desecha, le dí a bogar al angelito, que con el hambre que mantenía, se bebió todo, sin dejar asiento. A poquito empezó a gritar como con convulsiones, arqueando los ojos, moviendo los bracitos y las piernas, y fue hasta que se me quedó muerto sobre las rodillas. (Una pausa y un suspiro dolorosos). "Eh ole, no siás bestia, me dijo la "Tórtola", ya matates al muchacho. Qué veneno le dites?" "Yo, llorando le respondí que no era veneno, que era un remedio que estaba tomando y que me había recetado un doctor muy bueno. "Lo matates, lo matates", gritó ella, y en eso pasó un policía y me

preguntó qué era la cosa. . . . Después no me acuerdo de más. Me quitaron el cuerpo de mi muchachito y no lo volví a ver, y a mí me llevaron a la cárcel de mujeres.

Se sienta la muchacha, agobiada por la tragedia del destino. De sus ojos el llanto se escapa en vena incontenible y ella lo enjuga con el pañolón. Es una triste cosa, un desecho de la vida, un sér sin importancia, aquel residuo de mujer apelotonado sobre el banco negro de los acusados. A todo el mundo ha dejado indiferente. Sus palabras monótonas y burdas, sin elocuencia de ninguna clase, a nadie han conmovido. En un principio, cuando empezó a hablar, hubo un movimiento de curiosidad y un silencio expectante; pero ahora el auditorio está fatigado con el calor y con una hora larga de oír una historia vulgar. Uno de los jurados se ha adormilado con la mano puesta ante los ojos; los otros tienen prisa, pues sus negocios los reclaman con urgencia. En el público hay dos o tres hombres adormecidos. Las hijas del placer, después de aguantarse un rato y de curiosearlo todo, se han marchado, moviendo los cuerpos con provocación que no alcanza a inspirar sino tristeza por el sexo. Las moscas como siempre vuelan importunas. Por la calle pasan hasta tres carros, uno detrás de otro, cargados de fardos, con trepidación ensordecedora. A lo lejos se oye el pitazo de un tren, y los arrieros, ya descansados, salen a la estampía, ajustando los machetes con la mano para que no les impidan los movimientos. El señor juez, agitando la campanilla, declara cerrada la sesión, y los señores del jurado se retiran a deliberar a una pieza contigua. A poco reaparecen, uno de ellos trayendo el pliego en donde está la pregunta de culpabilidad y la respuesta de la justicia humana. Un secretario, con películas de caspa sobre el cuello, lee, calándose las gafas:

—¿La procesada María Jesús Alzate, es culpable del crimen de infanticidio, ejecutado en su hijo de tres meses de nacido?

—Sí, respondió el jurado.

Se oye un murmullo sordo y la sala empieza a

vaciarse apresuradamente. Los jurados salen fumando cigarrillo y despidiéndose de los empleados con sonrisa de satisfacción por la libertad conquistada. El fiscal se estira, desperezándose como un felino que ha dormido buena siesta y la muchacha harapienta es llevada de nuevo a su encierro por dos hombres armados. . . .

A pocos días, el juez dicta la sentencia:

“Administrando justicia, en nombre de la República y por autoridad de la Ley, se condena a María Jesús Alzate, por el crimen de infanticidio, a la pena de doce años de reclusión, que pagará en la Cárcel de Mujeres, de esta ciudad.”

---

*La hora precisa*

---

De mis libres montañas—6

---

---

## LA HORA PRECISA

—Es lo que digo, niñas: no puedo con las falsificaciones. El té sabe mejor en tetera de plata; así como debe ser, y con todos los accesorios que exige la moda.... Un mantelito de éstos tan primorosos, finas pastas y confituras, jarros de plata, pero de plata legítima, de esta amartillada, cuyo peso se siente cuando se levanta... Donde Lola Otálora, nada.... Todo falsificado y baratón.... Un jueguito de electroplata, con todo y monograma, pero que ya empieza a mostrar el cobre. ¡Más perezoso! Y el mismo té que allá sirven.... Tan ordinario, y lo preparan tan mal.. Pero es que la pobre no tiene quién le haga nada. Nunca consigue una sirvienta que valga la pena. Unas montañeras infelices y tan mal vestidas.... Se disculpa con la cantaleta de que es que están muy escasas... Qué cuento! Es que no les paga lo justo. Como el marido es tan cicatero, todo lo quiere a bajo precio, y naturalmente en esa casa se ve la estrechez.... Eso sí, él por su cuenta gasta en el club, en sus jugarretas y tragos, una barbaridad....Y dicen que hasta se ha enredado con esa bogotana tan elegante, que llaman la Garza Morena.... No la conocen? Primorosa y se viste muy bien, pero a la legua se comprende la clase de pájaro que es.... Pobre Lola!. Le tengo una lástima.... Apesar de las ínfulas que se da lleva una vida de perros.... No ha faltado quien diga que hasta ha intentado separarse del marido, en lo cual le alabó el gusto, porque, ¡ah pifia! un hombre así tan apretado y vagamundo.....

—Por Dios, niña,—murmuraron a dúo las dos señoras que la escuchaban.

Hizose un corto silencio mientras Fanny de Urquijo, que era la expositora, dió los últimos sorbos a la taza china y estiró un poco la falda a nivel de la rodilla, para cubrir ésta que, en admirable redondez, se mostraba bajo la fina media color de carne sonrosada, como también el sugestivo anillo de la liga, hecha de rosas diminutas, y las cálidas suavidades de la sedeña combinación de un verde desvanecido, columbradas entre los pliegues del traje.

Después, de la gran cartera roja, que tenía a la mano, retiró un minúsculo pañuelo de encajes y se enjugó los labios con cuidado para no barronarse el carmín, y luégo, repantigándose en la silla y arreglándose con la diestra la onda de la melena que le jugueteaba en la frente, habló de nuevo:

—Sí, mis queridas, la verdad. Antonio Buendía, el marido de Lola, es una calamidad: candil de la calle y oscuridad de la casa.... Por supuesto que no me extraña.... Aquí se está poniendo la cosa imposible. ¡Cómo los hombres se han dedicado a tenorios y las mujeres.... las mujeres.... ¡Virgen santa!

—Ahí vienes tú con tus cosas tan intranquilizadoras—interrumpió Rosita de Ordóñez, quien siempre que Fanny tomaba la palabra, sentía la ingenuidad y transparencia de su alma rebotada, como ocurre con las aguas de los remansos límpidos y tranquilos cuando se les viola el fondo.

—Vean ésta—dijo Fanny.—Siempre tan escrupulosa! Si yo no digo sino la verdad pura y simple.... Digo lo que sé, lo que me consta. Y es que es muy bueno conocer ciertos asuntos para mantenerse una en guardia.... Es muy justo que haya sanción. No podemos conformarnos las que somos realmente señoras, con las que no piensan sino en parrandear.... La sociedad hay que limpiarla a todo trance, y yo, cuando hablo, lo hago en conciencia, con permiso de mi confesor. He consultado el punto con el Padre Zuleta, y me ha dicho que no es murmurar, decir las faltas y defectos de las personas, desde que sean ciertos.... Por eso siempre que puedo le saco a la gente los trapitos al sol: para que se corrija....

—No juzguéis, para que no seáis juzgados....

—Eh! si que estás mística, niña. De cuándo acá?—interrumpió Fanny, un tanto mortificada, acentuando la rosa ficticia de las mejillas con una ola de sangre.—Pero si yo no estoy juzgando a nadie. Dios me libre! Digo simplemente lo que le consta a todo el mundo.... Hablaba antes de Buendía, el marido de Lola, y ustedes saben, porque la conocen a ella y lo han oído decir mil veces, que es un hombre muy amarrado en la casa y muy vagamundo en la calle.... Y para convencerse no hay sino que ver las figuras de la pobre Lola. ¡Siempre tan pasada y con lujos tan viejos y remontados! Creo que aún tiene restos del ajuar que le dieron cuando se casó... Y lo que es él, basta verlo... ¡Figúrense que hasta es de los que yo llamo de chalina!

—Cómo así?—interrogó la de Ordóñez.

—Hum! Pues de los que salen a media noche con muchachas en auto y en los entusiasmos del idilio se ponen las chalinas de ellas y se arropan con los abrigos.... Los he visto. Algunas noches cuando me desvelo, me levanto envuelta en la kimona, me voy a la ventana y por un postigo entreabierto, veo el desfile.... Especialmente los sábados.... Ay! La noche del sábado.... Una maravilla!.... Y lo peor es que son solteros y casados, viejos y mozos.... Franca-mente, niñas, los hombres siempre son muy sinvergüenzas.... A veces las parrandas no son con "azucenas", sino con señoronas de las que se codean con nosotras en el club, en la iglesia, en todas partes. Sin ir muy lejos, la otra noche ví pasar a Soffy Rivera con Pepe López. Frente a mi casa se detuvieron a encender un cigarrillo.

—Pero, iban solos?—inquirió la de Valdés, en el colmo del asombro.

—No, solos no, pero casi: iban con el marido de Soffy que es como ir solos.

—No, niña, no tiene nada de particular. Una mujer casada puede presentarse con su marido en cualquier parte y nadie tiene derecho a decir una palabra—protestó la de Ordóñez con inusitada energía.

—Eh! No seas bobita. Eso depende de quién sea

el marido y.... el otro. Piensen ustedes, el marido de Soffy: Manuelito Contreras..... Si hasta le dicen Manuelito. Más buena persona!.... Se duerme en las visitas, y cuando Soffy lo lleva a los bailes se lo endosa a alguno de sus admiradores para que lo mantenga a régimen de brandy y ella poder hacer de las suyas..... Ahora está encantada con Pepe López. Cómo les parece?.... Ese Pepe López que es más carnicero.....

Celebróse el chiste Fanny, poniendo al descubierto con la risa, los bellos dientes blancos y agitando la parlera y graciosa cabecita.

—Fanny, por Dios!—exclamó con asombro la de Valdés, tratando de reprimir los ímpetus informativos de su amiga.—¿Pero tú no eras muy amiga de Soffy, y hasta de Pepe López?.... Con Soffy y las de su círculo se te ve en todas partes, y con Pepe es mucho lo que bailas y charlas cuando te toca.

—Así, como muy amiga, no.... Fuí condiscípula de Soffy donde las Hermanas, y ella y las de su barra me están siempre llamando por el teléfono para que salgamos juntas.... Por cierto que, aquí en confianza, no me gustan mucho esas amistades.... ¡Como todas se han puesto de novias después de casadas!.... Me fastidia servir de pantalla para sus amóros.... La gente habla mucho y.... francamente, esto es muy penoso.... De pronto se ve una enredada en algún cuento.... José Antonio hasta me ha prohibido las relaciones con ellas.... ¡Supónganse como es José Antonio de templado para sus cosas! La otra tarde, sin ir muy lejos, estaban en casa tomando el té Soffy, Amalia Rocha, Josefina Urrea, Pepe López y el abogado Calad, que tiene sus embelecocos con Amalia, cuando llegó José Antonio haciendo una cara.... Se sentó muy serio, sin pronunciar palabra. Le hablaban con mucho entusiasmo, pero él apenas les contestaba entre dientes... Yo sudaba la pena negra... Supónganse! Al fin, corridos, se retiraron, y entonces José Antonio me dió orden terminante de que llamara a mis amigas por teléfono y les notificara que no debían volver más a casa.... Protesté cuanto pu-

de pero no hubo remedio....

—Imposible, niña. Y las llamaste?—preguntó la de Valdés en el colmo de la sorpresa.

—Ajá! Y qué querías que hiciera? Una tiene qué obedecer a su marido.

—Pero, francamente, eso siempre es muy grave.... Ah! pena.... Y ellas qué dijeron?—dijo la de Ordóñez.

—Pues.... Poca cosa. Amalia, muy disgustada, me dijo que me agradecía la atención y que ella no necesitaba de mi amistad, porque afortunadamente estaba muy recargada de buenas relaciones... Soffy, como es tan creída y se las da de inteligente, se puso a reír con risita fingida, en que se le notaba la pica, y me encargó un saludo para mi marido, el moralista. Qué les parece?.... Y Josefina Urrea me contestó muy en seco con un "está bien", y me colgó inmediatamente la bocina.

Dilatóse un silencio frío y escrutador.

Las almas, por muy unidas que en apariencia estén, se tornan en ciertos momentos implacables, con pensamientos como garfios, que quieren desgarrar las otras almas, para penetrarse de la esencia de que están hechas.

Las de Rosa y María no eran benévolas en esos instantes con respecto a la de Fanny. Esta, con su charla incesante y acostumbrada, habíase puesto en primer plano de observación, y naturalmente, de modo inconsciente si se quiere, había despertado en las otras el sentimiento defensivo y analítico, que recata un esbozo de venganza, de quien se ve obligado a sostener despierta la atención por algún tiempo.

Los sentimientos defensivos, queramos o nó, recatan gérmenes de ataque, que se resuelven en actitudes de acechancia, y en acechancias y recónditas censuras envolvían Rosa y María a Fanny. El sér humano, que se impone con la acritud de su crítica a la ajena conducta, nunca sale ileso de las miradas investigadoras de los que escuchan silenciosos, e ilesa no aparecía Fanny ante sus amigas.

La persecución jurada a la honra de los otros de-

bía ocultar alguna grieta por donde se herniara, deformándose, la propia virtud. O denotaba enfermizo instinto, impropio en absoluto de almas femeninas. O era eso tan lívido que llama la Doctrina el pasar del bien ajeno. O marcaba quién sabe qué inconfesables deficiencias o urgencias fisiológicas en el seno del hogar. O nutriase sólo con el ansia ingenua que aqueja a ciertos humildes, cuando, sin méritos reales, quieren escalar encumbrada posición y creen que el único medio es manchando lo que luce en la altura. O revelábase como simple síntoma de sórdida y anticristiana intolerancia, que, por incomprensión y monstruosa egolatría, aqueja a determinados espíritus. O mostrábase como la síntesis de la perfección, más odiosa que todo, porque aquella entre los humanos no existe y quien altaneramente la exhibe, estafa el sentimiento universal y ultraja a los simples pecadores, que somos todos.

Entró una fámula a levantar el servicio de té, llevándose de paso la mesita tendida con el bordado mantel.

En la estancia, los rayos del poniente, al tamizarse a través de los verdes cortinajes que decoraban las dos amplias ventanas, habían creado una grata penumbra. Muebles y cuadros, en cuyos fondos y contornos se amontonaban los impalpables plumones violáceos de la media tarde, adquirían la sugestiva impresión de cosas que fuesen a animarse. Las flores de dos artísticos vasos de porcelana, acentuaban en la atmósfera el incensario de sus aromas, cual si quisieran, ya un poco marchitas, presintiendo su fin próximo, impregnar el aire con el último suspiro de sus almas delicadas.

Rosa y María callaban, revolviendo cada una en sus interioridades, los oscuros pensamientos que marcaban la desarmonía de sus espíritus con el de su interlocutora. Espíritus sencillos, un poco frívolos pero buenos, con bondad racial, se turbaban atemorizados ante la disección implacable de la conducta ajena, y, penetrados de ingénita delicadeza de heredado señorío, experimentaban repulsión instintiva ante la

ola de fango que, desmenuzada y adobada en sonrisas, subía de la calle a los salones.

Rosa, con los ojos muy dilatados, miraba los diminutos pliegues que hacía su mano sobre el muslo, en el fino *georget* de la falda. Balanceábase María en la silla, meneando la cabeza castaña, donde la luz desfalleciente ponía tonalidades de oro viejo, con una sonrisa indefinible dibujada en los labios, que muy hubiera servido a de Vinci para retocar su enigmática creación.

Acostumbrada Fanny, por su parte, a los inquietantes mutismos que solía crear con sus expresivos párrafos condenatorios, matizados con el campanilleo de su risa entrecortada y mucho rebrillar de los ojos fieros, no reparaba en el ambiente que ahora la envolvía y que para sí juzgaba como aprobación tácita al gentil mariposeo de su inteligencia.

Tomó de nuevo la palabra, guiada por el horror indefinible que sienten algunas personas por las pausas meditativas, o ante la perspectiva de escuchar a los otros cuyas opinones de juro adolecen de lamentable insignificancia, en presencia de los juicios ciertos de quien por sí y ante sí se declara juez supremo de honras, vidas y acciones:

—Muy fastidioso todo eso, pero no había remedio. . . . Para qué se meten de avispadas. El que la hace que la pague. . . . ¡Bueno estaría que nosotras las señoras de conducta irreprochable, los miembros sanos de la sociedad, tuviéramos que alternar con las que dan qué decir! . . . No, ni riesgos. Antes lo que debíamos hacer era formar la liga de la buena fama, así como en otras partes existe la liga contra las modas indecentes. No les parece?

—No sé qué decirte—respondió la de Ordóñez.— Los asuntos de conciencia son tan trabajosos, y creo que lo mejor, para evitar intranquilidades, es ignorar lo de los demás. . . . En obrando una bien y en cumpliendo con su deber. . . .

—Claro!—afirmó la de Valdés.—Ah! pereza una dirigiendo almas ajenas y cargando con sus pecados! Con todas las preocupaciones que una tiene y lo que

da qué hacer la casa! Yo estoy con lo que dijo el mal ladrón de Nuestro Señor: No se ha podido librar él y va a librar a los demás... Yo no sé. Como no entiendo bien las cosas, me parece que nadie debe meterse en la vida de nadie. Y mi marido es de la misma opinión: me deja en entera libertad, pero con la condición, eso sí, de que no me meta en consejos ni en juntas, ni que sea directora de nada.... Mi misita cada ocho días, cuando los muchachos me dejan tiempo, el rosario todas las noches y la confesión cuando se puede.... Dios sabrá.

—Ah! pero si todas pensáramos como tú, sería muy cómodo para los malos elementos sociales.—replicó Fanny, animándose, en fuegos de propagandista.—Sin sanción fuerte no puede existir una sociedad cristiana. Ya les he dicho que he consultado el punto y mi confesor aconseja que, cuando sea necesario, debemos hablar, y hablar claro. Por eso no cargo agua en la boca para decir verdades.... Sé que me critican, pero tienen que aguantarse!

—Las mujeres no servimos para directoras—interrumpió la de Ordóñez. Todo lo complicamos y exageramos.... Mejor es dejar esas cuestiones tan trabajosas en manos de los sacerdotes que son los que saben.... Nosotras no entendemos palabra, o por lo menos yo....

—Claro, no entendemos de asuntos complicados de conciencia—anotó Fanny.—Pero sí podemos decir que Pepe López, con sus elegancias y todo es un tipo peligroso. O no les parece?.... Y que Soffy Rivera es muy alocada y coqueta....

—Pues.... francamente, yo no sé—dijo la de Ordóñez. Soffy es como tantas: muy bonita y amiga de modas, y le gusta divertirse y llamar la atención. Al fin mujer!.... Pero yo no le he visto nada de particular y la creo incapaz de incorrecciones....

—No, niña, no he dicho que cometa faltas graves. Dios me libre!.... Pero esas intimidades con Pepe López.... Una mujer casada.... Figúrense con Pepe López!.... Siempre es mucho lo que flirtean y lo que dan qué decir....

En el alma de Fanny, Pepe López, o mejor en su vida, era algo como la perspectiva turbadora e inconfesable de lo grato y desconocido que ofrecen los paraísos artificiales a los novicios que, por puro snobismo, desean penetrar en el reino de las sensaciones raras.

Le atraían la figura varonil y la juventud madura de aquél, al par que la atmósfera indefinible, mezcla de escándalo y simpatía, que lo circundaba, especialmente entre las mujeres. Sabíalo correcto, discreto, un tanto escéptico y galante, con sencilla y mesurada galantería, de esa que, como las finas esencias, apenas trasciende al exterior, pero que deja en quien la advierte, el recuerdo cautivante de almas que se quisieran proyectadas en el presente y en el futuro, para las horas íntimas de rumiación sentimental.

Abordábalo en todas partes, con una estudiada confianza sonreída, en anhelos de confidencias, con un vago deseo de experimentar la inquietud turbadora de los amoríos que se inician en una mirada rápida e intensa o una palabra insignificante con reconditeces de caricia.

No se sentía capaz, o mejor, nunca había pensado en amores clandestinos y culpables, pero en la apacible monotonía de su sér y de su existencia, hubiera querido, por algunos momentos, verse a linde de un dulce pecado de amor, con algo calofriante que sin mancharle la conciencia ni dejarle remordimientos ni tragedias, le rizara y estremeciera el alma en un saboreo de besos dulcísimos.... Su alma—pensaba en poeta—tranquila y clara como el agua mansa de los aljibes que había visto en el campo, pero de repente, sin perder la transparencia, ondeada y cabrilleante en la superficie por los aletazos de la brisa, rúmorosa y cálida, venida del monte, suturada de esencias, fecundada de sol....

Por desgracia, Pepe López, no obstante su simpatía, era con ella retraído y ceremonioso. Atento, es cierto, pero sin que nunca se dejara arrastrar por el afecto. Siempre en sus labios y ademanes, la galantería correcta que no hace vibrar un solo nervio, ni

produce el grato rubor de la emoción o la anhelosa constricción de un suspiro. Y así en los bailes, aun después del champaña que burbujea en la sangre más que en las copas, y en el teatro, y en su propio almacén, a donde ella acudía con frecuencia en busca de novedades y refinamientos.

Y de todo aquello,—insignificantes alfilerazos en el acerico del amor propio,—iba surgiendo cierta hostilidad de la dama para con el mozo, manifestada en equívocas sugerencias contra la conducta privada de aquél, y en el peligro que implicaba para la sociedad la presencia de un hombre capaz de perderse en las rutas de los amores clandestinos. Por eso, en salones y tertulias, el nombre del cuitado sonaba de continuo en sus labios, columpiándolo entre sonrisas y maliciosos guiños de ojos, para expurgación de faltas y desagravio social.

Luego que Fanny, inteligente y un tanto romántica, quién sabe por qué remotas ascendencias, era de esos espíritus inconformes, ávidos siempre, a los cuales ofusca la trivialidad de los días comunes, largos y borronados con pequeños menesteres y continuas mortificaciones.

Hermosa y rica, no se conformaba con no ser el número uno de la sociedad y no verse rodeada de una corte de admiradores, trastornados por sus encantos, la férvida alabanza en los labios, brillantados de pasión los ojos. A no provocar envidias y admiración entre sus amigas, con sus lujos y joyas, y antes bien a verse obligada a soportarlas a cada paso, con sus ínfulas de gentes del copete, ricas más que ella algunas, gastándose aires de ancestral señorío y mirando en torno con el desdén o la sonrisa protectora de quien no admite supremacías de ninguna clase. A que José Antonio Urquijo, su marido—¡un marido tan honorable y bueno!—no fuera el árbitro de las elegancias y se contentara con ser el estadista criollo de renombre, gran trabajador, miembro de muchas juntas importantes, un tanto enflaquecido....—aquí un desgarrón en el alma—quizá más teñido de color de lo conveniente, con los labios muy gruesos y muy indiferen-

tón e ignorante de lo que con las delicadezas femeninas se relacionaba.

Francamente, si hubiera sido un poco más pulido. Pero antes! Figurese de arriero los primeros años, y después siempre tratando con negros y mineros en el montepío, por allá en esos vericuetos del Nechí.

Después de casada se acostumbró a quererlo con afecto metódico y hogareño, de pequeños deberes cumplidos estrictamente,—comidas a horas fijas, medias zurcidas, camisa y cuello limpios—un afecto de bonita y pacífica ama de llaves, que no lograba, por supuesto, interesarle el alma.

Y eso que últimamente—justo es confesarlo—Urquijo, por el influjo indudable del dinero y por la alta posición que este le conquistara, había adquirido cierta prestancia respetable, que lo alejaba un tanto del primitivo aplebeyamiento, convirtiéndolo en visible personalidad un si es no desdeñosa con el resto de los humanos.

En su Cadillac nuevo, de azulosas y oscuras tonalidades, con la graciosa bailarina bamboleándose sobre el vidrio tracero, recostado al muelle cojín donde un pierrot gemía en silencio sus tristuras, y recubiertas las piernas con la atigrada manta, estaba muy bien, muy triunfal y deslumbrante, en la plena ostentación de méritos, que no han alcanzado a opacar ni lo turbio de la cuna ni las injustificables quejas de habilísimas especulaciones.

Su esposa al verlo en tal guisa, experimentaba un sentimiento de bienestar, dulce confitura de venganza contra los rasguños en el amor propio y contra las pequeñas heridas en el corazón, sufridos por ella en los círculos aristocráticos, cuando no se le rendía el homenaje apetecido.

Eso no impedía, sin embargo, que algunas veces, en horas de tedio, el bienestar se trocara en un amago de repulsión, al ver a su hombre tan suficiente y preponderante, tan convencido de sus excelencias y altas capacidades de financista, tan burdamente agresivo con el estrépito de su oro.

Pero todo podía soportarse si alguna vez las horas imprimieran un ritmo desconocido a su espíritu, a su sensibilidad de mujer amorosa. Pedíasele un instinto oscuro, salido de la sangre, de los nervios, del pecho, tejido con recuerdos lejanos de juventud y con las ansias confusas de un organismo que aspira a hacerse copartícipe de la armonía universal. Mujeres de su casta, una abuela y quizás dos tías, se habían sumergido hasta el cuello en las incendiadas delicias de pasiones que maceran en tósigos y dulzuras el cuerpo y el alma, y ella misma, antes de ser la respetable esposa de Urquijo, había amado en arrebatador mariposeo a mozos y mozos de los que acudían a sus rejas a festejar su belleza....

Las tardes y noches cálidas, en la calle apacible, teñida con los tonos de morado sombrío que deja la luz al fundirse en la sombra invasora, con el novio frente a la ventana, la respiración entrecortada, murmurando apremios de amor.... Vibraba su cuerpo todo y naufragaba su alma en ternuras, surgidas de lo sensible de sus entrañas, y muchas veces su labio fue ardiente limosnero que destiló dichas indecibles en los labios voraces del pedigüño....

Mas no fue sólo dadivoso el labio. La prestigiosa euritmia de su silueta hízose, en ocasiones, arpa viviente, con ritmos estremecidos, bajo el contacto audaz de la caricia que, si tuvo en momentos la suavidad de sedas y pétalos, también culminó, en un minuto de vértigo, en la sensación de garra que se crispa...

Otálora? Llamaba así el gallardo cadete que le sorbió el ceso y le reveló la gama toda de las sensibilidades supremas. Con él atormentaba a Urquijo en horas de disgusto, tratando de encender la hoguera de los celos y de crear la trampa de un peligro por donde entrara la sumisión del macho. Pero Urquijo, afianzado en el esplendor del dinero y en la seriedad de hombre principal, respondía con gesto asqueado y la palabra "pelagatos!", que en su boca, manchada de tabaco, tenía el invencible desprecio del señor al muerto de hambre.

Sin ella pensarlo, mucho influyó Otálora en su vida. Fué el revelador de delicadezas sociales y pe-

queñas elegancias, y, poco a poco, con desprevenición de bohemio arrogante y la vistosa donosura de militar de parada, fue tallando en el alma femenina, arisca y simple en un principio como surgida en uno de los agrestes poblados de la montaña, el gusto por las cosas triviales y bonitas, y cierta ansiosa movilidad de espíritu, que la llevaba hasta el suspiro, con todo y crisis de melancolía, por lo que apenas había presentado.

Otálora, gran vividor sin escrúpulos y de verbo chispeante, no reparaba en minucias cuando de satisfacer sus caprichos y veleidades se trataba. Robábase el cariño de una mujer, como se adueñaba hábilmente de un objeto de arte, trasegaba unas cuantas copas o se embolsaba el dinero ajeno, burlando con cínica gentileza las tenebrosidades del código. Relataba sus triunfos y hazañas con cálido entusiasmo y joyante palabrería y era de esos seres venturosos y jocundos en quienes el sentido moral se halla anestesiado.

Oíalo Fanny deslumbrada, adueñándose de cada una de las palabras del verboso, y copiando, hasta donde era posible, muchos de sus modos de sentir y de pensar. De allí nació sin darse cuenta, sin que la voluntad interviniera para nada, como se apodera el contagio de un organismo, su manía de apropiarse de pequeños objetos contra el querer de sus poseedores. Especie de instinto anómalo, de ciega pasión, que la llevaba a tender la mano disimuladamente hacia lo que sus ojos contemplaban a su redor....

Una mirada en torno, escrutadora; ansias extrañas dentro del pecho como un vértigo de amor; frialdad en ola húmeda por todo el cuerpo hasta hacer sensibles las raíces del cabello; el estirar rápido del brazo tembloroso; la mano que se crispa loca sobre la cosa apetecida, y ésta que desaparece dentro del bolso o el seno.... ¡Gracias a Dios, qué susto!... Pasó el instante angustioso.

Venían después la satisfacción por lo adquirido, inútil e innecesario en infinidad de ocasiones, y la pesadumbre por el acto ejecutado que le conturbaba su alma de creyente, dejándole el cuerpo deshecho y los

nervios lasos como después de un intenso espasmo. Por supuesto que en el mismo estado depresivo, existía un sutil goce indefinible por el peligro afrontado y el instinto satisfecho. . . . ¿Quién puede saber de las reconditas del alma humana?

Tal dolencia, que no de otro modo podría catalogarse, estaba latente en Fanny desde el alborear de su espíritu. Bien recordaba que allá en su infancia, en la escuela bulliciosa, acostumbraba quedarse distraídamente con las muñecas y juguetes de sus compañeras, lo cual, más de una vez, le valió reprimendas de la maestra, y que en su primera juventud, cuando la madre la llevaba de bureo a casa de sus amigas, solía regresar a la propia con algún adorno de tocador, un pañuelo fino, una cucharilla de té, o cualquier otro objeto minúsculo de los de fácil manipuleo.

Su madre, mujer alegre, de sistema nervioso muy excitable, y un tanto desdeñosa ante la existencia, no daba importancia a tales nimiedades, y, antes bien, de modo indirecto, hasta las alentaba con su silencio. Y no sólo eso, sino que llegó a insinuar en especiales ocasiones, frente a la urgencia de una prenda elegante para la cual eran escasos los recursos, que la muchacha saliera de compras, poniendo en juego la gracia de su rostro primaveral y el rumoreo grato de su charla, adquiriera lo que falta le hacía con todo el disimulo posible. Después, a solas en la casa, comentaba el incidente con la naturalidad superficial de una crónica de sociedad.

Al convertirse Fanny en la señora de Urquijo no olvidó sus antiguos hábitos: es muy difícil arrancar del espíritu aquello que en las mocedades, ora por brote espontáneo, ora por misteriosas herencias, ha constituido la urdimbre de nuestras psiquis. Continuó cultivándolos de tarde en tarde, cuando la ocasión le era propicia, y su elegante alcoba y su tocador de mármol blanco y cristales venecianos, abrumados se encontraban con caprichosos pomos de esencias, grotescas y artísticas muñequillas, lociones, polvos y afeites, como trofeos de sus habilidades.

Urquijo, ante la abundancia de cosas nimias, protestaba por el gasto, y más de una vez llegó a esta-

llar en crisis de mal humor, al recibir la nota detallada de algún comerciante de los frecuentados por Fanny. Porque preciso es apuntar que, si despabilada era ésta en sus escamoteos, no faltaba de súbito cualquier dependiente avisado que advirtiera las substracciones y, en vez de malgastar el tiempo en vanas alharacas, pasara la cuenta al fin del mes como importe de venta.

Ultimamente, el almacén de moda era el *Isadora Duncan*, de propiedad de Pepe López, muy frecuentado por toda la elegancia femenina. Naturalmente Fanny, como de la espuma, no podía dejar de concurrir a tal sitio, por las mañanas entre diez y doce, donde, a más de admirar las últimas novedades y mantenerse al tanto de la moda, se picoteaba sabrosamente sobre acontecimientos sociales y pecadillos del prójimo.

Enjambre rumoroso de bellas mujeres, que iban y venían por todas partes, remirando telas y adornos, discutiendo precios, censurando al paso los traeres de las conocidas, perfumando el ambiente con las cálidas emanaciones de sus ropas y cuerpos dulcificados por esencias, alegrando la mañana, adusta y comercial, con el rebrilleo de los ojos, las sonrisas en los labios empurpurados, el revuelo de las manos enguantadas o rutilantes de joyas. No descansaban las dependientes, y por doquiera se advertía la exhibición de lo frívolo, tenue y delicado que íntimamente, con suavidades de caricia, vela la carne femenina, tornándola en más tentadora y discreta.

Fanny feliz, se movía con nerviosidad, trasparenteada en sus ojos de negror intenso y en sus argentinas risas que llenaban el aire de cascadas musicales. Era la de mayor animación en el grupo, y sus voces y comentarios merecían, en uno y otro lado, los honores de la crítica y aún de la aprobación.

Sin embargo, por allá en sus interioridades, la turbaba una angustia delgadita, insignificante, como un bosquejo de impaciencia o como eso molesto que deja el olvido de algo que, sin ser preciso, se apetece en un momento dado. . . . ¡Ah, Pepe López, Pepe Ló-

pez, tan finchado y antipático!....

¡Quien lo veía en su escritorio muy serio y pulcro, hablando con voz algodonada, fríamente galante con las damas, y supiera después de sus noches de jarana, de aquellos locos paseos en auto bien acompañado, de su poder formidable para el brandy....!

Hipocritón!

Y Fanny, consumida en vaguedades, apenas comparables a la niebla que vela siempre el ensueño, no podía sufrirlo, y en lo íntimo hubiese querido maltratarlo, herirlo, hacerlo rabiar con agudas mortificaciones, someterlo a su voluntad absoluta.

Por eso, por un recóndito sentido de venganza, en el *Isadora Duncan*, las habilidades de Fanny se multiplicaban ya sin posteriores congojas, antes bien con rara fruición, manifestada a solas en su casa, cuando al contemplar el objeto de su impulso, pensaba en su legítimo dueño, y lo pasaba y repasaba entre sus manos sedeñas, como si de una cabellera o de un rostro amado se tratara. Producíale aquellos incendios en la sangre, brotados de la raigambre de los nervios, y muchas veces, con los labios reseco y el pecho dolorido de ternuras y rencores, terminaba en una crisis de llanto.

\*\*\*

Insistió la de Ordóñez:

—Pero, mi querida, tampoco podemos atenernos a lo que diga la gente, porque entonces nadie sale bien librado.... Medio mundo se come al otro medio.... Y aquí todo lo critican: si una señora frecuenta la iglesia y cumple con sus deberes religiosos, que es una beata; si le gusta divertirse, que es muy disipada y poco correcta; si vive encerrada en su casa, dedicada a su marido y a sus hijos, que es una esclava y que el marido es avaro; si viste bien y cuida de la elegancia, que es una despilfarradora y coqueta.... Imposible darle gusto a todos.... Ya ven lo que hablan y murmuran de los bailes y los clubs: horrores, verdaderas orgías.... y sin embargo, está

una en ellos y no ve nada.... O será que como una es tan boba y no tiene malas intenciones, cree que las demás son lo mismo.

—No, niñas,—interrumpió la de Valdés.—No es que una sea boba, sino que no hay tales escándalos. Y no los puede haber aun cuando se quisiera. Figúrense: salones bien iluminados, todo el mundo sope riando, aquí donde todos somos parientes y nos conocemos más de lo necesario, multitud de mirones en la calle por puertas y ventanas, la rueda de mamás respetables.... No, ni riesgo.... Aun cuando fuera mucha la necesidad, no habría modo de que nadie se atreviera a sobrepasarse.... Ahora, que por lo bajo los enamorados se dicen ternuras y que existen provocaciones ocultas.... Pues ni modo de negarlo y... hasta derecho tendrán las personas en quererse.... Pero eso no puede escandalizar a nadie, por lo mismo que se mantiene oculto.

—Oculto, oculto—se apresuró Fanny—no lo crean. Eso se quisieran. Pero el amor no se puede tapar. Por más que se disimule se sale hasta por los poros. Y si a esto se agrega que, como las mujeres somos tan particulares, lo estamos pregonando de una y otra manera.... A Soffy Rivera se le ve el entusiasmo en cuanto se acerca Pepe López. No puede disimular. ¡Se pone hasta más bonita y persuadida! ¿No la han visto cómo se le encienden los ojos y la cara?

De tal guisa continuó el diálogo por algunos minutos más, quedando algunas honras ligeramente veladas como la diafanidad de la montaña cuando pasa alguna nube.

Aquello no tenía gravedad, parecía sin trascendencia, meros hilos con que se teje la red de los paliques sociales, y, no obstante las almas apacibles de Rosa y de María recibían la semilla de la desconfianza hacia todo, el malestar de quien por doquiera siente la inestabilidad del terreno que lo sostiene, la perspectiva de injustificables acechanzas que se ignora dónde se fraguan. Y agregado a esto: un sentimiento inexpresable, en el cual quizá existía un albor de gozo, por la necesidad propia del ser humano de con-

solarse de las faltas, grandes o pequeñas, con la idea de que los dañados instintos y las pasiones ocultables son universales. También el alfilerazo de un deseo no formulado, que la conciencia refrenaba a tiempo de nacer, ante las sugerencias de lo que constituye el placer vedado, que destriza una vida, ungiéndola antes con perfumes como a las momias egipcias.

Avanzaba el crepúsculo en oleada violácea, matizada de reflejos de oro por luces distantes. La puerta de la estancia recortaba un pedazo de cielo azul sombrío, perforado a trechos por los diamantes de las primeras estrellas. María, oprimiendo el botón de la eléctrica, iluminó el ambiente con una suave claridad verdosa. Atenuados y confundidos llegaban de la calle los mil ruidos de la vida ciudadana: bocinas de autos, gritos de vendedores de periódicos, la oración de una campana, el tango de una pianola.

—Me cogió la noche—dijo Fanny poniéndose en pie. Me voy porque allá estará José Antonio esperándome impaciente.... Es más consentido.

Un largo cuarto de hora transcurrió mientras fué al tocador, acentuó un tanto el rojo de los labios, calóse el gracioso sombrerillo de fieltro gris, acaricióse el rostro con la borla de los polvos, humedeciéndose de paso cejas y pestañas, y entre agasajos y sonrisas, se despidió de sus amigas en el contraportón.

El auto la esperaba, y al fin el ronquido del motor la hundió en el bullicio de la calle.

\*\*\*

En presencia de las novedades recién llegadas al *Isadora Duncan*, había esa mañana más movimiento y parloteo que de costumbre.

Bellas las mujeres y voraces los ojos, iban de una parte a otra, en rápido agitarse, aguijoneadas por lo nuevo, por lo raro, por eso tiránico y prestigioso que constituye la moda femenina. Hablando todas a un tiempo, se entendían a la maravilla, y los objetos pasaban de mano en mano sin dar reposo a las empleadas.

En algunas almas surgía la angustia de lo inaccesible disimulada por sonrisas de conformidad. Aso-mábanse otras meditabundas a los ojos, calculando, entre los pliegues íntimos, la cuantía de los ahorros o las benevolencias del esposo. Quién con ostentación muy del sexo, ordenaba el cargo a la cuenta del traje caro o del adorno vistoso. No faltaba la muchacha enamorada que, en rumiaciones de ensueño, pensaba en el pasmo del amante al verla esplendorosa con la prenda en que sus sentidos se deleitaban.

La de Urquijo, más que nunca, estaba vibrante. Sentíase en su elemento en aquel ambiente de elegancias y de aromas, evocador de refinamientos lejanos, de países encantados por lo desconocidos.

Entre brumas, recordaba un almacén oriental, que, siendo niña, visitó con su madre cierta vez. Asistido por turcos, vestidos con el traje tradicional y lujoso, aquella atmósfera era deliciosa y enervante como la de un santuario exótico donde se celebrase un culto voluptuoso. Resinas, esencias, flores marchitas, quizá humo de opio, todo mezclado, envolvía el alma en un incienso ideal que desvanecía los contornos de las cosas prolongándolas con esfumes de ilusión.

Y ahora lo mismo, aunque con trazos más acentuados de realidad: ya no la niña maravillada y campestre, sino la mujer pudiente, envidiada por sus amigas, festejada por los hombres, celebrada por el brillo de su espíritu, con dinero suficiente para gastarlo en lujos y en dominadora posición.

Como los pájaros al estallar en glorias la mañana, repiqueteaba su voz de grupo en grupo con modulaciones de canto y risa. Encendidas las mejillas, as-cua en las miradas, era la primera en opinar con exclamaciones y frases cortas, de espíritu sapiente, cuando el objeto artístico o la prenda aristocrática aparecía en manos de las vendedoras.

Y así fue como llamó la atención con un “¡qué primor! qué primor!” sobre un relojillo de mesa, pequeño como uno de bolsillo, que Pepe López mostraba complacido.

Verdadera joya de oro, asentado sobre un trí-

pode plegable, también de oro, guarnecido de chispas de diamante, en todo el contorno de la muestra, con los números y manecillas apropiados para iluminarse en la oscuridad, y rematado hacia arriba por un triángulo minúsculo y pulido, donde lucía, en esmalte de colores vivos, una eglógica escena de Wateau. Algo admirable, sin duda alguna, digno de lucir en la alcoba de una elegante, entre flores, frascos de perfume y artísticos cachivaches.

En Fanny prendió el ansia de la posesión que la dominaba en momentos, invencible, inquietante, con físico malestar que enfocaba el deseo hacia el objeto codiciado, privándola del cuidado de todo lo circundante.

En ese rápido tejer y destejer del pensamiento, ya se veía en su lecho, hundida en los blandos colchones y almohadones, entre las fragancias de la camisa de batista que, indiscreta, daba un tono de fruto sonrosado a su piel, abrigada por el edredón de seda, y a un lado, sobre la mesa de noche, junto a la garrafa de plata y la novela que antes leyera, el reloj con su tenue tic tac.

Al despertar, a altas horas, allí estaban las manecillas y números con luz fosforescente como de fuego fatuo, diciendo que aún era tiempo de continuar el sueño. Qué delicia!

Desperzariase gratamente y luego, en tanto que se reacomodaba, la loca imaginación adormilada se adueñaría del recuerdo de Pepe López, el antipático, el petulante, y allí en la tibieza de su nido, en la vagarosa intimidad de su alma, lo iría adelgazando y desvaneciéndose cariñosamente con venganza sutil, hasta sumarlo a su sér en la sombra impenetrable del reposo....

—Es algo de verdadero mérito—decía López, colocando el reloj sobre una vitrina, después de frotarlo con una piel de gamuza. Lo he traído por mero capricho, pues es valioso: trescientos pesos.

Algunas damas, que mucho lo habían admirado, empezaban a desentenderse ante lo elevado del precio, y la atención ya se fijaba, como antes, en los mil

objetos, más accesibles y prácticos. El movimiento y el abejorreo continuaban. Sólo Fanny, enseriada, guardaba silencio. En el brillo de sus ojos se arremansaba la atonía de quien en sus interioridades asecha la sombra de un pensamiento.

Sonaron las doce y empezó la desbandada. Largas despedidas amistosas. Suaves palmoteos en los hombros, con pretensiones de abrazos. Mano a las carteras para en el espejo corregir el bucle por debajo del sombrero, la ceja que se rebela, el cutis que se torna brillante y que es preciso opacar con la suavidad del polvo.

Pepe López hacía los honores cortés y ceremonioso como siempre. Rodeábanlo las señoras en festejos y felicitaciones por el surtido. Burbujeaban las sonrisas, las frases fútiles, las chanzas alusivas a amores, próximos o lejanos, como es de estilo entre gentes de diferentes sexos.

Fanny, destacándose del grupo, altiva, desdeñosa, con leve gesto de sonreída indiferencia, ya alargaba la mano enguantada en fría despedida, cuando un repiqueteo intenso, musical, continuo, se dejó oír, salido de ella misma, como si las triunfales palomas de su seno se echasen a cantar...

El reloj tenía despertador.

Un rayo no fuera más estupefaciente en aquella atmósfera. Toda actividad cesó. Vacío fue el silencio que entraba a las almas y las iba anestesiando en olas de angustia como los círculos concéntricos de una charca después de tragarse un ser humano. Volaba el tiempo en segundos que podían ser siglos.

Fanny permanecía estática, la mano alargada, fijas las pupilas, sin mover un músculo y sintiendo un frío profundo surgido del suelo, que entraba por los pies, y en picoteos sutiles, ascendía por debajo de la piel hasta llegar al cuero cabelludo, que quería separarse de los huesos, formando antes, muy adentro en el cerebro, un remolino de aquelarre en que la vida externa desaparecía, se fundía en la nada, prolongándose en un zumbido agudo de cínife.

Pepe López, primero que nadie, recobró el ánimo:

ALFONSO CASTRO

---

---

—La felicito, señora, por la adquisición. Por supuesto que, como antes le dije, no puedo rebajar un centavo de los trescientos pesos. Pero con mucho gusto le doy los tres meses de plazo de que antes habíamos hablado. . . . Siempre a sus órdenes.

Y gentilmente le estrechó la mano cuando terminaba el repiqueteo.

~~~~~  
*El amigo*  
~~~~~

---

---

## EL AMIGO

Siento la angustia de un hundimiento definitivo, de un pedazo de vida que se me escapa, de algo espantoso como si me hubieran decretado la indispensable amputación de un miembro.... Arturo Córdova está perdido irremisiblemente.

Vengo de su casa y estoy desolado. Con estas mis andanzas, hacía dos años que no lo veía y hoy me sorprende al encontrarlo como lo encuentro. El mal implacable, que no perdona, y que, acariciando, aniquila un organismo, lo ha convertido en un cadáver viviente. Ya no es sino huesos y pellejo. Pellejo infecto, supurante, lleno de cribas y tolondrones. En su esqueleto se puede estudiar anatomía. Adormecidos y sin brillo los ojos, que apenas lucen en las concavidades de las órbitas; perfilada y polverulenta la nariz; lacio el cabello, caído sobre la frente; lívido el rostro, con la lividez mate del marfil viejo, enmarcado en la barba descuidada, y luégo aquellos dientes fuertes y amarillos, que se muestran en la gran boca, graciosa en otros tiempos, cuando sonríe con gesto desconsolado.... Su sonrisa, ¡Dios santo! conduce el pensamiento hacia la tenebrosidad de las tumbas.

Encogido en la cama, cubierto con la pijama, poco limpia, de rayas azules y blancas, inmóvil por horas y horas, con el cigarrillo apagado entre los dedos, y las piernas desnudas y adelgazadas hasta lo increíble; es un desecho de la vida, una triste cosa que pide la acción purificadora de la tierra.

Así lo comprende, y por eso me ha dicho, después de enseñarme el tórax, de donde por mil agujeritos, apenas visibles, se escapan hilos de pus a la menor presión:

—Mira: famélico de la India,—haciendo alusión al grabado de un libro de patología tropical, que muestra un espécimen de miseria fisiológica.

Se alimenta muy de tarde en tarde y eso con gran trabajo. Sobre su pesado escritorio se ve un azafate con restos de viandas de la víspera. Por todas partes, en el suelo y aun sobre los muebles, colillas de cigarrillo, ceniza, basura. Impide el arreglo de la habitación, y le importuna la presencia de los de la casa o de cualquier ser humano.

Al borde del lecho lo he encontrado, inclinada la cabeza, sumido en mórbidos ensueños. Violando la consigna me he llegado hasta él. Al abrir la puerta no se ha movido. Al ponerle mi mano sobre el hombro, lentamente ha vuelto la cabeza y, con el gesto de quien despierta de un sueño profundo, me ha mirado entre brumas, y me ha alargado la mano descarnada y fría:

—Eh! hombre, tú. ¿Pero no estabas de viaje? Quizá había leído en un periódico....

—Sí, andaba viajando, pero al llegar, hace dos días, he preguntado por tí, y aquí me tienes.... Tenía locos deseos de verte.

—A mí? Para qué? Ya esto se acabó.... soy un muerto que sueña....

—No, qué cuentos! Es mucho lo que hay que vivir todavía....

—Vivir.... vivir.... Qué bien! Eres ingenuo y.... compasivo. Se te agradece.... Pero.... no hablemos de mí.... No hay objeto.... Hablemos de tí. Cómo te ha ido?

—No, hablemos de tí. Me he informado de tu vida y vengo resuelto a sacarte de este encierro.... No es posible que sacrifiques tu juventud a un capricho. La vida es muy amable y a tí te queda mucha por delante.... Si supieras: ayer en casa, entre los que fueron a visitarme, he visto a Amalia. Más bella! Siempre la real mujer. Hablamos mucho de tí y mucho se interesa por tu suerte....

Sonrióse con dolorida mueca de compasión por sí mismo:

—Mi vida.... mi juventud.... Amalia.... Pero, hombre, no seas niño. No me vengas con palabras que me suenan a falso.... No gastes tu tiempo en consuelos, que son odiosos cuando no se han pedido.... Precisamente por eso no me gusta ver a nadie; todo el mundo se cree con derecho de marcarle rumbos a nuestra desgracia, es decir, a nuestra vida, cuando lo que debía hacer *todo el mundo* era cauterizarse el alma para que no apeste....

—Caramba! Estás pesimista....

—Pesimista, nó: comprensivo. No me hago ilusiones.... Sin ellas vivo. Me he acostumbrado. La realidad, ésta, mi realidad, es una gran maestra que dice siempre la verdad.... Y mira una cosa: para gozar de tu presencia, sin que guarde de tí un mal recuerdo, no gastes tu tiempo en consideraciones sobre mi estado actual, ni mucho menos en consejos... ¿Has visto algo más plebeyo y agresivo que los consejos?... Una forma de tiranía como cualquier otra.... La Iglesia pide que se den a quien lo ha menester. Yo no los necesito.... Conque.... Sé inteligente.... Háblame del mundo, de tu espíritu, de tus proyectos.... Pero déjame a mí, déjame a mí por Dios!

Y había en su ruego toda la angustia del torturado, que pide una tregua al sufrimiento. Detúvose un instante para cobrar ánimos. La dispnea del esfuerzo lo agarraba, en tanto que el armazón de sus costillas subía y bajaba trabajosamente, y se dilataban las aletas de la nariz, ansiosas de aire.

Piadoso le dije:

—Cálmate, cálmate. Haré lo que quieras.

Prosiguió, ya un tanto sereno, dejando resbalar las palabras de los labios, con lentitud, como los líquidos que manan de una herida.

—No tienes idea de lo que ha sido mi vida en estos últimos tiempos.... No sabes de tormentos, de horrores.... Figúrate: un sér sin voluntad, *que no quiere tener voluntad* y sólo suspira por el reposo definitivo, y aquí en casa, y las gentes, obstinadas en que reaccione y me salve.... ¡Qué mi talento, qué mi

porvenir, la buena conducta!... Has visto algo más estúpido?... Si precisamente el encanto de mi mal es que lo priva a uno de querer, de desear nada, de necesitar a nadie.... Las mujeres? Puah! ¡Qué asco! Si ustedes los *vivos* supieran lo que ellas son cuando se miran al través de la niebla cálida y vagarosa que envuelve mi cerebro.... La alegría, el vino, el dinero.... Palabras sin sentido, ante esta suavidad algodada, que lo envuelve a uno por todas partes y lo sumerge en la quietud y el éxtasis por que han suspirado algunas religiones de oriente.... Los amigos, la sociedad.... ¿Pero para qué necesito eso, repugnante y falaz, causa de mortificaciones y desengaños, que complica ansiosamente la existencia y deja sólo un gran vacío, cuando tengo en mi interior una real princesa, mi pobrecita alma andrajosa y soberbia, compañera de mis eternas veladas, y que se me presenta de fiesta y me proporciona los goces ultra-refinados y las maravillosas visiones que pueda concebir el cerebro de mayor sensibilidad?... Si vieras lo que son ciertos crepúsculos aquí en mi alcoba.... Todo azul profundo. El foco velado por la pantalla verde. Apenas, en ese rincón, su mortecino reflejo diluye tenuidades como una estrella en un cielo sombrío. Los ruidos lejanos vienen embotados, como de otro mundo, precisamente para que produzcan la incomparable sensación del aislamiento! ¡Vida, sin vida eterna!.... A mi conjuro se presenta la princesa envuelta en idealidades. La veo siempre con el lucero en la frente de Katee Kings, el espíritu radiante, que para William Crooks, se materializaba.... Es bella, bella y tierna.... Desconsolada llora en ocasiones, pero de repente fulge su sonrisa, que se va difundiendo en tenues notas musicales y en admirables palabras sin sentido, que van creando paisajes, juegos de agua, misteriosas trabazones de hilos de oro, donde cabrillean coleópteros de caparzones rutilantes y arañas con dorsos diamantinos, sin otro defecto, que unas patas negras y peludas que, cuando menos piensan, se alargan, se alargan y se crecen hasta que se me entran a la carne y a los nervios, y me los hacen

doler en tirones de oprobio.... Hablamos mi alma y yo. Dice las palabras más encantadoras del idioma humano. Palabras incomprensibles, es cierto, pero que, con su sola estructura material, producen un goce como jamás hubo caricia comparable.... Y esto se prolonga un día, y otro día.... Aquí no comprenden el por qué de mi aislamiento ni de mi falta de apetito, como tampoco saben ni una sílaba de mi quietud creadora.... Pobres! Inútil explicarles porque no entenderían. A lo sumo me expondría a que me llevaran al manicomio.... Creo que hasta se ha hablado del asunto.... En todo caso, me mortifican con sus intromisiones. Tú te das cuenta?... Me vuelven a su vida vulgar y compasiva, haciéndome palpar lo que se ha dado en llamar mi desastre, y naturalmente mi alma se aleja.... Entonces aparece el yo canalla, el crítico, el sanchopanza, y me pongo a pensar en que en efecto soy un infeliz, una gravosa carga para la familia, que he malgastado torpemente mi juventud, que estoy vencido moral y materialmente.... En fin, las imbecilidades que brotan siempre de los labios del buen sentido.... Y empiezo a sufrir, pero a sufrir de verdad. Dolores errátiles me destrozan nervios y articulaciones. Del estómago me sube una inmundicia que se aposenta en la boca. Mis intestinos no funcionan. El corazón me golpea en el pecho, brutalmente, con el toc-toc aquel del carpintero de Moreas.... Un sudor copioso me inunda por completo.... Me agito desesperado presa de un miedo indecible, un miedo extrahumano.... Ay! Ya lo tengo, Dios mío, ya lo tengo!... No me abandones... ¡Virgen santa! ¡Acógeme en tu seno!.... ¡Mira, mira! se me ha salido la aguja....

Y reventando de un tirón los botones de la piyama, me mostró el tórax y el vientre, acorazados de podredumbre violácea y rojiza.

En efecto, la aguja hipodérmica, que por dos o tres días permanece clavada en la piel, había abandonado su sitio a causa de la inflamación, y allí estaba, enredada en los pliegues de la ropa.

—No me dejes solo.... Me muero.... Ayúdame!

Temblaba su cuerpo todo, temblaban sus manos al coger la aguja. Sus ojos, extraviados y de insólita verdura, parecían salirse de las cuencas. En el cuello y en las sienes se hinchaban las venas, queriendo reventarse. Lívido su rostro, se cubría a parches de manchas purpúreas. Respiraba fatigosamente, como una bestia después de larga carrera.

—A ver, en qué puedo servirte?

—Sosténme, así, de los hombros.... mientras me pincho.... ¿Pero dónde, Dios mío, si no tengo parte sana?... Ay! ¡Qué horror!

Después de vacilar breves segundos, con ansia, enloquecido, buscando trémulo el sitio apropiado, hundió a la traición el sutil aguijón de platino en la parte externa del muslo. Vino en seguida el jeringazo, con la solución concentrada de morfina, que se regó por debajo de los tejidos en tibieza de delicia.

Una de sus grandes torturas: el pinchazo. No lo arredran las múltiples infecciones que se ha ido creando con la prolongada presencia de la aguja dentro de la piel, ni la inflamación que constantemente, por mil bocas, como si se tratara de una regadera, gotea pus; pero se aterra con la simple picadura.

Ya tranquilo, casi feliz, bajo la euforia de la droga, ha encendido un cigarrillo y nos hemos puesto a platicar como en los buenos tiempos.

Calándose las pantuflas y envuelto en una descuidada bata de seda, hasta ha dado algunos paseos en el cuarto. Chispean aún su inteligencia y su erudición. Cita autores, recita versos, con aguda ironía zahiere algunas de las infladas personalidades políticas. Marrulleramente ríe a veces como cuando era estudiante, con ese gesto tan suyo, cogiéndose la barba con el pulgar y el índice de la mano derecha. De repente, en uno de sus paseos, se ha detenido ante el espejo del tocador y ha permanecido mirándose por breves segundos:

—¡Caracoles!, mi viejo, estoy vuelto un esperpento!.... Y esta barba que me estoy gastando.... Así debían ser las de los profetas bíblicos: hirsutas y oliendo a macho poco pulcro.... Porque has de sa-

ber que no consta en ninguna parte que los profetas se bañaran.... De allí sus visiones y su filosofía caótica y terrible.... El baño aligera el pensamiento y lo torna riente como una mañana de verano.... Por eso los griegos perduran en el tiempo, con su ideología encantadora, la poesía de sus dioses, su arte estremecido y supremo.... Bañábanse pública y bellamente, y perseguían el triunfo de la línea armoniosa.... Y si los romanos sometieron al mundo, se debió a las grandes termas donde aflúan las multitudes a diario en són de fuerza y de limpieza.... ¡Qué delicia la vida al borde de la linfa cristalina, en la tibieza de una luz que riega oro por todas partes, bajo las vides cargadas de racimos maduros, dialogando con hetairas maravillosas, recamadas de joyas, de las que se codeaban con los grandes filósofos e influían en la suerte de los pueblos!.... ¿Tú no crees que los yankees, dominadores y hermosos, deben mucho de su vigor a la frecuencia del baño y a la ropa interior pulcrísima?... ¿Habría algo comparable a la piel satinada de una americana, bajo la suavidad sedeña de la combinación inmaculada?... Ay! mi viejo, pero la vida, es la vida.... Yo que proclamo estas cosas le he cogido un horror al agua.... Me baño por dentro de claridades, pero lo que es el agua.... Sin embargo, no creas, no es el agua: es la voluntad la que no me ayuda, es el esfuerzo para entrar al baño el que me mortifica.... Allí, en la habitación contigua está la bañera; pero pensar en que he de levantarme e ir a buscarla, me produce una angustia.... Me consuelo pensando, pensando e hilvanando sueños.... Pero hoy es otra cosa. Hoy me afeitado, me baño y me pulo.... Me siento fuerte. Puede que hasta salga. Tu visita me ha convenido....

Por una hora más continuamos la charla. Transformado y vibrante, ha hablado de todo con entusiasmo, tejiendo sus visiones con notas de realidad. Pero de repente, la piel del rostro ha empezado a ponerse cárdena a parches y sus párpados pesados han ido atediando la mirada con los sopores invencibles del sueño. La voz se ha tornado lenta y a sacudidas, y

las frases han expresado sólo retazos de ideas. Pasado un momento, el sueño lo ha invadido por completo, y en su lecho lo he dejado en la serenidad doliente del que está más allá de la vida....

\*\*\*

Es un dolor único contemplar la juventud e inteligencia de Córdova, próximas a desaparecer para siempre en el remolino del misterio. Porque mi amigo está irremediamente perdido. Nada podría evitar la catástrofe definitiva. Ni su espíritu, ni su organismo, resistirían el intento de una prueba salvadora. El alcaloide maléfico se ha apoderado de su sangre y de sus células, y se ha convertido en sostén imprescindible de su existencia.

Pobre Córdova!

Hay triunfos que entenebrecen por siempre el alma. Lo veo como está, y siento el desgarramiento de lo irremediable. Si dando gran parte de mi sér pudiera volverlo a la vida, lo haría con positivo gusto. No pensé nunca que llegara a extremo semejante. Dios es testigo que mi intención no tenía otro objetivo que el menguar un poco su desborde vital, génesis de su aspecto dominante y de la intensa corriente de simpatía que despertaba en nuestro grupo y en la sociedad. Quería desviarlo, ligeramente, de la trayectoria agresiva y recta que seguía hacia la victoria suprema....

No soy culpable del todo: mero productó de un rincón humano donde la palabra sinceridad es reprochable, y donde es preciso neutralizar la ebullición placentera de la vida, porque su colmo amedrenta.

Estamos organizados de tal modo en nuestro medio, que no aceptamos los vencedores sino después de muertos. España dió la norma, cuando al llevar a Caldas al patíbulo, proclamó que no necesitaba de sabios, y después la república ha proseguido su ejemplo. Don Simón Bolívar murió acribillado de miserias e ingratiudes. Los huesos de Francisco de Paula Santander han

sido roídos hasta en el polvo de su sepulcro. El cráneo de Rafael Uribe fue destrizado para que no cegara con su brillo las pupilas de los colombianos. José Asunción Silva se perforó el pecho de un pistoletazo, en miras de que su arte diáfano, inundase de claridad las gélidas comarcas de la altiplanicie.

No admitimos supremacías de ninguna clase, debido a que tenemos disipada la vena de la admiración por lo que luce en las alturas. Y como no todos somos capaces de ascenso, aspiramos a que bajen los que respiran el viento oxigenado, donde las aves de remos potentes paran el vuelo. Amamos la nivelación a ras del suelo. De allí nuestro triángulo de criterio: la desconfianza, la suspicacia y la rudeza. Perdonamos el delito, las defecciones políticas, las quiebras fraudulentas, las plegaduras de carácter, los negocios turbios, la incompetencia disolvente, la vulgaridad en todo, pero no perdonamos el talento.

Al que quiere subir a golpes de propia energía, abroquelado en personales méritos, lo encerramos en el candente círculo del vituperio o en el intangible del compasivo desprestigio social. Quien a pesar de todo logra el triunfo, después del paladeo sorbo a sorbo del acíbar, que destila un pueblo sin cultura, le declaramos el cómodo boicoteo del silencio, y sólo cuando revienta bajo la carga, como una bestia en árido sendero, lo reconocemos como legítima gloria.

Tierra del gamonalismo burdo, detonante y dogmático. El cacique es el amo, a quien se le rinde tributo fervoroso. Y es natural. Brote de la mediocridad ambiente, sus éxitos son la culminación de los instintos y apetitos de una sociedad áptera y poco imaginativa. En él, cada uno de nosotros encuentra la consagración de la propia deficiencia e incultura, y por un lógico fenómeno de autosugestión, llegamos a convencernos de que las modalidades puestas en juego son las que consagran una personalidad. Eso, aparte de que el miedo, disfrazado de prudencia, es nuestro resorte colectivo.

Surge el cacique o atamán, de la noche a la mañana, sin antecedentes que lo acrediten como persona digna de

estima. Llega, las más de las veces, de la aldea ignorada, perdida en la tierra agreste en donde, al lado de soñolientos campesinos, ha empezado el ejercicio de sus facultades dominadoras, de su dón de consejo y de la imposición de sus juicios inapelables, con todo y sobijo de la gran cadena de oro que le cruza el abdomen. Es amigo íntimo del cura y del alcalde, e influye en la designación de éstos. Peludo, obeso y congestionado, recuerda al hombre del período paleolítico. Su indumentaria, ni con mucho, es fiel reflejo de las modas de Londres. Habla recio, come de mala manera, y oye misa cada ocho días, fuera de las frecuentes intromisiones en asuntos del culto, especialmente cuando tienen algo de espectacular. Los respetos humanos no tocan con él, y la religión es preciso defenderla a todo trance.

Dos o tres golpes de audacia, inician sus negocios en la capital, en que se arriesgan los dineros ajenos, y después de conseguirse algunos pesos, compra casa de fachada moderna y mosaicos, y entra de lleno a los círculos sociales. Ampliase, poco a poco, el aura popular en torno suyo. Aprende a dar tees y frecuenta los clubs. Vuelan sus chistes y sentencias, de rústico sabor y salomónico ingenio, de labio en labio. Conviértese en miembro de toda junta y en consejero obligado de las grandes especulaciones, sin que eso le prive, por elección popular, de concurrir al Consejo Municipal y a Asambleas y Congresos.

En los momentos de crisis, paga con suma habilidad, lo cual redondea su renombre de financista, esquivando gentilmente las tenebrosidades de la ley. Sus procedimientos y vivezas conviértense en normas de conducta, características del pueblo a que pertenece, para aquellos que mucho lo admiran y celebran. Muy alto dogmatiza sobre moral, no obstante sus frecuentes distracciones de acuerdo con su temperamento sanguíneo, y ciertas triquiñuelas que se gasta con los urgidos y servidores, hombres y mujeres, en cuestiones de linderos, de predios, de acciones, de pagos, de aduanas, del dulce cuatro o cinco por ciento bien defendido y mejor remachado.

Hombre providencial, conviértese en el ídolo de empleadillos, rábulas, médicos sin clientela y electores al pormenor, y es punto de mira de aspiraciones juveniles con sabor arrivista. La sociedad, ante su pujanza, se amilana como perra humilde, y en sus ojos desmesurados, se trasluce la admiración de que su alma está penetrada, y su geta abierta, es la fuente de babas de quienes se hallan bajo la acción hipnótica.

Muy otra la vida para el hombre de talento, de carácter independiente. Créa tantas animadversiones a su redor, cuanta es su fuerza expansiva. Se le teme, pero el odio lo espía. El talento desplaza afectos, aisla como la peste y encuentra siempre, por parte de las buenas gentes, las máculas y tildes de lo peligroso. Residen en él, las malas ideas, el dinamismo perturbador del orden y la bohemia. Es algo que no se somete a la pasividad gregaria de la manada, viola el remanso ideológico colectivo con la estridencia de piafantes ideas y desdeña, insolente, eso fofo y provechoso que llaman "buena reputación". Algo anómalo y revolucionario, que precisa apagar, para que en cualquier momento, no cometa el desafuero de romper el caparazón de prejuicios, caro a los espíritus quietados; marque sin derecho, una ruta desconocida a almas sedientas o eche por los suelos, con vituperable irrespeto, la fama de una de esas acartonadas e historiadas personalidades, por cuya boca habla la sabiduría. Hay que hostigarlo sin descanso, por tal motivo, con cuantos recursos se tengan a la mano....

La atmósfera grisosa, por un instante, se ilumina con efluvio de luz, y suena entonces el clarinazo del ataque. Los zoilos, aparejados por el miedo, la toxina del bien ajeno y la estratificación mental, aguzan cálamos y lenguas. Pequeñas infamias revolotean como plumas en torno de gallos combatientes. El ultraje insidioso, como ciertos vapores deletéreos, que se escapan de sitios donde hay sustancia orgánica en descomposición, no reconoce barreras. Se hiere a mansalva y sobre seguro, y se hiere a veces, por debajo de la alabanza, que marcha delante como la inyección anestésica antes del desgarró de la carne. Falsifícase la a-

mistad para que el golpe sea más certero, y sin ningún obstáculo, se destroza la fibra más sensible y delicada.

Precisa paralizar actividades y aspiraciones.... Que nadie suba porque la altura engendra vanidad. Si el compañero o el hermano triunfan, nuestros ojos sufren el contragolpe ofuscador del brillo. La suprema aristocracia intelectual debe abolirse, si se tiene en cuenta, que vivimos en una democracia americana, reforzada de altivez española, y ciertas democracias solo admiten el reino cuboide de lo mediocre.

¿Cómo culpar entonces a un mozo que sea hijo de su medio? Y yo lo era por aquel tiempo, con mis anhelos, ingenuidades y defectos de los veinte años. Quería lucir, disfrutar de la vida, ser único, admirado y festejado, como quiere todo hombre ambicioso, que siente sangre hirviente entre las venas y no ha logrado la poda de los instintos atávicos y salvajes, propios del sér humano. Agréguese a esto, las grietas de mi educación, y el egocentrismo petulante de un egoísmo hipertrofiado, y se comprende la molestia corrosiva, que en un ánimo sin pulimento ocasiona cualquier supremacía.

Ignoraba en absoluto las leyes de la evolución y de la lógica, al par que la consoladora consecuencia de una existencia apacible, consagrada al trabajo e iluminada por la suma de éxitos silenciosos, no exentos de dolores, que mayor brillo adquieren cuando con tesón, fe e inteligencia se ha empeñado la labor. Desconocía la popular sapiencia, trivial y profunda, sintetizada en el dicho reconfortante de que: el sol alumbra para todos o la del viejo montañés, lleno de fervor cristiano: Dios no se queda con trabajo de nadie. Juzgaba que el mérito ajeno en torno mío, era opacidad injustificable para mis dotes, y que las capacidades de los otros, obstaculizaban la más insignificante de mis empresas, siendo causa de que mi trabajo se redoblara de modo inaudito.

No emprendía ninguna acción o estudio, desprevénidamente, con el ánimo sereno de quien va hacia el fin sólo por lo feliz del resultado, sin pensar en otra

cosa que en el cumplimiento del deber y en la realización del ideal. Me dominaba, ante todo, el impulso de vencer a mis prójimos, obligándolos a que se humillaran, en férvido tributo. Nutría el peligroso pensamiento de ser el insuperable. Con pena confieso, que me faltaba el suave y aristocrático desdén de los que avanzan, con paso recio y firme, hacia el porvenir. Abrigaba la cautelosa agresividad de los que reconocen su debilidad.

Fuí educado de opaca manera, triste, pávidamente. Mi padre, hombre de férreas ideas, incrustadas densamente en el cerebro, sin irisación alguna, creía que la moral y las buenas costumbres debían recatarse siempre bajo adusto continente, y nunca sonreía ni en la cara, ni en el alma. Opinaba que la alegría y las diversiones, por lícitas que fueran, eran cosas pecaminosas, impropias de un verdadero cristiano. El espaciarse en dulces pláticas, en el seno de la familia, suponía el recorte de la autoridad paterna. Por eso el reproche siempre agriaba su voz, y en sus ojos severos, fijos bajo la maraña de las cejas entrecanas, se advertía no sé qué insólito brillo de acerada acechanza.

Cuando por la tarde llegaba de la oficina a la casa, trajeado de negro, con la corbata de redecilla anudada al cuello y tocado con el doctoral sombrero de copa, se cuajaba en su redor un silencio lúgubre. Mis hermanos y yo corríamos a la estampía, a lavarnos pies y manos en la poceta, sometiendo después las greñas bravas a los alisamientos del peine. Y cada uno a su rincón con los cuadernos y libros de la escuela. Con torva mirada nos escudriñaba en nuestros escondrijos, y nunca quedaba satisfecho. Siempre una frase agria o un gesto de censura manaba de su semblante.

Puedo asegurar que nada era tan monástico como las comidas caseras. Primero un padrenuestro, en pie, manos en súplica y ademán ungido. En seguida, a comer todo el mundo, bajo el más recogido mutismo. De vez en cuando, alguna reprimenda paternal, que nos dejaba fríos a todos, o alguna observación a

mi madre, por cierto no suavizada con un matiz de galantería.

Terminada la comida, y luégo del buen señor consumir un cigarro, hablando mientras fumaba de lo estrecho de la situación, de las malas ideas y de la desmoralización de los tiempos modernos, en la cual jugaba papel principal la juventud sin frenos, el rosario entonado de rodillas.

Por cierto un rosario eterno y adobado con múltiples oraciones, pater noster y avemarías, dirigidos a una docena de abogados celestes, y que yo, infinidad de veces, cabeceando entre dormido, comparaba a larga y polvorosa carretera, envuelta en niebla, que recorría con paso de fatiga, y donde brillaba, de vez en cuando, la lucecita de bellas palabras....

Me encantaba la oración a San José: "Poderosísimo patrón del linaje humano", y aquella otra grandiosa de "Señor, Señor, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria". Y era feliz, con sensación de alivio infinito, cuando después de la Salve, emprendíamos todos, apresuradamente, la primorosa saeta final: "Bendita sea tu pureza, y eternamente lo sea, pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza".

—Ahora, niños, en silencio y a sus camas—decía mi padre. El que tenga qué hacer tareas que las haga pronto, y cuidado con olvidar la oración antes de acostarse para que Dios los libre de los malos pensamientos, y les dé un sueño muy tranquilo.

Si por desgracia, alguno incurría en falta, la atmósfera hogareña trocábase en irrespirable como cargada de gases densos. El penado pasaba a la alcoba paternal. Todos, con el alma arrugada por el temor y los rostros en ansias de expectativa, guardábamos silencio. Por unos momentos se oía la voz implacable que condenaba y hería, después el silbido del látigo o de la pretina y, dominando el conjunto, los gemidos de la víctima. Al fin salía ésta, en desgüeño la melena, el rostro humedecido entre las manos, hi-peando desconsoladamente, y con verdugones y cardenales enredados en las piernas como haz de rojas

culebrillas.

Nadie protestaba, ni la palabra protesta tuvo nunca curso en nuestra casa. Mi pobre madre ¡tan buena y sufrida! era un dulce sér pasivo, doblegado cristianamente por el carácter de mi padre y por los desgastes de doce gestiones, ocurridas año tras año, hasta que al fin, la decimatercia, desangró su organismo en pocos minutos, y en una trepidación de tragedia, la elevó por siempre a la eterna paz del Señor.

La santa mujer, a lo sumo, cuando contemplaba el rastro de los golpes en uno de sus hijos, se contentaba con acercarlo a su seno y, abrazándolo estrechamente, lo bautizaba una y más veces con el rocío de sus ojos, en tanto que enjugaba con los labios y las manos, las lágrimas del torturado....

Las escuelas que frecuenté contribuyeron de modo intenso a acrecer la obra de desolación espiritual iniciada en mi hogar.

Escuelas sucias, tediosas, asilos de polvo y telarañas, con muros desgarrados a trechos, como si lo inanimado, al igual de la materia viviente, fuera capaz de padecer llagas y costras, y con un aire hosco de prisión y venganza, esparcido por doquiera, en ola impalpable que asesinaba el alma.

Ni un cuadro, ni una flor, ni la sedante sombra de un ramaje, nada grato a la vista por ninguna parte. Bancos desvencijados y maltrechos por arabescos de cortaplumas, de tres generaciones de infelices. El tablero como una tronera en cuadrilátero por donde llegaba la negrura de las ideas aburridas. Chicos desarrapados y paliduchos, con las melenas revueltas, los pies imposibles de parásitos y las ropas llenas de tinta y desgarrones. Maestros acosados de menesteres, malhumorados, vengativos, con la rencorosa idea por eje pedagógico de que la letra con sangre entra....

El infierno infantil aquello, no cantado por Alligheri. Como suprema ley, la pretina y la palmeta, acompañadas, naturalmente, de pescozadas, estrujones, encierros e impuras palabras del arroyo. Mucha gracia, cuando el maestro, benévolo, se contentaba

con un brusco sacudimiento, seguido de la posición de rodillas, bajo el furor del resistero o sobre un pupitre, que podía durar horas, y que terminaba, a lo mejor, con un síncope del culpado.

Nunca una frase grata, el reflejo de una sonrisa, el afán comunicativo, cálido, del pensamiento que quiere ser comprendido. Estúpidos! imbéciles! eran socorridos recursos docentes, y luego la notificación del arresto, y por adhehala, el silbido de los diez ramales de cuero que se enredaban con furia en las carnes, o el relámpago de la vara de cafeto, muy pulida, que dejaba surcos amoratados sobre la epidermis.... ¡La letra con sangre entra!

Con semejantes procederres surgía una fauna viscosa de cobardes, rencorosos, abúlicos, hipócritas y delatores. Florecía en nuestros medios la triunfal falange de acusetas y aduladores o *lambones*, como decíamos entonces. Estos imperaban, y deberían más tarde contribuir al moldeo de la sociedad futura.

Después de tantos años como se ha tragado la eternidad desde entonces, pienso en que, sin derecho a negarlo, el hombre es un sér maravillosamente organizado, con recónditas y vigorosas fuerzas, y la niñez un estado tan admirable y resistente, cuando por las calles aún circulan seres de buen corazón y claras mentes, en vez de la caterva de cretinos que era de esperarse.

A los diez y seis años, al entrar a la Universidad, era un sér melancólico y tímido, con la cara llena de barros y los dientes en tan detestable estado, que me dolían con agobiadora frecuencia, tornándome el ánimo ceñudo. Profesábales horror invencible a las mujeres, pues me imaginaba que mi presencia sólo debía servir para dar pábulo a sus burlas. Miraba a mis condiscípulos con desconfianza, no exenta en ocasiones de repulsión, especialmente si advertía en ellos el aire desprevenido y alegre de los que van por la vida, entre risas y esperanzas, sin nada que les perturbe el ánimo.

A este grupo pertenecía Córdova. Gallardo tipo, de recia musculatura, de ojos y labios voraces, como

dispuestos siempre al beso o a anheladas cosas lejanas, revuelta la melena castaña con arrogancia leonina, franco y sonreído el rostro de morena pigmentación.

En las clases el primero. Irritaba aquello de que estudiando a medias, cumpliera mejor que nadie y con mayor clarividencia dominara los asuntos. Admirábanlo compañeros y profesores, y su nombre, poco a poco, traspasaba los claustros. Mozo de amoríos y calaveradas, se comentaban sus hechos y dichos, y con el afán de romanticismo de las gentes ansiosas por libertarse del horror del prosaísmo, se tejían lentamente leyendas en torno de su nombre.

Llegó a ser imprescindible. Convirtiósese su persona en bandera de alegría y de esperanza en nuestras huestes juveniles. Su ilustración y la fluidez de su verbo a todos nos cautivaba. Gratas horas pasábamos a su lado, oyendo sus historias e intencionados comentarios, y puedo asegurar que hasta su misma indumentaria de dandy, influía muy favorablemente en el ánimo de los que en torno suyo formaban círculo. De una memoria feliz, su conversación estaba matizada de oportunas citas y de reminiscencias de lecturas que lo hacían sobrado interesante. Sus versos fáciles, en que el amor se derrochaba impetuoso y suspirante, revolaban de boca en boca y hasta en los acordes de tiples y guitarras trasnochadores.

Tenía excentricidades y deliciosas ternuras. Cierta noche, al salir de una cena, topó con un perro sarnoso frente a una puerta cerrada. Aullaba el animal tristemente, muerto de hambre, entre la sombra asesina. Condoliósese Córdova, le prodigó caricias y dejándolo por breves instantes, volvió a poco con algunas golosinas que devoró el infeliz, entre gruñidos y bajo los ojos complacidos del hombre. Terminada la ración, siguió a su bienhechor a quien nunca más abandonó y con quien, según éste, sostenía diálogos intensos de miradas a miradas.

—Juro que es un alma dulce y sufrida—decía Córdova. Lo advierto en la transparencia verdosa de sus ojos, que me miran como lamiendo, con amor y tristezas infinitos, especialmente a la madrugada, en

el hondo recogimiento de la vida, cuando regreso de una de mis andanzas, en que he dejado un poco de virtud y un gran agotamiento de los nervios.... Ningún sér humano, amigo o mujer amada, dicen lo que ese pobre sér cuando se queda contemplándome, a través de una gasa de llanto, con fijeza estática, que suplica y que al propio tiempo es perdón, caricia, mansedumbre, comprensión.... A mi pecho se entra esa mirada, y allí desata raudales de ternura y poesía. Es una música silenciosa. No he visto nada semejante. Llego hasta creer en la metempsicosis, e imagino que en el noble bruto se aloja el alma de una mujer divina y pura, que en otra existencia murió de un mal de amores.... Ay! si los seres humanos, especialmente las mujeres, mirasen alguna vez como los perros, con la sugestión infinita en que se oculta un mundo, los hombres seríamos esclavos venturosos..

Caritativo y manso, ponía el sello de gran señor, principalmente, en la suave manera como trataba a los humildes. De allí que se gastara unas amistades curiosas y rasgadas con achicharradas viejecillas, obreros desvalidos, insignes tomatragos, mendigos sin arrimo y gentes del betún.

Su caridad iba más allá que la común y sonada de la plaza pública, porque la espiritualizaba. Sabía de la palabra que conforta, de mayor valía que la dádiva, y del ademán, que con solo iniciarse, es cordial apoyo para quien se debate entre el naufragio moral. Nunca su rostro, cogitabundo a veces, se deformó por la hosquedad propia de odres insuflados de vanidad y egoísmo, que juzgan macular su honorabilidad ausente con los reflejos vivificantes de la sonrisa.

Esto, por desgracia, lo he sabido muy tarde, cuando ya mi aceitunado semblante ha sido devastado por las arrugas de la seriedad y por el livor zoológico de seres, no acostumbrados a la risa por exigencias de una alma turbia. Que la risa es tónica llegué a comprenderlo cuando ya tenía el ánimo intoxicado por los sedimentos que deja la simulación de la respetabilidad y la protesta perenne, por deficiencias de se-

creción interna, contra la alegría, el mariposeo gentil del espíritu y la indiferencia hacia las faltas ajenas; contra lo sencillamente luminoso, en una palabra, que es lo único digno de vivir la vida.

Con lo que sí no transigía Córdova era con los caracteres endebles y las pasiones minúsculas con babosidades de gasterópodos. Ante un personaje adulador y recortado en su existencia, por miedo o por lucro, se erguía el hombre en pleamar de indignación como ciertos vinos en burbujeo de espuma. Tornábanse entonces sus palabras en amargas y vapulantes, y no admitía réplica de ninguna clase.

—El hombre puede ser vicioso, malo, hasta bandido—decía—pero con sello de hombre, saturado de hormonas de masculinidad, con algo en que se advierte la pujanza del animal de presa.... Para eso tiene cerebro y manos, que llegan en un momento a convertirse en garras. Por eso anda erecto, fuertes los músculos del cuello, y su mirada puede clavarla en la tierra y en el cielo, espaciándola en una circunferencia ideal a donde no alcanza el anhelo.... Pero hombres hipócritas, chismosos como hembras enceladas, cobardes, que falsifican sentimientos y se arrastran como perros azotados ante una fuerza cualquiera, sea el prejuicio imperante, el afán de posición, el amo poderoso, la mujer insaciable; hombrecitos andróginos, de voz untuosa, urbanidad excesiva y meneos lascivos, por más que a veces disimulen la impotencia vital con bellas páginas de arte, deben ser aplastados como cucarachas. Son la escoria social. De ellos nada se espera, porque son incapaces de reforma. Llevan el vicio en la esencia del sér, dentro de los protoplasmas celulares, y tienen por alma un pellejo flácido, donde no cabe el gas expansivo de los pensamientos generosos, ni el dinamismo trepidante de una amplia comprensión de la vida....

Y esto lo predicaba a los cuatro vientos con hechos y palabras.

Llegósele a mirar con un poco de recelo y hasta a censurársele, a la sordina, sus ímpetus. Demasiada vitalidad para que su desborde no ocasionara inquie-

tudes y dudas, en círculos de gente apacible, donde la rutina y la conformidad tienden sus redes de araña. Acostumbrados a pensar bajo el patrón de normas preconcebidas que no produjesen alarma en las conciencias, y a obrar mañosamente, no podíamos sin sobresalto admirar al compañero, cuyo talento y energía reventaban en surtidor magnífico, penetrando de frescura e irisaciones lo circundante.

Lentamente, al par que la leyenda dorada, condensábase en su redor una atmósfera de oculta desconfianza. A sus más salientes cualidades se le roceaba la pimienta de cierta crítica entre compasiva y escéptica, que sin mermar aquéllas, las iba esfumando un poco en la pública estimación, dándoles, cuando era oportuno, el cariz de deplorables defectos. El vigor afirmativo de su temperamento, era juzgado con amagos de vanidad y egolatría. La movilidad cambiante de su espíritu y el ansia de riqueza ideológica y sentimental pasaban, para muchos, como falta de seriedad mental, pues no es justo que se nutra el cerebro y se almacenen ideas, mientras el alma baila sobre las cosas frívolas y bonitas de la vida. Su sinceridad ingénita y la valentía de sus opiniones, recataban sólo el ansia de dominio de quien, abroquelado de orgullo, piensa que sus juicios son la única pauta digna de seguirse.

Preciso es convenir, repito, que no estamos organizados para soportar por tiempo indefinido la racha de la admiración hacia nadie, ni menos hacia el amigo con quien a diario nos codeamos. ¡Es tan fatigoso aquéllo! Más cómodo siempre el reproche o la indiferencia que nos mantienen en los tranquilos remansos de la igualdad.

\*\*\*

Entramos de lleno en la vida.

Córdoba triunfaba en toda la línea. Fue el tipo de la sociedad selecta y el señor de los salones. Un viaje de tres años por Europa refinó su sensibilidad y acrecentó los dones de su espíritu. Llegó a influir

en diversos asuntos de orden social, y hasta de vez en cuando, tocó la política, por puro diletantismo, sin permitir, naturalmente, que tan funesta barragana lo convirtiera en su presa. Los viejos respetables y mandones empezaban a tener en cuenta sus pareceres, no obstante cierta desconfianza de tribu ante lo que apellidaban "sus desplantes". El amor reclamó sus fueros bajo el hechizo de Amalia Riaño, mujer admirable, con ojos de sombría intensidad y una boca llena de sonrisas y promesas, que fluía cabrilleos de ingenio. Y fué de ese amor blanco, no faltaba el dulcamareo encanto de la dama enigmática, que si agobia el alma de zozobra, también enciende la hora turbadora del ensueño.

Por aquel entonces éramos inseparables.

Yo para Arturo no tenía sino admiración. Seguía-lo a todas partes. Sus dichos y sus actos en mí encontraban el más fiel portavoz. Admiraba desde sus trajes hasta sus más insignificantes palabras, y en ocasiones, después de separarme de él, quedaba obsesionado con el recuerdo de sus selecciones, como el amante con la mujer que le roba el albedrío. Tributo necesario de mi incompetencia y surdez, ante su distinción y empuje muy masculinos.

Por supuesto que al lado de esa admiración casi enfermiza, íbase muy junto, sin yo darme cuenta, un sentimiento inconfesable de odio o venganza, como si tras el cuerpo hermoso y fuerte marchase la sombra borronada en el suelo. Yo apenas lo sentía y por lo tanto no lo toleraba. Especie de vahido moral en que el alma, replegada en sí misma, se ausentaba por breves instantes de la realidad, dejándome una sensación de angustia indefinible.

Aquello ocurría precisamente en los momentos en que Arturo se presentaba con insólito prestigio ante mis ojos, cuando notaba que su personalidad, por uno u otro motivo, se destacaba con mayor vigor en el ambiente social. Experimentaba entonces tal desasosiego, tan aguda inquietud, que el pecho llegaba hasta dolerme. Creo que mi faz debía acentuar por algunos segundos su natural tinte aborigen, o al menos

así lo sentía a juzgar por el sudor pegajoso que la humedecía, propio de las intoxicaciones y de los estados depresivos que engendran livideces.

Y era que mi amigo, en determinadas ocasiones, cuando lo envolvía el tácito homenaje de la aprobación, especialmente femenina, sacaba a relucir un aire peculiarísimo de modesta conformidad elegante, transparentando un plácido gesto, visible en la comisura de los labios y en uno como asombro de sus ojos verdosos.

Hablaba, y su voz adquiría el tono de acariciante suavidad, propio de persona mimada. Chocante el contraste, entre las blanduras de la palabra y la fuerza e impetuosidad reconocidas de quien ocultaba éstas para adueñarse insensiblemente de las almas. Existía no sé qué de felino magnetismo en tal actitud, desconcertante desde el primer momento, pues se advertía, bajo lo aterciopelado de la cultura, la crispatura del músculo dominador.

Y ello se marcaba, ante todo, en las discusiones. Escuchaba con suma atención, fija la mirada, ligeramente sonreído en acatamiento a las ajenas ideas. El contrario hablaba, y hablaba al fin con vehemencia, sugestionado por la atención que se le prestaba, convencido de que sus argumentos eran definitivos, de que el triunfo sobre Córdova era seguro, cuando éste, de repente, haciendo un mohín de disimulada sorpresa, interrumpía con una palabra o una frase, inhibidora como una flecha envenenada con curarare... Un silencio de asombro, después una risotada general y luego, el apagamiento súbito de un entusiasmo combativo.

Cierta vez en una reunión de amigos, alguno de no bien probada inteligencia, para reforzar una hipótesis sostenida con calor, habló de que había pedido algunos libros a Europa.

—Pero mi viejo—interrumpió Córdova—no has caído en la cuenta de que un libro en tu poder, es como un puñal en manos del Padre Tomasito. (El Padre Tomacito era un anciano y santo sacerdote).

En otra ocasión, un poeta vanguardista, defen-

diendo los arabescos de su estética novísima y complicada, contaba que de Francia le habían solicitado permiso para traducir sus versos al francés e incluirlos en una antología mundial.

Apresuróse Córdova:

—Mi querido, quizá estás equivocado. Sé de buena fuente que el permiso pedido no fue para traducir tus versos al francés sino al castellano.

Cautivador en las disertaciones. Abrumaba con la profusión de sus citas, la fluidez del verbo, la gracia de las imágenes, la entonación de la voz, la seducción del gesto y la penetración de la mirada. En sus labios la palabra era la arcilla blanda en manos del escultor. De temas triviales, salía el discurso macizo y afirmativo, con el estremecimiento rítmico de lo que está saturado de vida.

Sin embargo, tales cualidades a la larga se tornaban en insoportables. ¿Con qué derecho un tipo igual a todos, de nuestra misma raza incipiente, educado bajo los mismos regímenes incomprensivos, sometido a idénticas presiones de nuestro medio inarmonioso, vibraba, reverberaba en ideas, fluía su sér en pasiones y en cantos a la vida, en tanto que sus compañeros arrastrábamos la existencia desmañadamente, como una pobre mujer indecisa, mancha en el lodo del suburbio el mantón sedeno de la fiesta? ¿Por qué causas de irresistible conformidad, teníamos qué soportar, el mayor número, la tiranía sin tiranía del noble amigo, que para el ultraje gastaba indiferencia, que maceraba en piedad las miserias morales de los prójimos y que, con sana sonrisa y anhelo prevenido se iba tras los días para robarles la esencia de placer y de pensamiento que ascendran en el sucederse de las horas?

Tales ideas me acribillaron el alma, con punsadura de saetas, precisamente una noche de baile.

Hervía la fiesta, en música, en luces, en flores, en mujeres. La alegría de las iniciaciones dibujábase en los rostros y mariposeaba en el ambiente. Las pieles femeninas tenían el encanto dorado y tibio de lo que ha sido aderezado para el deseo. Ascuas voraces

eran los ojos.

Córdoba y yo entramos juntos al salón, a tiempo que salían del tocador cinco o seis damas. Todas avanzaron hacia nosotros y rodearon a mi amigo:

—Córdoba!

—Arturo!

—Estaba muy perdido.

—Milagro de verlo.

—Qué hubo de mi álbum?

Y él, entretanto, sonriendo con animada galantería, estrechaba las manos enjorjadas que se le tendían, y trataba de hacerse oír, en medio del revuelo de los abanicos y la movilidad coqueta de las gentiles cabezas.

Mohíno, permanecí a un lado contemplando el grupo. Entre los primaverales colores de los trajes, sobresalían el frac irreprochable de Arturo, con la gardenia en el ojal, el chaleco de seda immaculado y la pechera, donde dos perlas puntuaban elegancia.

No podría decir lo que sentí. Nublóseme la vista por un segundo, y creí que me desvanecía. No sé qué desgarrón tuve en el alma. Me juzgué pequeño, insignificante, casi ridículo. A mi mente, en vertiginoso remolino, acudieron escenas de mi infancia melancólica. . . . Mi frac y los zapatos charolados me atormentaban, como prendas fuéramos de su sitio. Dime cuenta de que no había nacido para el pavoneo de los salones. Allí estaba el contraste aplastante entre mi amigo y yo. Este discreto, señoril, ingenioso, festejado de las mujeres, con el reposado y triunfal sentimiento de su fuerza moral y física. Yo a su vera, silencioso, olvidado de todos, sin que la misma preferida reparase en mi presencia. . . . Miré de repente a un gran espejo, y me vi lamentable. La imagen precisa del encogimiento y de la insignificancia, con no sé qué barniz pávido de perseguido en toda mi persona.

Apresuradamente abandoné el salón y fui a sentarme solitario, ante una mesita de mármol. Pedí brandy y soda. Y bebí, bebí, bebí.

Una tristeza injustificable surgía del fondo de todo mi sér y se me aposentaba en la boca, en sapidez de

amargura. Me hacía reflexiones, castigándome con duros vocablos, para, luego de revolver y analizar lo mezquino de los sentimientos que me acongojaban y lo huraño de mi conducta, llegar a la síntesis de que sólo afecto positivo profesaba a mi amigo.

Sí, él era el hombre. Con plena justicia, tenía derecho a la estimación general. Su talento, la cultura que lo adornaba, su misma recatada virilidad que sugería el recuerdo de un gran arco de potencialidad acumulada, el hábito de juventud y el aura atrayente que se escapaban de toda su persona, aun en sus actos más insignificantes, ¿no eran cualidades suficientes para rodearlo de una atmósfera de cariño? Tales prendas, armonizadas en ritmos vitales, ¿no son las que moldean al hombre civilizado, flor de la especie, y las que con ahínco reclama la sociedad para hacer de sí misma, en vez de apelmasada montonera de grisosa mediocridad, un grupo selecto dominado de espíritu, donde sonrían las horas en celajes de altos ideales?

Noble y franco era Arturo en la amistad. Jamás una indiscreción para nadie ni menos para los amigos. Nunca inoportuno ni molesto. En todo instante, aun en los momentos de crisis moral, su rostro inundado en suavidad de simpatía. Vocero de los méritos ajenos, como urna sellada para los defectos.

Yo mismo, con él estaba profundamente obligado, por mil delicadezas y pequeños consuelos, de los que hacen grata la amistad y son causa de que no se maldiga constantemente la abominable sección del *Homo sapiens*.

No obstante. . . . allá en lo íntimo, en los límites donde el espíritu proyecta su luz, el ratoncillo de una idea me roía inquietándome como un peligro oculto.

Irreprochable Arturo, pero. . . . siempre oliscado con el tufillo tan humano de la vanidad. ¿Por qué se dejaba llevar y traer de las mujeres, un hombre como él, nutrido de filosofía, que debía conservarse fuerte para conquistas futuras y trascendentales, en vez de malgastarse en bisbiseos de salones y de alcobas?

(Y en este interrogante se perfilaba el odio an-

cestral que existe en los hombres contra el hombre ofortunado con las mujeres, producto de la lucha de las cavernas por la posesión de la hembra.... Como gime despechado el aspaviento de la moral masculina ante la bella presa del afortunado, o como ruge en incendios de ira purificadora, frente a las calaveradas de los mozos, la censura de los viejos, que no cuentan ay! con la ciencia de Voronoff).

¿A qué el trivial empeño de mostrarse a toda hora alegre y desenfadado, aun cuando se retorciera el alma maltratada de mortificaciones?

(Es molesto, sin duda alguna, para la tranquilidad general, el gesto complacido o indiferente de quien tiene el pudor de sus congojas).

¿A qué ese hermetismo, embadurnado de elegancia, que no le dejaba nunca desplegar los labios para una queja, ni menos para una confidencia dolorosa a sus amigos? ¿Se creería el rey de la vida, como Oscar Wilde, el gran miserable? ¿O era que en fuerza de sentirse jonjobado, se juzgaba invulnerable contra el sufrimiento, patrimonio ineludible de todo mortal?

(Existe una fruición sutil, acompañada de un estallido de piedad ruidosa, en escuchar el treno de angustias y contemplar los ojos en lágrimas, de quien siempre ha sobresalido por recias cualidades, o invencible se ha creído contra las miserias, que en columna retorcida y densa suben de la tierra al firmamento.)

Y la modalidad aquella tan mortificante, de aplastar a los demás con sus frases, de manera suavemente correcta, en medio de sencillas sonrisas.... ¡Aquella sonrisa, Dios mío, aquella sonrisa!

Al estilo de luz cegadora se me entraba al alma, y en hilos, como de acero al rojo, caía en lluvia a las profundidades de mi sér, causándome un estado de repulsión y tormento.

Hubiera querido pulverizar a mi amigo.

Pedí más brandy.

El baile brillaba en su apogeo, como una marea de vértigo, de luces y de colores.

A poco llegó Arturo, que andaba en busca mía.

—Qué haces allí tan solitario? No te he visto bailar.... Camina que esto está admirable.... Hay mujeres divinas....

Y me agarró de un brazo. Lo miré con hosquedad.

—Hola! ¿Qué te pasa? Estás con neura? No, mi viejo, no es hora de esas cosas.... A reír, a apurar los goces del amor....

Tarareando un aire de Traviata, me llevó consigo, sumiéndome en el esplendoroso rumoreo de la fiesta.

\*\*\*

Al día siguiente, a las once de la mañana, me presenté en su casa. Lo encontré en su cuarto, recostado en una *chaise long*, envuelto en vistosa bata, fumando un cigarrillo egipcio en labrada boquilla chinesca.

—Hombre, no seas perezoso. Creía que ya habías salido.

—No, qué va! Mientras sufro la villanía de una jaqueca, o sea guayabo, que ha resistido a dos cafiaspirinas, sueño, a través del humo, en Amalia.... ¡Cómo estaba de bella! Te fijaste? La Sulamita del Cantar de los Cantares es un resago de la vida en su presencia: "miel y leche debaxo de su lengua y el olor de su vestido como olor de incienso"....

Continuamos hablando sobre el baile y sobre crónica social, por algunos minutos. De nuevo volvió a quejarse de la cabeza, haciendo un gesto de sufrimiento:

—Este dolor es insoportable por algunos momentos. Has de cuenta martillazos en el cerebro.... Y luégo, ¡ay! ay! el infame sabor de la boca.... Con razón decía Poe que ninguna enfermedad existe comparable a la del alcohol.

—¿Y te aguantas eso habiendo remedio?

En mi mente, ante la enunciación del dolor, había surgido una idea con aditamento. Un aditamento como las patas peludas de un bicho repulsivo, que tienen ciertas ideas, y que surgen de lo dañado que

existe en nosotros, cuando menos los pensamos y sin que lleguemos a confesarlo, pero que del alma se adueñan subrepticia, untuosamente, con irritabilidad obsesionante de aguijón envenenado, y determinan el acto de modo instintivo, aun cuando se luche por ocultar el móvil verdadero.

Efectivamente, el dolor de Arturo tenía un remedio eficaz: la morfina. Yo había aprendido a manejar ésta por el cáncer de mi padre en la lengua, que le causaba sufrimientos atroces. Sabía de sus efectos admirables y de sus mórbidos ensueños, como también del estado de sopor e inercia en que lentamente iba sumiendo a los que a la droga se dedicaban por necesidad o por gusto.

Un pinchazo calmaría instantáneamente a mi amigo. Juro que me daba pena verlo sufrir. Lo quería vivaz y alegre como siempre, desbordado en gratos sentimientos y en cascabeleantes palabras, pero... Y aquí aparecía, en lo más recóndito de mi sér, donde en brumas se desvanece nuestra personalidad, el bicho monstruoso con ojos como puntas de fósforo, el fantasma brumoso, sutil, envolvente como un miasma: Arturo necesitaba una merma de vitalidad, precisamente para reajustarlo mejor a nuestra sociedad y hacerlo más atrayente a sus amigos. Su impetuosidad y vigor desbordaban, y era indispensable aminorarle un poco para que no se mostrara demasiado visible y evitarle así el que se convirtiera en blanco de las flechas, que de todas partes podían asestarle.

—Y qué remedio? No te digo que llevo ya dos cafiaspirinas?

—Nó, qué cuento! La cafiaspirina es un medicamento peligroso: afecta el riñón a la larga. En cambio la morfina... Por lo que a mí toca he resuelto el problema. Esta mañana me he inyectado deliciosamente, y aquí me tienes fresco, ágil, y fuerte, como si hubiera dormido toda la noche...

Quedéme mirándolo con fijeza, a lo hondo de los ojos, para paralizar su reflexión e imponerle mi pensamiento. Arturo, como todo sér mimado de la vida, y amante de los placeres y de las sensibilidades ar-

tísticas, era de flácido carácter en ciertos momentos. Precisamente, ante las sugerencias amistosas, la suavidad de su temperamento no sabía resistir. De allí que, en infinidad de veces, se le explotara en asuntos de dinero de modo lamentable, y otras, se le hiciera tomar parte en francachelas y jaranas, que no estaban en concordancia con su naturaleza delicada.

Se incorporó sobresaltado:

—Pero te has puesto morfina?

—Naturalmente. Para eso se inventaron las drogas, para que alivien, ¿o crees tú que iba a pasar el día vuelto un infeliz, lleno de vagos temores, doliéndome las sienas, todo deprimido, acosado de estúpidos remordimientos y sin la sabrosura de sentir la vida plena y ese sol maravilloso que se riega por la calle?

—Pero... ¿no es muy peligrosa la morfina?

Y sus palabras estaban ya aterciopeladas con el tono blando y opaco del que está dispuesto a ceder.

—Peligrosa, claro, cuando de ella se abusa, como el whisky, las mujeres o la misma leche. Pero una inyección de vez en cuando, en los momentos de grandes preocupaciones morales o cuando se tiene un dolor, es de las cosas más inocentes y agradables... El dolor es una vulgaridad porque deforma el cuerpo y el alma, fuéra de que recorta la existencia. Por tal motivo el hombre ha tratado siempre de suprimirlo como cosa plebeya y pernicioso... ¡Qué el dolor purifica, eso para que se lo cuenten a los ingenuos y a los vencidos!... La morfina, manejada con cautela, es la dádiva más encantadora que se ha hecho a la especie humana. ¿No conoces sus efectos, tú el hombre del placer y de las perturbadoras experiencias?... Puedes enfilarse entonces entre los modestos provincianos. Piensa en lo que es un sufrimiento cualquiera, una larga noche de insomnio, o la obsesionante preocupación que nos desgarran de continuo... Un pinchazo, y a los pocos minutos empiezas a sentir la frescura sedante de un abanico inmenso, que te acaricia toda la piel. Después un calorillo muy agradable como savia de una nueva vida, te inunda por todas partes y cuando menos piensas, estás como en-

vuelto en algodones, sin sentir la menor molestia, con la inteligencia despejada y serena, olvidado de todo lo que te causa pena.... Yo de tí no aguantaba el perque del guayabo ése.... Si quieres.... Siempre llevo conmigo la jeringa, de acuerdo con mis teorías sobre el sufrimiento....

Quedóse pensativo mi amigo. En la vaguedad fija de su mirada se advertía que libraba un combate interior. Estoy seguro que en ese momento le preocupaba, más que su malestar pasajero, el temor de parecer pusilánime ante mí. Existe la pueril vanidad en los hombres de acercarse a lo vedado y pisotear las rosas fragantes de la vida sencilla, inclusive la propia dignidad, con tal de simular valor y energía. Por eso aprenden los chicos a fumar y a beber. Quieren ser hombres completos, y para ello hacen falta los vicios, más llamativos mientras más complicados, así como la dureza de corazón. Del mismo modo que los hombres íntegros, cuando pretenden ser civilizados, deben extremar toda clase de pruebas por morbosas y exóticas que sean. La literatura está llena de perularios y melancólicos mozos, que se han encenagado en toda clase de abyecciones, con la mira exclusiva de aparentar talento y una alma refinada.

Al fin se decidió:

—Pues si es así como dices, que venga la inyección.

Mientras se remangaba la manga de la bata y yo preparaba la droga, agregó, presa ya en las redes de lo ficticio, queriendo mostrar la desprevención de ser superior, que en esos momentos no sentía:

—Y hasta bueno será esto de experimentar una sensación nueva.... Lo malo es que a mí no me hace efecto, porque tengo una animalidad bastante pujante, refractaria a los ensueños mórbidos....

Dí el pinchazo, y nuestra conversación rodó sobre temas triviales. A poco Arturo, animado y vibrante, había olvidado por completo su malestar.

—Decías bien. Esto es una delicia. Me siento como rejuvenecido. Parece como si todo el cuerpo me lo envolviera una dulce caricia: el abanico de que tú ha-

blabas.... Ahora el recuerdo de Amalia es algo tangible y divino.... El contacto de su mano, en tibieza de amor, me recorre toda la epidermis.... Francamente, uno es muy tonto, cuando soporta tantas molestias habiendo un remedio tan admirable.... Y yo que lo ignoraba totalmente!....

—Lo malo es que, como todo en la vida, tiene sus inconvenientes; al menor descuido se contrae el hábito y es un desastre. No debe usarse sino con mucha cautela,—anoté para poner a salvo mi conciencia.

—Contraerán el hábito los débiles de voluntad, pero no yo que a golpes de energía esculpo mi personalidad.... Yo me mando, viejo.

Un diablillo avieso se rió en mis interioridades. Lo veía, lo sentía, achivada la figura, pirueteando, tuerto, patisambo: con que te mandas? eh! con que esculpes tu personalidad?.... Ya veremos.

Propuse a Córdova que se vistiera y saliéramos. Iríamos al Club, donde había amigos y comentadores, y donde el whisky y el brandy con soda helada, completarían la obra piadosa de la morfina.

—No, imposible. Estoy muy bien aquí. Por nada de mundo pierdo este bienestar. Me invade un sopor tan grato y presiento que voy a pasarme unas horas de puro lirismo a solas con mi ánima.... Después te contaré....

Nos despedimos. Al anochecer me llamó por teléfono, y cuando nos avistamos, me narró sus cuitas:

—Delicioso por unas horas, después que me dejaste. Hasta eché una plática muy larga con Amalia por teléfono. ¡Qué encanto! Me contó todas sus impresiones de anoche. Estuvo espiritual y graciosa como nunca.... Hubiera querido ser una esencia sutilísima para ir hasta sus labios, para marchitárselos a besos, por el hilo telefónico.... Elogió las crisantemos que le envié esta mañana, con el lirismo que ella se gasta, cuando se le opaca la voz de emoción.... Hablamos, hablamos del porvenir, y naturalmente aquello me puso en la gloria.... Pero ahora, mi viejo querido, qué horror! Tengo el estómago revuelto y una flojedad de nervios y de espíritu.... Todo el te-

dio de la vida se me ha metido en el alma, y estoy infamemente nauseoso.... Tu remedio es bueno, pero sí que se paga caro!

—Hombre, eso sucede con la primera inyección una vez que pasa su efecto.... Y lo peor es que el único medio de salir de ese estado es aplicando otra.... Pero.... es una barbaridad.... Tienes qué resignarte a pasar esta noche de cualquier modo, y mañana amanecerás bueno....

—Ah! eso crees tú, que yo me someto a pasar una mala noche, habiendo modo de evitarlo.... No hay ni riesgo! Bien puedes ir preparando la inyección, que yo respondo de mí....

—Pero, hombre, es que....

—No, qué cuento! Déjate de tantos escrúpulos y saca la jeringa.... ¿No me predicabas esta mañana que uno no debía sufrir habiendo remedio? ¿No me decías que el dolor era una vulgaridad? Pues sé lógico....

Accedí, y accedí otros días, por fútiles motivos, no obstante mis precavidas observaciones, que prodigaba en justas y numerosas palabras, una vez la droga en la sangre de mi amigo.

Por supuesto, que si he de ser verídico como lo quiero, debo añadir que en infinidad de ocasiones, contribuía con velados recursos psicológicos a mantener vivo el deseo del alcaloide. Un juego maquiavélico y calculado en que, aparentando ser el prudente guía, era el tentador sin responsabilidades que, lentamente, a la callada, mermaba la fuerza expansiva de mi amigo.

Este a poco, como era natural, aprendió a apropiarse la inyección sin auxilio de nadie.

El alcaloide no perdona, es como una mala mujer. Primero ocasiona fugaz bienestar, seguido de horas de angustia, en que el remordimiento de haber cedido a la tentación maléfica, roe dentro como el gusano de la putrefacción, para luego recomenzar con la mira de librarse del malestar inmediato y, por tal medio, adquirir energía para no caer de nuevo. Y entre tanto, gana las células y las acostumbra a vivir y

a vibrar sólo en medios intoxicados, que son los que dan falaz euforia y un aberrante sentido de la existencia.

Viene entonces el estado morboso de la superhombria, aquel en que el individuo se aísla creyéndose un incomprendido, beneficiado por sensaciones que sólo él percibe, iluminado por una lucidez mental de excepción, de que no se dan cuenta el resto de los humanos. Y se procede siempre como incomprendido o como un "raro".

La sencillez huye para ser suplantada por todo lo exótico y por la más desmesurada de las vanidades. El sentido moral se embota. Se vive en grandioso y en desdeñoso. En literatura, en música, en pintura, en la apreciación de la misma naturaleza, se busca sólo lo retorcido, lo complicado, lo estafalario, el concepto extravagante y arrevesado, que asombra de pronto a los que no están en el secreto, pero que, analizado después con calma, deja la impresión del desquiciamiento cerebral y de una inferioridad fisiológica definitiva.

Infinidad de versos y crónicas, de los que momentáneamente deslumbran como fulguraciones en noches de verano, son meros productos del placer solitario que proporcionan los venenos, brotes más o menos "descrestadores" de una melancólica masturbación psíquica.

Y si no se anda por las sendas del arte, que al menos es disculpa para los ingenuos y puede dar de sí alguna muestra aceptable, se cae en el narcisismo señero y triste, o sea en una especie de nirvana infecundo, que afloja los vínculos de familia, torna despectivo e indiferente el ánimo, rechaza por inepticia el más bello prestigio del universo que es la mujer, aísla por completo de la sociedad a la cual se maldice e injuria por la supuesta incompreensión y por la vulgaridad ambiente. Incompreensión y vulgaridad que, sin duda, existen como insectos dañinos, pero que, en esta vez, cuando bien se miran, son el rico filón para excusar el vicio y la endeblez de ánimo.

Ya en el remolino de la costumbre, es inútil la

resistencia. La voluntad naufraga por completo y sólo queda, en medio del desierto espiritual, un yo deformado e hipertrofiado, con fosforescencias de fuego fatuo y livideces de cadáver descompuesto, con chisporroteos de candil que se extingue y leves espasmos de la inteligencia en una mente que se abisma en el misterio.

De nada valen las estudiadas actitudes de resistencia, ni el derroche del propio dominio, al cual, nunca se aspira. Allí está la avidez de millares y millares de protoplasmas que reclaman, para su anómalo equilibrio, los intercambios bioquímicos de la droga, que modifica en absoluto las condiciones vitales e impulsa el sistema nervioso y las altas funciones de la conciencia hacia un derrumbamiento de pesadilla y de derrota.

De vez en cuando, al ver a Córdova soñoliento y enervado, le hacía reflexiones sobre los próximos desastres del vicio con la mira exclusiva de borrar de su ánimo el rastro de mi iniciación. Pero él no se daba por aludido. Una sonrisa indiferente era su respuesta, o alguna frase desdeñosa en que bullía la superioridad de su temperamento altivo.

Quise ser cauto y con toda la untuosidad de una sinuosa diplomacia, advertí a la familia los peligros que Arturo corría. Así descongestionaba mi conciencia.

Aquello fue la nube de congoja en un hogar antes feliz. La desgracia vergonzosa, más trágica que la muerte, puesto que es necesario ocultarla, sin que de nadie se espere consuelo. Días de lucha y sombra, de angustiados espionajes y de continuas recriminaciones y lágrimas, en que con agudizado sobresalto se contempla, instante por instante, los rastros inequívocos que va dejando el mal en el cuerpo y en el alma del sér querido. Desesperanza de lo incurable, muerte definitiva de las ilusiones de una familia, que vinculó sus ideales al desarrollo y noble expansión del hijo nacido para el bien y para el triunfo, que lentamente se reflejan, con dolorida conformidad, en las personas y las cosas que rodean al cuitado, crean-

do por doquiera una pávida atmósfera de muerte...

Por fortuna, Córdova continuaba como siempre, altivo, un tanto desdeñoso y dueño de sí mismo.

Alguna vez, en el club, se comentaba, en un círculo de amigos, las variaciones de su carácter y yo entonces, en absoluta reserva, lamentando el caso con ojos brillantados por el llanto reprimido, deslicé casi sin modulación la palabra funesta. Era la puñalada de misericordia, la culminación de la obra. No hacía falta más.

De allí en adelante, y poco a poco, fuése condensando en torno del maculado, el ambiente invisible y asesino de la reputación social. Ambiente impalpable, entretejido con el "se dice" y el "me contaron" y subrayado con el "pero", entre piadosas palabras y turbias intenciones. Ambiente en que palpita oculto e inconfesable regocijo, que apenas logran disimular los rostros entristecidos. La grata atmósfera del vencimiento comprobada, que da margen para la expansión de la mediocridad ambiente, espolvoreada de compungida compasión, al propio tiempo que se abre la válvula al sublime coro de las ápteras virtudes negativas.

Arturo fue sintiendo lentamente el miasma que lo envolvía, y orgulloso y sensible, se aisló sin protestas ni quejas. Puso a su vida la lápida del silencio. En la jeringa encontraba el placer solitario, que cura las heridas de los hombres y deslíe la existencia entre sueños y torturas. Amalia tornábase en una dulce visión lejana, cuyas sonrisas y atractivos los reclamaba la sociedad y la vida. El estudio, la empenachada y magnífica y oscura lucha diaria, el dinero, el triunfo dolorido tras el afán de las horas, eran vanas palabras e inoportunas agitaciones ante ese grisoso nubarrón en que se iban sumiendo su espíritu y su carne.

Mi labor estaba concluída y satisfechos mis instintos. Pero en el fondo, quedábame la inquietud obsesionante de haber sido destructor.... ¿Habría una palabra de significado más terrible que ésta: destructor? Destructor!: demonio, impotencia, espíritu del mal, verdocsa envidia.... Destructor! cuando las

fuerzas todas, desparramadas por el mundo, están pidiendo creación y vida.... Cuando las mismas que atomizan la materia son las empleadas para el resurgimiento de seres y cosas maravillosos, que son los que testifican la sabiduría y potencia del gran Animador del universo....

Yo ejercía mi voluntad en los oscuros dominios en donde no sólo se destroza un organismo, sino que también se entenebrece un alma. Y la ejercía fríamente, con cálculo, sin pasión de carne mórbida, que es la única disculpable, para mermar energías y cegar irradiaciones, con el fin exclusivo de que una luz querida no me inundara el espíritu....

Viajé. Olvidé. Amé sin amor. Busqué el triunfo y la gloria, y siempre, entre las multitudes, en la alcoba perfumada, frente a los vinos espumantes, junto a la caja de hierro repleta de oro, encontré en mí mismo el desierto ávido, de lo que no está poblado con la Sonrisa, la Fe y el Valor.

En la habitación sombría de Arturo Córdova queda mi obra, la obra de un hombre que tuvo miedo y que no supo comprender a tiempo que la vida, es lo único respetable de.... la vida.

Ahora, he ordenado que se apresten fragantes flores para latumba del vencido.

---

*Savia criolla*

---

---

---

## SAVIA CRIOLLA

Pesadamente y poco a poco, fue abriendo los ojos Manuel Quintana. Desperezóse, alargando brazos y piernas hasta lo imposible. Bebió unos tragos de agua del vaso que estaba cerca en la mesa de noche. Sentía el cuerpo gratamente magullado, no obstante las cabales diez horas de sueño.

Y no era para menos: doce leguas en mula, el día antes, por las cañadas y montañas de los indomables y pintorescos caminos de Antioquia. Después de todo, el paisaje era bello y tónico. En su cerebro, aún adormilado, persistían los manchones de luz y de verdura de la senda recorrida: mazas de árboles, en travazón misteriosa, de donde se escapa la frescura turbadora del bosque, de las hojas secas que alfombran el suelo y de musgos y trepadoras, que son como los mullidos edredones con que se recubre la selva; pelmazo de los rastros en que predominan las sombrillitas de los helechos; desgarrones rojos y negros de la tierra y piedras enormes, diseminadas al capricho y recubiertas de líquenes y eternidad, que a pesar de ser como úlceras o tubérculos en cuerpo monstruoso, le dan no sé qué animación de cataclismo; gorgoreo y estrépito de los riachuelos, que a lo mejor, después de reventarse en espumas contra el pedregal, forman remansos de ventura donde el espíritu se serena y la cabalgadura apaga la sed en un tragar de delicias; neblina que se enreda en las cimas y en los flancos de las vertientes; frescuras del aire, que llega a la epidermis y a los pulmones en rachas de salud, cargado con aromas de monte y reminiscencias de mujer amada; a trechos, la casa campesina, de techo pajizo, que bo-

riona la columna del humo hogareño, con los tiestos de flores montañesas colgados en el frente, y las vacas, y las gallinas, y el cerdo, y los perros, y el chico medio desnudo, carisucio y sano, que se apartan al paso e indiferentes miran, cuando el viajero se acerca en demanda de la cristalina copa de anisado que, doble, sirve la muchacha de ojos negros y senos rotundos, cuyas mejillas se turban con los rubores de la flor de mayo, ante el piropo que se le ofrenda al pagarle....

La flecha de oro de un rayo de sol se entraba triunfal por el postigo entreabierto de la ventana, dejando en el muro la lista ancha y luminosa del día, qua ya en el exterior todo lo doraba. El pío, pío de los pájaros en el jardín y en las sementeras llenaba de regocijos el ambiente. Bramó un ternero, y luego otro, y otro. En cacareos ensordecedores, una gallina dió al mundo el aviso de que un nuevo sér había salido de sus entrañas.

Quintana encendió un cigarrillo y paseó su mirada por la estancia, la amplia estancia de la casona, tan conocida y querida. Igual a las épocas de niñez y juventud. El papel de los muros granate, adornado con flores enormes entre cuadriláteros azules. Los retratos de los abuelos en tamaño heróico, pintados con arte sencillo y de moda anticuada. El de la mamá Florentina con un peinado imposible, rematado por descomunal peinetón, y muy descotado, con todo y medallón en el pecho, al par que muy inexpresivo; el del papá Jesús María, de cuello muy alto y torturante, con corbatín negro de varias vueltas, botones de oro en la almidonada pechera y una gruesa cadana, que ponía una nota luminosa en el chaleco de terciopelo, constelado de florecillas azules. Sillones antiguos y un tanto raídos, forrados en damasco rojizo. El escaparate amplísimo, pesado y de talla ingenua. Un tarimón recostado a la pared, recubierto con tapetes, que mostraban escenas de cetrería, y uno de ellos, un recorte de la Eneida. Una mesa tendida con paño albo, donde los bordados rojos de pájaros y uvas ponían de manifiesto la paciencia y el gusto primitivo de la bordadora,

recargada de libros místicos y bisuntos, y con el adorno de un gran reloj sin cuerda, con pretensiones artísticas. Todo viejo, acogedor y penetrado de la grata paz aldeana y de las serenas conciencias de las almas que allí moraban.

El humo del cigarrillo, después de formar figuras extrañas, se desvanecía en la atmósfera, en curvas grises de una movilidad desalentada. Y por rara sugestión se iba adueñando de la mente del fumador que, también, en curvas imprecisas, suave, inconscientemente, se dejaba arrastrar a los rincones del recuerdo, a los días infantiles y de albores de juventud, cuando en las vacaciones venía al pueblo, allí a Bellavista, a la casa de los abuelos, donde era mimado y festejado.

Qué diciembres aquellos!

Entre paseos, noviazgos, serenatas, aguinaldos y fiestas de plaza, volaban las horas en un aletear de encanto. Recordaba a Lucero, su potro negro, con un manchón blanco en el testuz. Nada comparable a aquella alfana, ágil y de bella estampa, que hacía corcovos al compás de la música, y en la carrera, era alborotada raya de hollín entre el polvo y el zumbido del viento.

Fiestas de plaza. Las calles convertidas en un hervidero de gentes, trajeadas de gala, y con el reflejo, en rostros y actitudes, de las frecuentes libaciones. Gritos de estrepitoso entusiasmo, que se afilan y sostienen en notas agudas. El estallar de triquitraques, cohetes y *buscaniguas*, que esparcen en el aire el estimulante olor de la pólvora. Caballos sudorosos, que rastrillan en las piedras, frente a las cantinas, regidos por disfrazados cuyas caretas, en parte deshechas, muestran su grotesca mueca congelada. Vocecillas aflautadas e impertinentes, con burlas y palabrotas de la multitud. La banda de música, que no cesa en bambucos y marchas triunfales, llenando los ámbitos con las intemperancias del bombo y del cornetín. ¡Alegría, juerga, aguardiente, alegría triste de los rudos hombres del pueblo a quienes empuja un destino implacable!

En balcones y ventanas, como festones animados o gigantescos ramilletes, las muchachas. Aquello es un

rebrillar de colores, de miradas y de sonrisas. Los senos se agitan, florecen los ensueños, la angustia, de súbito, enfila su aguijón de celos o desencanto contra una almita de diez y ocho años....

Las bocacalles de la plaza están cercadas por altas barreras para la corrida. Un toro jabonero, de astas recortadas, corre a uno y otro lado, instigado por toreros improvisados que, con las ruanas, lo llevan y lo traen burlando sus acometidas. Ya ha revolcado tres o cuatro para contentamiento del público, que siempre encuentra regocijo en los fracasos ajenos.

De repente a la esquina de la Calle Real, llega un grupo de jinetes, presididos por Quintana, que cabalga a Lucero: ¡abran barreras! ¡abran barreras! Pero nadie obedece. Y es justo. ¿Quién se atreve en tales momentos al riesgo de que, por un capricho, el cornúpeto se escape y haga de las suyas? Entonces en la mente de Quintana, martillea un impulso que lo ciega: aun cuando no quieran ha de entrar a la plaza. Y lo grita a los compañeros y al pueblo, para que lo oigan, entre aspavientos y asombros, las bellas de los balcones. En sus nervios y células, estremecidos por el brandy y el resistero, habla recónditamente la sangre dominadora e impetuosa de quién sabe cuál abuelo conquistador o de qué guerrero oscuro, de los que dieron las cargas supremas de Boyacá y del Pantano de Vargas. Quiere ser él y sólo él, el punto culminante donde converjan en saetas de homenaje las miradas colectivas, por sobre la masa anónima que grita sensibilizada por el alcohol, ante las muchachas hermosas, orgullo de una raza, a quienes, por milagro, ambicionara convertidas en una virgen única, con los primores y excelencias de todas, para amarla con delirio en suma de refinadas sensaciones, y hacerse amar como triunfador, y sentir en su cuello, después de la victoria, la cadena de sus brazos y junto a su rostro, el estuoso aliento, que en besos de locura se resuelve.

—¡Que abran paso entonces!—grita Quintana, y, sin aguardar razones, retrocede de la bocacalle media cuadra.

Mientras en donaires marcha Lucero, palpitante y

nevado de espuma, su dueño le palmotea el cuello y le acaricia las crines. Están en el momento en que el alma del jinete se compenetra con los instintos de la noble bestia. Forman el simbólico centauro, engendro de la mitología, animado por el altivo pensamiento de casi tener alas. Quintana las siente que le retoñan en plumones temblorosos por todos los poros del cuerpo.

La multitud ha obedecido, y se ha abierto en dos columnas a uno y otro lado, en actitud expectante. Por breves minutos se ahueca un silencio, preñado de interrogaciones e inquietudes. Algunas muchachas han lanzado un ¡Por Dios, Manuel! en el cual hay admiración angustiosa y dulzura de reproches, y que para el audaz es el cordial que acrecienta sus ímpetus de renombre.

En claro, allá al frente, está la barrera de dos metros de altura, de palos paralelos, amarrados con lazos nuevos y fuertes. El caballero, en su ceguedad ambiciosa, cree que lo desafía con su mutismo de cosa sin vida, como lo desafían los ojos de los espectadores y eso eléctrico y turbador que, en determinados instantes, se escapa del dinamismo de la multitud. Lucero, refrenado, se encabrita, y saca polvo de las piedras con el casco pequeño y recio como una copa de hierro.....

De repente las riendas se aflojan, un grito rasga el espacio, dos talonazos en los ijares y arranca el bruto en silbo de huracán. Un segundo, y una mancha negra como chorro de tinta, en curva amplia de estilizada donosura, ha transpuesto muy por lo alto la empalizada, yendo a parar muy cerca de la temible cornamenta, que el caballo esquiva con ágil corveta y una tempestad de aplausos quiebra la atmósfera, al propio tiempo que las muchachas, trastornadas de entusiasmo, arrojan las flores de sus corpiños....

Recuerda aquellos minutos como surgente momentánea y feliz de su personalidad. Bella la victoria aun cuando sea fugaz como el humo del cigarrillo.... ¡Y la victoria en plena adolescencia, festejada por mujeres, por la preferida!.... Griegos y romanos, dirigiendo las cuadrigas y entregados al atletismo en los circos, bajo la mirada incendiaria de las hermosas,

como los caballeros de la edad media en justas y torneos, sabían de la vida esplendente y poseían una sensación de voluptuosidad exacerbada hasta el delirio, cuando sus hazañas más culminantes las dedicaban al prestigio de unos ojos o de una sonrisa femeninos.... La propia muerte, en tales circunstancias, debía tener el soberano atractivo de un sol de primavera, que se oculta en las policromías del crepúsculo.

Ah! las amadas! las novias, aquellas muchachitas angelicales e ingenuas: Angela, María Luz, Josefina.... Ojos negros, ojos claros, cabelleras ondeadas y compactas, de un rubio oscuro como oro viejo bruñido la de Angela; brillante y sombría la de María Luz, con el bulecito rebelde y temblador caído sobre la frente; rubia, ensortijada, la de Josefina, en incendios de halo, que enmarcaba a maravilla el rostro sonrosado y cándido, de perpetua sonrisa y de asombro ansioso de quien espera y teme.... Josefina, cuerpo de armonías supremas, de blancura cárnea y enervante, curvas prietas y felices en su triunfo de humanidad, manos pequeñas y gordezuelas, de dedos alargados, rematados en uñas tenues con la tersura sonrosada de un caracol marino.

Josefina, la última novia, la suspirada. Hasta versos le había compuesto en un arretrato bequeriano, versos a los cuales les enredó música Chuchito Hurtado y que habían rodado por algún tiempo por calles y campos, en noches de holgorio y serenatas.

Qué sería de ella? Se habría casado? Sintió un amago de mortificación. Pobrecita! Quizás a estas horas, con tres o cuatro muchachitos, el cuerpo deformado por falta de coquetería, mal cuidada la vestimenta, las manos aplebeyadas por los oficios caseros, soportando al marido, un buen señor negociante de los que se afeitan cada ocho días, sudan constantemente por exceso de trabajo y predicán imposibles economías domésticas.

No se resignaba a que no fuese siempre la novia, la soñada. Hay mujeres que no nacieron sina para el ensueño, para ser amadas románticamente, a través

de la celosía, entre masetas de flores, bajo los rayos discretos de la luna. Para sufrir del mal de amores lejanos y recibir cartas doloridas de ausencia y de ternura, en que palpita la ansiedad casta de un beso y de leves contactos. Como hay otras que piden a gritos el amor desbordado, la caricia voraz, las lágrimas, el vino enloquecedor. Y otras, la vida apacible, el afecto honorable, junto al amigo manso, que propaga serenamente la especie con ritos casi religiosos y con una anestesia, muy recomendable, para todo desvarío.

Josefina debía ser ahora como antes: bella, blanca, sonreída, con aquel asombro en los ojos en ciertos momentos, como si en el interior de su cráneo y de su pecho quisiera hacerse toda luz de rocío, luz mañanera, una interrogación. Lo demás era un ultraje a la armonía o una venganza de la vida.

Tornaba a verla en los poseos, en los topes. Estos en Bellavista constituían un deporte consagrado como el volante o el baionpié en los centros civilizados. Ante el anuncio telegráfico de un viajero de calidad que se aproximaba, convertíase el pueblo en un hervidero: precisaba ir a toparlo. Pura fiesta aquéllo. De casa en casa, los recados en solicitud del freno, del galápago, de la cincha y de la grupa, cuando no de la cabalgadura. Mozos que se apresuran a bañar y cepillar los caballos. Grasa y limpieza en los arneses. Las mujeres, con gran rebullicio de comentarios, confeccionan trajes y sombreros. Desencanto de los que se quedan y vocinglería de los que marchan. Todos son amigos del que ha de llegar, aun cuando nunca lo hayan visto. Desde mucho antes de la hora convenida, andan algunos jinetes recorriendo las calles, en caracoleos y rastrilleos de pretendidas elegancias donjuanescas. Para los chicos es la pura gloria y por allí se andan en tropel, entre gritos y burlas.

Josefina en el caballo isabelino, de pelo satinado y de arrogante paso, como convencido de la magnificencia de quien en sus lomos se asentaba. Azul oscuro el traje de amazona de larga faldamenta, y en la chaquetilla, que dejaba al descubierto un triángulo

del pecho y el arranque del cuello de una blancura mórbida y tibia, cruzada por la transparencia de las venas, un ramo de violetas frescas, hacia el lado izquierdo, que subía y bajaba con el ritmo respiratorio. Él a su vera, enardecido, galante, embrujado con sus palabras y sonrisas, en olvido total del acompañamiento, bajo los derroches de la turquesa meridiana, con bosques y sembrados ante los ojos, aspirando el acre perfume de la tierra y de los vegetales, que incendiaba los nervios y convertía la existencia en aspiración única hacia un amor infinito y desparramado, en que entraran la luz, la savia vegetal, el derroche de colores, el aire recargado de esencias, las bestias, la mujer....

Tal una de las estampas que de Josefina guardaba en la memoria. Y recordaba también, el ademán de fingido enojo cuando, en una de las fondas del camino, en donde a tomar un refrigerio se habían detenido, lo amenazó con el foete que llevaba en la diestra, al intentar robarle el pañuelito de batista con que acababa de enjugarse los labios.

Volvió a verla a ella y a las otras, a Angela, a María Luz, a su prima Encarnación, en días de aguinaldos, en esos claros días e inolvidables noches de diciembre.

Vida emocional, alegría sencilla, desprevenida juventud entonces: el pueblo, de continuo apacible, en la luminosidad de sus calles lamidas de sol y la blancura de sus paredes, donde puertas y ventanas abiertas pregonaban la paz de los hogares, por las pulcritudes de la escoba en patios y pisos y por la vívida explosión policroma con sus eras, tiestos y macetas, dulcificaban la vista; convertíase a todas horas en un chisporroteo de gritos, carreras y sorpresas con el beneplácito de las personas serias y formales. Aguinaldo! aguinaldo! gritaba el sorprendido o sorprendida, después de pacientes espionajes y disimulos, y entonces venía el correr desalado y el esconderse en cualquier parte, sin que el perseguidor respetara predios ni casa ajenos. Cuando por casualidad daba caza al perseguido, venían los alegatos,

engarzados en dialécticas, sutilezas y reticencias, abri-llantadas por los galanteos y los dulces alfilerazos del amor... De repente, un silencio, y *ella*, baja la mirada en tanto que las mejillas se arrebolan en fragancia de rosas: es que *él* ha destilado muy a la sordina, en la animación del diálogo, la frase tierna y suplicante, abrumadora y tornasolada de ensueños...

Por la noche la pugna proseguía, pero ya bajo otro aspecto. De entre las sombras surgían disfraces estrambóticos. La vieja astrosa, aposentada en el quicio de una puerta, podía resultar, al menor descuido, la beldad más encantadora del pueblo. Del mismo modo que el arriero, de arriscado sombrero de caña, de machete al cinto, de *mulera* al cuello y de sonadoras abarcas, que muy orondo y a paso tardo guiaba dos o tres reses, a lo mejor y frente a determinada ventana, donde blanca silueta espiaba impaciente, gritaba ¡aguinaldo! con lo cual ponía de manifiesto su encumbrada prosapia.

Mucho le dieron qué hacer sus amigas por aquellos tiempos, especialmente Angela, vivaz y escurridiza como el mercurio. La veía en las discusiones, fuego en los ojos, tembladora la regia melena, bellamente agresivos en su blancura los dientes perfectos. No cedía, no transigía. Su voz, en ocasiones, puntualizaba una nota metálica, que le valía reprimendas maternales, y la comba de su seno, potente para su delgadez de airosa gramínea, se esponjaba en la lucha de palabras con las turgencias de una paloma que arrulla.

En un crepúsculo, ella se había escondido entre una profusa enredadera que, en cortinajes de verdura, recubría uno de los paredones del gran patio de la casa. Rezaban en el interior el rosario en un desgarrar soñoliento de salmodia. La cilistia evocadora, que en impalpable polvo bajaba de los cielos, empezaba a poner en todo una pátina de plata con tenuidad fantasmagórica. Las rosas blancas y las gardenias, en la semioscuridad, aparecían como humanizadas, cual bellos rostros que, antes de borrarse en la noche, sonrieran desmayadamente ante el misterio. La hojaras-

ca y las flores diluían en el aire el incensario invisible de sus aromas. Una paz honda, venida de muy lejos, que hubiese rodado por el mundo y trajera melancolías, anhelos y dulces soñaciones, espiritualizaba el lugar.

Entró él, Quintana, guiado por las sospechas, obtenidas de las espías. Entró mañoso, atisba aquí, mira allá, salientes las órbitas, sin hacer el menor ruido, como un ladrón. El corazón trepidábale en el pecho, lo mismo que, cuando pequeño, recibía orden de presentarse en la habitación de su padre a responder por una de sus fechorías en la escuela o en la casa, o cuando en las mañanas de examen, todo paliducho y acogido por las vigiliadas, el libro debajo del brazo, encogidos los hombros, se le llamaba al fatídico taburete ante los tres examinadores implacables....

Ya se dirigía, paso a paso, en puntillas, al interior, cuando de repente, dentro de la enredadera, el grito de ¡aguinaldo! perforó la calma como un clarinazo. ¡Qué susto de derrota! Quedóse por unos momentos inhibido, estúpido, los ojos en asombro, entreabierta la boca, sin pronunciar palabra. Al fin murmuró una tontería: "así no es ni gracia, con semejante trampa". Y ella contestó muy irónicamente sonreída, asomando el rostro delicioso entre un marco de ramaje, fulgentes los dientes en blancura lunar de pétalos de gardenia: "ah! lo que quería era encontrarme en la sala recibiendo visitas?" Acercóse él entonces, y siguió el diálogo trivial y grato de siempre, diálogo de asaltos y defensas, en que Angela era insuperable.

Daba gusto el arte y la pasión con que atacaba y se defendía. Risas su carnosa boca húmeda y la tersa piel del rostro, y albores de malicia en los ojos, en tanto que los hilos del cabello temblaban por la vibración de todos los nervios, robándole leves chispas de luz evanescente a la tarde que se fundía en la noche, y que las copas túrgidas del seno ensayaban, aceleradas, la libertad de la blusa azul que las velaba. Seguían, seguían las palabras que en veces se tornaban arrulladoras y opacas y que, en determinados momentos, no concluían la idea o el sentimiento, de-

jándolos en mera sugestión, con el encanto de que se prolongaran como el embriagador sabor de caricias supremas....

No podría recordar cómo fue, pero es lo cierto que, de repente, entre una frase no terminada y una súplica apenas formulada, su sangre que hervía, afluyó al cerebro, al corazón, a los brazos y se estabilizó súbitamente en un acto cálido de deseo infinito. Y sus brazos estrecharon el cuerpo rítmico de la provocadora, que se desmadejó en dulce agonía, y sus labios fueron ventosas de amor sobre los labios silenciados de la moribunda. Duró aquello un segundo, que debía perdurar, eterno, en el recuerdo, y después, ella, avergonzada, temblorosa, en desfalleciente sonreír, murmuró, pasándole la mano por la cabeza: "Eh! Manuel, usted sí que es malito!".

Recordaba la serenata de esa noche, en que por horas y horas se prolongó, en su sistema nervioso, la escena idílica.

Como siempre, Pachito Atehortúa preside los músicos. Tocado de guitarra asombroso, toca lo que se le ponga delante. Hasta fragmentos de ópera dan testimonio de lo maravilloso de sus dedos sobre las cuerdas. Por allí andan entre pasillos, polkas y mazurcas, barajados, el *Brindis de Traviata* y el *Delirio de Lucía*, aparte del acompañamiento de canciones, de una tristeza romántica y desolada como *El cadáver* y *el desengaño*, que arranca lágrimas a las señoras respetables.

Pachito es el hombre ideal, el hombre-comodín. Enjuto de carnes, de edad indefinible, con el rostro surcado de arrugas, que le dan aspecto de perpetua sonrisa, el bigote recortado al nivel del labio y renegrido merced a untos de su invención, tan pronto se le ve acucioso y culto a la cabecera de un su compadre a quien ayuda a bien morir, como dirigiendo una de sus mágicas serenatas, donde no escasean los hervores del anisado.

Marcha siempre a la cabeza de los músicos, como si a pesar del halo de simpatía que lo envuelve la bondad de su corazón, quisiera marcar las diferencias

de clase. Va enfundado en su clásico y grasiento sobretodo, con el cuello alto, en acatamiento de la higiene, y la cabeza tocada con el legendario sombrero en forma de media calabaza. Lleva la guitarra agarrada del cuello, en tanto que del brazo izquierdo, en escuadra, pende el imprescindible paraguas que, como los viejos tejados de Bellavista, ha soportado por épocas y épocas los soles y las lluvias. Lo acompañan Chucho Hurtado, que toca con primor el tiple y que, según él mismo dice, es un "inspirado tomatragos"; Efraím Marín, el de la bandola, muy peinado, circunspecto y de andares un tanto equívocos, no obstante su armoniosa voz de tenor o... quizá por lo mismo; el Mono Santana que sopla en el cornetín y que a lo mejor subraya las canciones con notas guerreras; Agapito Rengifo, de suaves pasos, como si estropeados tuviera los pies, de rostro congestionado y volcánico por los cráteres que, en remota adolescencia, dejó la acnea y con una nariz empurpurada e hipertrófica, en que venas minúsculas han escrito la tragedia del trago mañanero y noctívago. Es el as del clarinete, sólo que el mal ferido instrumento, en ocasiones, no obedece a las melodías psíquicas del ejecutante, en especial en los días calurosos, porque, cuando menos se piensa, la cera con que se tapan grietas y desperfectos se derrite, y entonces las notas escapadas son las intentonas marciales de un pollo peletas.

Confundido con los músicos va Quintana, acompañado de cinco o seis amigos, que también tienen su ofrenda lírica para rendir al pie de las ventanas. Los siguen algunos artesanos en silencio, las ruanas echadas hacia adelante, y que ponen, con la braza de los cigarros, en la oscuridad de la noche, puntos de fuego, como un revuelo de luciérnagas. No faltan el negro Yarza y el negro Audifacio, dos viejos desocupados y trotamundos, de melenas pasudas y rostros de carbón, descendencia última de los esclavos que sirvieron a los abuelos de Quintana, y que, envueltos en raídos bayetones o capisayos de forro rojo, siguen al "Amo Manuelito" en sus andanzas, mitad por cari-

ño de fieles servidores y parte por mor de los tragos que en su compañía se trasiegan.

La calle está en silencio y teñida de sombras. Un viento frío que baja de Monteclaro, refrenado en los cuerpos por la tibieza del alcohol, rueda como duende por el pueblo solitario, enredándose entre arboledas y huertos en suspiros musicales. Las pisadas no se oyen porque es de ritual sorprender a la bella durmiente. Lléganse a la ventana y de repente, estallan los arpegios. Un nuevo silencio de espera, y a poco, dentro de la casa, una tosesilla cómplice se escucha. Es la señal de la interesada que anuncia ser toda oídos.

Vibra la guitarra, rasguea el tiple, florece en primores la bandola, y en el conjunto, a la callada, tímidamente, desgranán sus notas el cornetín y el clarinete, como si fuesen contenidos heraldos que anunciaran las femeniles gallardías de las cuerdas. Rasga la clara voz de Chucho Hurtado la serenidad nocturna, y lo acompaña Efraím Marín. Cantan aquello de:

Y voy a sorprenderla  
Allá en su casto nido,  
Solitario y querido,  
Antes que nazca el sol.

Y entre canción y tocata, recorre la botella los gaznates de los amigos, en gorgoros ardientes, que terminan por un resoplido. La imaginación vuela desenfundada. La música callejera, penetrada del alma del pueblo, que se hace luminarias en la oscuridad y en los cerebros acalorados y teje el amor y la pasión con sus acordes, crea ensueños y ansias que columpian el espíritu alado en regiones irreales. Es el romanticismo hurtado a libros ingenuos. Es el eterno don Juan, embozado en su capa, enhiesta la pluma del chambergo, al cinto la altiva tizona, que penetra a la alcoba donde aguarda la cuitada, toda sobresaltos y anhelos, en su lecho tibio como un nido y perfumado como un estuche de esencias. Son los poetas de la locura, los bohemios pálidos, divinos y melenudos, cuyos versos de una mentira sublime, adulterados por los cantores,

dicen de la muerte con desesperación anegada en lágrimas, de amores imposibles en que las mujeres son diosas y la pasión esproncediana, el único nervio de la existencia. Poetas que, iluminando los veinte años, trastornan las cabezas de mozos y doncellas, dándoles un falaz sentido de la vida y haciendo que los días primaverales se tiñan de fingido sufrimiento y los apremios juveniles se conviertan en sonoras palabras y en lánguidas veleidades....

¡Qué tiempos aquéllos! Sin pensarlo, sus labios modulan retazos de antiguas canciones, en tanto que por su mente desfilan y desfilan tipos y escenas ya olvidados, con un placer matizado de melancolía.

Y ya todo lejos....

Por más optimista que se sea, la vida va dejando una resaca de amargura, que priva de ingenuidad el alma. El optimismo queda, pero no ya en los nervios ni en la sangre, sino como doctrina filosófica, como la interesada esperanza de que quizá, a fuerza de sacrificios, vengan días mejores para la dolorida especie humana.... Los hombres nos esculpen el alma a golpes y pequeñas infamias, como hacen los sadistas con la hembra que los adora. Por bien o por mal siempre que se nos acercan, nos hieren.... Amigos, maestros, compañeros, parientes, mujeres, no nos dejan sino dolor. Dolor de sus triunfos, de sus derrotas, de sus afectos, de su odio, de su pequeñez inevitable. Una cosa es contemplarlos con las generosidades de la juventud, jóvenes a su vez ellos, desprevenidos, sonrientes, bellamente feroces en sus espontáneos apetitos, con los cerebros rumorosos de ensueños que estallan a plena luz, turbulentos y francos como el agua del manantial; y muy otra es verlos con los rostros ajados por los años, flojos y renegridos los dientes, que se muestran en aviesa sonrisa, encanecido el escaso cabello, turbios y desconfiados los ojos por las malas pasiones, contracturados los músculos tras el dinero que urge y que, si lícitamente se adquiere, está bien o de no se roba por cuantos vedados recursos se tengan a la mano, o tras la lascivia implacable que aúlla siempre, en mordiscos insaciables, como perra encadenada....

¡Qué tristeza, qué horror vivir! Un nuevo día espléndido que fulge para arropar miserias, hipocresías, podredumbre....

Nó, pero él no puede entregarse a semejantes pensamientos. Precisamente para evitarlos ha venido en busca de la paz pueblerina, como dicen los cronistas relamidos.... Ah! y cómo le han hecho dedaño las diez horas de escritorio diarias, en un medío áptero e indelicado como el que le ha tocado en suerte, donde las trapacerías de gentes inescrupulosas son vivezas, donde las *roscas* o sea los cenáculos de estafadores al por mayor, son las que rigen la sociedad, bajo los cánones de una moral de pega, donde circula la fauna de los estadistas vernáculos, que trafican con un pueblo hipnotizado y no tienen más guía científica que el apetito aventurero de turcos y sirios, y que, con habilidad de tahures, bordean los vericuetos del código penal...

Y los libros de contorsionada literatura. Sobre todo los rusos, anatómicos despiadados del espíritu, que sólo ven deformidades en el sér moral. Ese Dostowsky.... ¡Pobres libros! Pero qué han de ser ellos, como apunta el bueno de su médico, que apenas ha leído manuales científicos. Son diez años de trabajo incesante, en lucha brutal contra las necesidades de la vida, es la constitución intoxicada del pueblo y de la raza a que pertenece, donde es un crimen la alegría y sólo tienen curso el lamento perpetuo y las caras avinagradas de pseudo—personalidades, embotelladas en denso tejido adiposo y en sinuosa y caquética ideología.... Viejitos amarranados y pipudos, que piensan ganarse el cielo con las misas de San Gregorio, que pagan con los recortes de los ajenos haberes....

Sonríe desconsolado ante la evocación de las notabilidades parroquiales de que está lleno el ambiente, y cuya fama entumecida no alcanza a traspasar la cresta de las montañas. Algunos nombres le martillean el cerebro, y a medida que surgen, se esterotipa la representación mental de un animal que puede equipársele: así como en el juego de lotería: la jirafa: reducida mentalidad, cuello largo, cara fúnebre de perseguidor perseguido, mirar inquieto. El pavo: meneo

olímpico y tardo de sér engrasado, repliegues en el cuello, cresta roja. El elefante: panza prominente y piel invulnerable que recuerda la costra del cinismo, ademanes de aplanadora, ojillos pequeños. El bulldog: malas intenciones, rostro repulsivo, gruñidos embotados, que denotan malsana prevención contra lo circundante. La hiena: tenebrosidad en la mirada, pelo hirsuto como es hirsuto el instinto asesino, turbia inquietud de constante acechanza. El oso negro: recia pelambarrera, que pregona la ferocidad selvática, torpeza en las actitudes, límites de la imbecilidad, que sólo obedece a la pandereta del gitano. El pingüino: muñones de alas, minúscula masa encefálica, bamboleo con pretensiones de grácil danza.... El pingüino! padre y abuelo de los peripatéticos, que tan donosamente cantara León de Greiff....

Tres golpes discretos en la puerta:

—¿Está despierto, niño Manuelito?

—Entra, Eufrasia.

Y aparece la vieja sirvienta, ocupadas las manos con el azafate donde va el desayuno. Tocada de pañuelo rabo de gayo, cargada de carnes renegridas y de años jocundos, sonriente la boca, donde sólo lucen los colmillos superiores que recuerdan los soportes de un puente arrastrado por la corriente, y enfundada en falda de zaraza morada y corpiño descotado, de blanco y almidonado lienzo, con bordados rojos, todo muy aplanchado y limpio.

—Tan dormilón el niño. Hace rato estaba vi-giando hasta que lo oí rebullise. Debe estar pasaíto de hambre.... Como anoche casi no comió.

—No creas, vieja. Comí lo que pude porque el cansancio no me dejaba.

Mientras dialogan, la sirvienta coloca sobre la mesa de noche el desayuno:

—Se lo va a comer toítico. Le truje lo que sé que le gustaba.... Los chorizos los puse a curar desde que supe que venía.... Esta leche es la de la vaca frisola, que está a punto de destetar..... Y esta panocha de chόcolo calientica, la hice en el untual.

—No, vieja, si está delicioso todo y estoy resuel-

to a no dejar ni brizna. Ya verás. Tú siempre eres muy formal..... Y francamente te digo, que, si no fuera porque estás un poco cargadita de años, hasta te hacía una buena propuesta.....

—¡Avemaría, niño Manuelito! Ya empieza vusté con sus embelecocos—dice la vieja en un golpe de risa, que le encandila los ojos y le ensancha la tronera de la boca. Es el mismo de siempre: más cabiloso y buscaruidos.

El desayuno es apetitoso de verdad. La postre-  
ra de leche, coronada de espuma, en taza negra y pulida de coco; huevos pericos con rajadas de tomate como adorno; los chorizos, esponjados, humeantes, campean en el plato, soltando la manteca azafranada por las resquebrajaduras que el fuego, al freírlos, les ha abierto; la arepa de chόcolo, envuelta en hojas retostadas de plátano, atrae con el olor que despide y con el incitante dorado de la costra; el quesito y la mantequilla frescos, acabados de fabricar, y que han de fundirse con grata sapidez al contacto del pan de donde las Rojas, que, tierno, amarilloso y caliente, está allí, junto a las excelencias de las viandas.

El sol ha invadido la estancia en llamear de primavera. Bocanadas de flores, de huerta y de rastrojo, llegan a ensanchar los pulmones sabrosamente, proclamando el triunfo de la sangre renovada.

Quintana devora y charla. La presencia de Eufrasia lo ha retrotraído a épocas de infancia, cuando al comienzo de la noche, después de rezar el rosario en la sala, en compañía de las personas mayores, reclinado en el regazo de su madre, tan bella y tan blanca y ya muerta—acudía a la cocina, a escuchar de labios de la sirvienta, los relatos de *Sebastián de las Gracias*, de *La Flor de Lilolá* y de duendes y aparecidos, y los no menos interesantes de los peones, especialmente los del negro Ponciano, que a su tiempo, remataban con trovas acompañadas de la vihuela.

La cocina renegrida, con estalactitas de hollín en techo y paredes, alumbrada a media luz en parpadeos por las brazas del fogón, convertidas en momentos en banderolas tornasoladas de fuego, cuya movi-

lidad epiléptica se comunicaba a las figuras, dándoles contornos desmesurados y horribles; era un antro de aquelarre, propio para todas las fantasías imaginables.

Sentíase allí, de manera escalofriante, la presencia de los fantasmas, y en el ruido de la leña al quemarse y en los hervores de las ollas, se oían los resoplidos del gigante, que llegaba al castillo del encantamiento protestando: "fo! fo! por aquí hiede a carne humana!"

¡Qué de estremecimientos le recorrían entonces sus carnes infantiles y con qué ansioso pavor, mientras se apretujaba contra las piernas de la negra, es-  
crutaba los rincones en busca de brujas y mohanes!

Mas no eran sólo aquéllas y éstos los que le sorbían el seso; Sinda y Rosa Antonia, nietas de Eufrosia, por quién sabe qué recónditas e inconscientes afinidades de las estudiadas por Freud, le atraían con efusivo y cálido afecto. Un par de campesinas rollizas, de bocas reidoras y curvas prominentes y duras, que apenas sumaban entre las dos treinta años.

Bien se sentía, pero muy bien, cuando Sinda, la mayor y más comunicativa, al quedarse dormido, lo que ocurría con frecuencia, lo tomaba entre sus brazos potentes para llevarlo al lecho. "Mi niño, mi niño querido", y lo agarraba, apretándolo contra la almohadilla palpitante del busto, de tibieza turbadora, que le producía en el rostro y en el cuerpo todo un bienestar incomprendido y profundo.... ¡Las veces que voluntariamente cerró los ojos y desmadejó los músculos en señal de sueño!

—Bueno, vieja, ¿y qué hay de Sinda y de Rosa? ¿Todavía tan competentes?—inquire Quintana.

—¡Qué cuentos, niño Manuelito!, ya están avejancadas.... Figúrese con la tenedera de hijos... ¡Cómo son los pobres!.... No consiguen peso, pero, eso sí, los muchachitos por puchas.... ¡Cómo si no hubiera qué mantenerlos y criarlos en el temor de mi Amo y Señor!.... Sinda, dende un principio, le dió por alborotarse, y tuvo tres antes de tomar estao.... Después ha tenido cuatro, fué de novedades.... Rosa

Antonia, que sí se portó como Dios manda y ha sido siempre asentaíta, se casó moza, moza, y va ya pa los siete.... Ya las verá. Están como yeguas de cría. ¡Citas mis hijas!

Después de prolongar el palique, en que el viajero se informa de todo lo que le interesa, inclusive los animales que le fueron familiares, ya desaparecidos, como Selim, el noble terranova, verdadero amigo y protector de su infancia, fornido como un león, de pelambreira crespa y canela, y de gran cabeza donde lucían los más dulces e inteligentes ojos de sér viviente, y una vez terminado el refresco, la sirvienta alza los trastos y sale, no sin antes haber dejado en el aire el estrépito de sus carcajadas.

\*\*\*

Rechazó Manuel la cabalgadura ofrecida para ir a Bellavista. Eran sólo catorce cuadras por un camino de travesía, y quería gozar a sus anchas, y lentamente, del paisaje montaños, tan atractivo, tan íntimo, como que lo llevaba incrustado en el recuerdo de gratos días. Además, músculos y articulaciones le pedían elasticidad y movimiento para desentumecerlos del cansancio del viaje.

En glorias de luz y azul celeste, puro e intenso, esplendía la mañana. Todo parecía como bajo de una cutícula de cristal, burilado y renovado, en espera diríase, de una fiesta de la naturaleza. Maizales y platanales rumorosos ponían la eglógica nota de la fecundidad de la tierra, de la próxima cosecha, que premiaría, en ofrendas de paz y de abundancia, el esfuerzo campesino. Los prados reverdecidos, en ondulaciones consolidadas, aquí y allá, y esmaltados a trechos por los brochazos del ganado, se extendían circuidos por el monte, por cercas de piedras y arbolados. Hacia el poniente y el sur, como antiguo mamotreto ilustrado, a medias abierto, ascendían el rastrojo y la selva, en curvas más o menos empinadas, cruzadas de senderos rojizos, que remataban siempre en

masías de labriegos, a cuyo redor se advertían los claros de huertos y sembrados. Por la vertiente del sur bajaba en saltos y espumas, bañando la calvicie y las felpas de piedras y gujarros, el arroyo *Chorro de Plata*, así llamado por la cascada que formaba en mitad de su curso y que hirviente, en vellones albos e irisados, caía y caía en tres tiempos, con precipitarse de coraje, para resolverse a la postre, ya en la oquedad final, en tenue vapor, como tributo de las aguas a la frondosidad de los árboles. Alzábanse, hacia el oriente lejano, las montañas azuladas de tonos profundos que, en un sucederse de altivas sinuosidades, enmarcaban un inmenso pedazo del horizonte.

A cada rato Quintana se detenía para llenarse de esplendor y de verdura los ojos y recibir, por poros y nariz, la suavidad del aire que, oloroso a renuevos y faenas de campo, lo envolvía íntimamente en caricia prometedora de salud. Complacido contemplaba la casa de cualquier labrador, como si nunca hubiera visto cosa semejante. Lo invadía la paz que de ella emanaba, la paz mansa como el humo escapado del techo, símbolo de la abundancia de la olla, colocada sobre las tres piedras del fogón prehistórico, y cebada, aparte de la carne, con sanas y nutricias raíces de la huerta, que constituían el succulento puchero, o con los frijoles verdes, con ribetes de tocino, devorado todo ello al teñir le oración, después de la plácida fatiga del surco, acompañado con la arepa esponjosa y caliente.

Miraba y remiraba al estilo del pintor que intenta copiar el paisaje.

Por allí se andan, escarbando, gallinas y polluelos, vigilados por las petulancias donjuanescas del gallo, que a lo mejor sale a la estampía en un furor de amores. El cerdo gruñe en el chiquero cercano, deleitado con las sobras del yantar hogareño. Duerme el perro junto a la puerta entornada para desquitarse de las vigiliadas nocturnas. El jardinillo, que no puede faltar, pues pregona delicadezas inconscientes y artísticas del ama, es como un mantón de Manila, por lo coloreado y pequeño. Una enredadera de flores blancas o azules, se avanza salvaje por sobre la cerca a cuyo

pie lucen las hortensias su estrepitosa floración. En irrupción incontenible, se tienden por los suelos las hojas anchas y ásperas de la ahuyama y de la vitoria, cuyos frutos monstruosos yacen a trechos sobre la tierra. Más allá, el yucal y las filas redentoras de las cañas de maíz, recargadas de mazorcas y sirviendo de columpio a gorriones, tórtolas y cilguitas. Por el barranco de enfrente, corre un hilo de agua recogido en pequeña canoa de guadua, y cae, musicalizando, en la acequia del camino.

Sencillo y agradable lo que abarca la vista, sin complicaciones ni conveniencias. La existencia apacible de seres y cosas que, día a día, se sucede con ritmo monótono, en transparencias de aljibe, sin angustias ni ambiciones, ajena al horror del despertar cada mañana, con la cabeza ofuscada por los problemas urgentes que se suscitan a diario en la ciudad.

El mismo revoloteo del céfiro dice de la tranquilidad de las conciencias y de la "descansada vida" de que habló el Místico. Por fuerza, las gentes tienen que ser buenas ante una naturaleza tan magnánima y un suelo que se entrega íntegro, en opima cosecha, a quien sabe estrujarlo con sus manos y humedecerlo con los jugos de la frente. Ni chismes, ni vitandas pasiones, mucho menos el odio bajo la limpieza infinita del azul. El trabajo sobre la tierra madre, como feliz empleo de las horas, y luégo, por la noche, el sueño saludable, después de la cena abundante y la santísima plegaria, junto a la mujer querida, que sabe de rudas ternezas y de prolífico amor.

Lejos, muy lejos, allá en la urbe maldita y desgarrada de impurezas, el ruido agobiador de las máquinas, las sirenas nocturnas de los autos que vuelan al pecado, las pianolas mercenarias, las luces de tabernas y lupanares, que se botan al cemento de la calle como escupitajos de vicio, los cacos, los políticos, los mendigos, los auríboros financistas, las prostitutas, los predicadores de moral y falsos profetas, la chusma toda, alta y baja, eso corrompido y por todas las perversiones maculado, que constituye la sociedad....

Y de tal guisa, monologando Quintana, entró a Bellavista.

La misma paz del campo. De vez en cuando uno que otro transeúnte deambulaba por la calle. No se oía más ruido que el silabeo, a la distancia, de los chicos de la escuela y las estridencias del martillo en una fragua próxima. Tiendas abiertas de comestibles, sin un solo comprador, con el tendero a horcajadas en un taburete frente a la puerta o echado en mangas de camisa sobre el mostrador. En la plaza, los mismos árboles de siempre, en cuyos troncos rugosos, los cortaplumas de cuatro generaciones de enamorados, habían grabado las iniciales de sus amadas. La iglesia, eternamente sin concluir, cribada de agujadas en los flancos, con las torres, renegridas por el tiempo, festoneadas a trechos por yerbajos, cuyos gérmenes habían ido depositando las aves. La pila lamosa, tratando, en pugna de elegancias, porque los delfines en que remataba, arrojaran el agua a borbotones, cuando apenas lograban babear un hilillo sin murmullos. Cosas y seres con una agradable pátina de vejez que serenaba el ánimo, predisponiéndolo a la tranquilidad de las horas y a remansos espirituales en que se recortan los anhelos y no se siente el aseso sofocante de la lucha.

Llegó Quintana a la oficina de Conrado Olivares, un antiguo discípulo de la Universidad y compañero de niñez, que había estudiado leyes sin que llegara a conquistarse el diploma de doctor.

Allí estaba el hombre, de barba descuidada y más descuidada la indumentaria, de rostro simpático, a-brillantado por anteojos de carey, ante una mesa de tendido negro, cargada de pocos libros y de muchos cuadernos y expedientes. Empolvada la habitación, en cuyo suelo abundaban las colillas de cigarrillo, y con las paredes recubiertas de disposiciones e intrínquilis legalistas.

—¡Caramba, Quintanilla!

Y se abrazaron. Pero, desde el primer momento, pudo notar el recién llegado que en su amigo había el aire de encogimiento y desconfianza de quien trata

con un sér superior. Se lo habían cambiado. Flojos estaban los lazos de la antigua amistad, quizá por los años corridos o por la señera vida provinciana.

Talvez Quintana, para la subconciencia de Olivares, era el hombre de la ciudad, elegante y crítico, que en todo lo del pueblo ve censura y que aspira a que se le rinda en su persona, el tributo a la civilización de que están saturados espíritu y organismo. Enredábase en el tuteo y a derechas no encontraba la frase sencilla y conciliadora, que dá cordialidad al diálogo.

Por su parte, Quintana, sintió un amago de desencanto. Ansioso de fraternidad y evocación, quería revivir fragmentos de la existencia pasada, con los compañeros con quienes había reído y gozado, y cuyo recuerdo guardaba afectuoso en el corazón, y se encontraba en los comienzos, con que el viejo amigo, el predilecto, vacilaba en su presencia y no le entendía el lenguaje espontáneo y comunicativo en que quería expresarse.

Fue sincero:

—Bueno, viejo, ¿qué es la cosa? Sólo he venido al pueblo por verte. Tenía locura de hacerlo. He pensado en los buenos ratos que podía pasar en tu compañía. Tengo muchas cosas de qué hablarte. Necesito que me cuentes de tu vida, que me hagas la crónica de esta tierra, que me hables al alma, y te encuentro... como tan raro, tan huraño.... ¿Qué te pasa?

—No, hombre, si no es nada.... Únicamente que la sorpresa, el gusto de verte....

—No, qué cuentos! Eres otro, Conradín, te me han cambiado.... ¡Desarruga esa alma, compañero! ¡Vibra como otras veces! He venido a que ingertemos, como en otro tiempo, savia de alegría en la monotonía de esta vida. Yo también estoy un poco maltrecho, pero sé que estos campos, la calma parroquial, los buenos amigos, las muchachas, me han de curar de mi neura.... Con que a ser uno de mis médicos.

—Claro!.... Por supuesto.... Ya verás cómo revolucionamos esto, aun cuando nos fusilen.... ¡No faltaba más!

Pero en el semblante de Olivares, no obstante la voluntad de mostrarlo festivo, se bosquejaba el tedio de una vejez prematura o el desaliento de un destino infecundo.

Siguieron en tendido palique, ya rota la opacidad del primer momento, hasta que al fin se decidieron por un aperitivo en *La Gloria de Don Ramiro*, la cantina del Mico Morales, versado en achaques literarios y orador político en vísperas de elecciones...

Frente a la mesilla redonda, con el topacio diluido del whisky y la soda delante, continuó la charla, o mejor, se abrió el capítulo de las confidencias.

—Pues te confieso—decía Olivares—que en un principio te he visto con temor, como se ve a todos los forasteros en esta parroquia... Nos parece que llegan a violarnos algo de lo nuestro, a cambiar nuestras melancólicas costumbres, a dominarnos... En cada extranjero vemos una avanzada del diablo... Y esto nos viene de una cosa turbia, muy íntima, especie de lama del alma, que se nos ha ido pegando sin saberlo. Nos han acostumbrado a una vida de encogimiento, de continua persecución y de merma del espíritu, que nos ha ido envolviendo en una atmósfera de miedo y agresividad, reflejada en los actos más insignificantes. Le tenemos miedo a pensar, a leer, a divertirnos, a ser hombres de verdad, y todo nos huele a crimen o pecado, especialmente si viene de fuera... Aquí nadie sabe reír, no vibra una cuerda, no hay un brote de alegría. La paz de que tú hablas no existe. Está reemplazada por el chisme, que corre soterrado como la pus de un absceso. La hipocresía gobierna las relaciones sociales. La delación y el espionaje son los recursos socorridos de quienes nos mandan.

—Pero eso es imposible. Tú exageras, Conrado—replicó Quintana, en el colomo del asombro. No es creíble que, en apenas ocho años, esta población, que ha sido tan encantadora, haya cambiado totalmente... ¿Es que no recuerdas que aquí se pasaban ratos deliciosos, sin complicaciones, en medio de una admirable sencillez de costumbres? ¿No recuerdas los paseos, las tertulias, aquellas divinas noches de aguinaldo?... Si

me parece que fue ayer cuando corríamos por montes y cañadas, en nuestros mejores caballos, persiguiendo guaguas y venados, libres y alegres, sin meternos con nadie y sin que nadie nos importunara... Y las parrandas tan serenateadas con don Pachito y Chucho Hurtado... Y las novias tan queridas... Oh! Josefina...

—Sí, me acuerdo de todo—replicó Olivares, con gesto de profunda decepción.—Pero ya eso se acabó. ¡Se lo tragó la tierra, mi viejo! Y es que antes...

—¿Pero qué les ha pasado? ¿Cómo se ha podido cambiar el carácter del pueblo de la noche a la mañana?... ¡Y yo que venía tan lleno de ilusiones!...

—Pues, ahí verás... Los mandones y gamonales. El mal de los pequeños municipios y aldeas... Ustedes, los de la ciudad, creen que vivimos en un república libre, porque allá, en efecto, se vive con libertad y se respetan los derechos ajenos, pero en estos pueblos... Tú no te imaginas nada más triste. Aquí mandan dos o tres viejos imbéciles y adinerados, el alcalde, el cura y una legión de beatas enfermas del desolado mal de soltería... Y no hay redención. Es preciso someterse a sus virtudes de pega, a sus re-sabios de incultura, a su desconocimiento total de la existencia suave y limpia... Aquí no se lee, ni se piensa, ni nunca llega un periódico. Las muchachas son perseguidas y ultrajadas, porque quieren realzar sus naturales gracias. La moda más inocente es pecado de lujuria, aun cuando ésta, por lo demás, brame agazapada bajo sus formas más repulsivas. El trato natural y civilizado de los sexos, está desterrado porque engendra malicia. El amor tiene qué refugiarse en la oscuridad clandestina, como el de los gatos, o en las arideces de un tedioso matrimonio sin pulcritudes mentales. Los hombres hemos olvidado el ser galantes, que es la muerte definitiva de la delicadeza y de la verdadera virilidad. La alegría, que nos viene de la atmósfera y del paisaje, está sustituida por el más seco ascetismo, reflejado en los rostros adustos y en los faldones fúnebres de las mujeres, que no son exponentes de aseo y sí ocultan el encanto de los cuerpos y

la morbidez de las curvas. . . . ¿Te acuerdas que nuestro pueblo era hermoso y fuerte, con esa pujanza de las razas que tienden a un definitivo predominio? . . . ¡Pues eso se lo llevó el demonio! Los hombres de vigor se largaron y no quedamos sino los resagos. A las muchachas, las han entenebrecido y falseado el misticismo y la gazmoñería. Obreros y campesinos, han perdido su rústico atractivo jactancioso, doblegados por la eterna explotación y por el pavor del dominio espiritual y corporal. Los niños de las escuelas, llevan esculpidos, en sus caritas y cuerpecillos, el sometimiento a una disciplina férrea, que engendra la cobardía, el espionaje y la falsedad de maestros exasperados por el hambre, al par que la pesadumbre por la falta de juegos y de espontaneidad de espíritu. ¡Qué horror! Si dan ganas de llorar! . . . Me acuerdo de Boabdil, el que no supo ser varón a tiempo. . . . ¡A ver, Mico, danos otro whisky con soda!

Fueron servidos y paladearon las copas.

—Pero cuenta qué es lo que ha ocurrido—inquirió Quintana, presa de desconcierto. Francamente que no entiendo. Conozco a Bellavista desde niño, y no veo por qué motivo haya cambiado de tal modo. . . . Sé que la vida de las poblaciones pequeñas es un tanto sosegada, y hasta monótona si quieres, pero allí reside su mayor atractivo. No tiene ni las complicaciones ni los compromisos de las ciudades, y por eso se deja vivir mansamente, sin torturas del alma ni agotamiento de los nervios. . . . Bellavista era de lo grato en ese sentido: gentes sanas y cristianas, virtudes legítimas de pueblo que tiene conciencia del honor de los hogares y de la nobleza de sus tradiciones, trabajo constante sin trampas ni angustias, fe religiosa sólida y clara de la que hace a los hombres cada vez mejores y magnánimos, diversiones decentes y agradables, que no dejan guayabo, propias de personas que están a paz y salvo con su alma. . . . Existencia fácil, casi idílica. Al menos es la impresión que guardo y por eso he querido volver. Quiero curarme del espíritu y ver amigos y parientes, que tanto endulzaron las horas de mi niñez y de mi primera juventud. . . . Quiero re-

vivir momentos ya idos, echármelas de poeta, oler la tierra que me fue querida, ver los ojos hechizados de otros tiempos, emparrandarme con ustedes, comer, comer la yerba verde y tierna de los campos, si es preciso. . . .

—Pues. . . lo que es ahora. . . ¡la pegaste!—replicó Olivares, sorbiendo un poco de licor y encendiendo un cigarrillo. Te explicaré para que te des cuenta.

Y con todos sus pormenores narró el caso de Bellavista.

El asunto arrancó desde la muerte del Padre Bernardo. Varón éste con el alma algodónada por todas las virtudes, especialmente la de la comprensión. Como el más sutil psicólogo, sabía de los múltiples resortes que mueven las acciones humanas, y estaba al tanto de que la mayor parte de aquéllas las galvaniza el dolor. Por tal motivo compadecía, amaba y perdonaba. Nunca su corazón fue caldeado por la llama del odio, y en su rostro, de candidez infantil al propio tiempo que de serenidad pensativa, fulgía la sonrisa de continuo, en vez de las acedías que deja el humor turbio y agresivo. Sus actos más triviales los inspiraba sólo el amor de Dios, y de semejante sentimiento, emanaba la mansedumbre evangélica que envolvía toda su persona en halo extrahumano. Hubiera podido exclamar como lo sufí Rabia de Basrra: no puedo odiar ni siquiera al demonio, porque en mi pecho no hay cabida sino para la adoración del Gran Espíritu.

Su vida, mansa corriente, que iba abonando las almas con las semillas de sus virtudes. Ni con la alegría ni con la pulcritud de su persona, estaba reñido su ascetismo de férvida convicción. De casta noble, pensaba que un espíritu armonioso e iluminado, si se aloja en un vaso de barro perecedero, no por serlo, debe alejarse de lo selecto. Y tal se le veía por doquiera: correcto en todo.

Cuerpo delgado y alto, de severa silueta, que a las claras denotaba, fué de las excelencias de la cuna, el alimento frugal y la frecuencia de los ayunos, enemigos jurados de la gula. Cabeza bien puesta so-

bre los hombros, ni altiva ni sumisa, con un marco de cabellos de plata, que en madejas sedeñas se llegaban hasta la mitad del cuello, y por delante, se arremolinaban sobre la frente para dejar libre la comba de ésta, donde fulgía, apacible, sin una arruga, en tenuidad de alburas, la pureza del pensamiento. Ojos claros y profundos, mirando siempre perdidos en el deleite de un lejano bien, o mansos y compasivos ante el dolido sér humano que se acercaba en busca de consuelo. Piel limpia y suave como el bulbo de la cebolla, casi femenina, que se animaba y palpitaba en las manos huesudas, de largos dedos, cuando en las pláticas dominicales, la palabra castiza, reposada y honda, explicaba la divina dulcedumbre del sublime Incomprendido, que perdonó a prostitutas y ladrones....

Tranquilo y acogedor, marchaba por calles y campos el Padre Bernardo. Y si aquí bendecía complacido al chico sarrapastroso que le salía al paso; allí daba un consejo al campesino sobre la próxima cosecha o sobre la higiene de los ganados; más allá suministraba la medicina y las palabras reconfortantes a la madre desamparada que yacía en el lecho; después echaba sus pláticas con un grupo de buenas mozas, sobre novios y modas, y más tarde, en la casa municipal, hablaba a los notables sobre las mejoras materiales del pueblo, la creación de productivas industrias, o se extendía en ilustradas disertaciones sobre las necesidades urgentes de las escuelas públicas y lo indispensable de una sólida cultura.

Sólo la política no tenía para él imán. Amor a Dios por sobre todo, y luégo, trabajo honrado, sanas costumbres, paz en las almas y alegría, mucha alegría. La política estaba hecha a base de rencores y mentiras, de implacables apetitos e impurezas de la inteligencia y de la sensibilidad, y en manera ninguna podía aliarse con la religión, que es ideal supremo del hombre, tejido con lo más noble del sentimiento y de la idea. Curas políticos, vociferando desde el púlpito, enrojecidos los rostros de pasión sectaria, o en días de elecciones, la sotana remangada, reseca la boca con gritos de combatientes, convertidos en jefes de turbas,

acaudillando fanáticos, saturados de aguardiente y malos instintos, le daban la impresión de la hembra virago, que suplanta las delicadezas femeninas por los estallidos del macho primitivo. Descendían de su puesto social y moral, rompían el círculo de caridad y mansedumbre en que debían debatirse, como enviados de Aquel que soportó la infamia de la política judáica; cambiaban el altísimo papel de pastores de almas por el de azuzadores de lobos; rompían, en fin, la armonía del espíritu, gastando y prostituyendo fuerzas que la Vida les confiara para el cumplimiento de excelsas funciones morales, en el chapoteo y amasijo del lodo que inunda las plazas públicas. El sacerdote no debía mover su corazón sino para bendecir todas las cunas, consolar a todos los hombres y rogar ante las tumbas todas.

Gobernara quien gobernara, a él lo tenía sin cuidado. Sólo pedía respeto absoluto para las santas doctrinas del Crucificado y tranquilidad cristiana y fecunda en su rebaño. Después, en días de marejada política, cuando se discuten credos, principios y nombres que la gran mayoría no comprenden y que se llevan en la epidermis como los tatuajes, que cada cual votara por el candidato de sus simpatías o que opinara como le viniera en mientes.

Estaba seguro de que en el país, a los hombres todos, les habían formado el corazón madres cristianas y que, probablemente, no había uno solo que no se supiera de memoria el Credo, la Salve y el Padre nuestro. Cosas vívidas y puras éstas que, grabadas en la conciencia virginal del niño, nunca se olvidan y dejan en las almas, para las horas de suprema angustia, el frescor cordialísimo de rocío. Abrigaba fe ciega en que, al fin y a la postre, los santísimos brazos de la Cruz serían los protectores definitivos, el refugio postrero, aun de los más extraviados. El sacerdote católico no debía mirar a los seres humanos sino con piedad infinita. ¡Eran tan dignos de lástima y estaban tan urgidos de redención!

No comprendía las virtudes adustas, ni menos los santos sombríos. A San Jerónimo, por allá en lo ínti-

mo, le tenía un poco de despego, no obstante su indiscutible grandeza, por la prohibición del baño a una de sus hijas espirituales. Diéranle ese poeta de los cielos, el inspirado pordiosero Francisco, que se recreaba con los pájaros y flores, y bailaba, en ritos grandiosos, ante la luz dorada de la mañana. O esa maravilla de Avila, canora e incendiada como una selva virgen fulminada por el rayo, cuyas páginas constituían su manjar apetitoso en horas de retiro. O uno de esos místicos, todo armonías, como San Juan de la Cruz, los Luises, o la lírica santa Cecilia....

Almas diáfanas, cuyo gozo se desbordaba en vibraciones de llama por los poros, para ofrecerlo en holocausto al Señor. Gozo de vivir para adorar, con ansias de sufrimiento por la espera.... Y por sobre todo, la Concha, su deliquio amoroso, su trastorno, la gloria de Murillo, tan pura y virginal: sonrisas de transparencia celeste en el rostro perfecto y en la parvada de angelotes que revolotean entre el manto y las nubes; sugerencias de un más allá, donde la existencia debe ser como la eterna caricia de sublime maternidad purificada por doncellez liliál; esperanzas del único remedio para el espíritu, aferrado a la tierra, que ha de tornarse alígero y abrirse, como una rosa, ante la mirada de la que mora en los Cielos....

Los días de Bellavista, con semejantes procedimientos de su guía espiritual, se deslizaban gratos y apacibles, con los tropiezos inherentes a cosa humana, pero sin rudas convulsiones ni estados depresivos de las almas.

Si el medio ejerce influencia en el individuo, es indudable que éste, cuando gobierna, también desarrolla un estado acorde del medio con su personalidad. No es extraño, por lo tanto, el afirmar que en Bellavista había mucho del espíritu del Padre Bernardo, difundido en lo que abarcaban los ojos. Una impresión acogedora, la suavidad del aire, el reverdecimiento promisor de campos y huertos, el aseo de calles y casas, la ausencia de rencillas y chismes, la sana alegría, reflejada en los rostros de candidas muchachas, y la confianza, un tanto cogitabunda pero franca, de los

mantañeses, en los músculos y en el Señor de todo bien, ¿no eran como la expresión graciosa, la pátina de idealismo, que el noble sacerdote iba poniendo, con las emanaciones de su corazón y de su inteligencia, en lo animado e inanimado?

Vida de pueblo sí, donde rara vez ocurre algo, pero suavizada por lo monocorde de las horas que, al transcurrir, producían el venturoso hipnotismo en que no se siente correr la vida, ni aparecen por parte alguna los vanos anhelos, las furentes pasiones, ni las luchas estériles. Vivíase con la mansedumbre de lo que cumple fielmente su destino y por adhehala, posee el amplio boquete del horizonte, colmado de azul, donde las almas saturadas del altísimo sentimiento cristiano, tejen y tejen, con claras acciones, la esperanza. Verdadera filosofía, expurgada de complicadas sutilezas y de conturbadora sapiencia.

Por desgracia, como en el mundo todo es transitorio, el Padre Bernardo, en el crepúsculo sonrosado de una mañana, mientras los pájaros llenaban de notas y revuelos el silencio final de la noche, cerró los ojos para siempre, después de cuarenta años de servir al pueblo, libertando su ánima, que reclamaba el Señor para la bienaventuranza.

Había que llenar el puesto vacío.

Vino el Padre Roque Copete, de los Copetes de allí cerca, de *Agria Cuesta*, mineros y agricultores.

Mulato de color, alto, fornido, de manos potentes y vellosas, y con una cicatriz al lado izquierdo de la cara, rastros, se decía, de una caída en la niñez, que le cruzaba desde el temporal hasta el mentón en rúbrica visible.

Desde el primer momento quiso ser reformador. Su impulsividad y robustez rústicas, transmitidas de generación en generación, al par que la indispensable pureza de costumbres, en un temperamento sanguíneo como el suyo, lo predisponían a la acción excesiva en uno y otro sentido, para esquivar las obsesiones y ofuscamientos de la mente, que a lo mejor le entenebrecían las horas, creándole un estado depresivo de alborotada atrabilis.

Uno de esos seres con energías sobrantes, sin mayor vida interna, desposeído de matices espirituales, con un campo restringido de conciencia, que cuando adquieren una idea, la incrustan en la cabeza, recta, dura, despiadadamente, como un clavo en una tabla, y hacen de ella, la lucecilla que les alumbre el camino y, lo que es más, pretenden que sea el fanal que al mundo todo ilumine.

Su religiosidad era férrea y combativa. Savonarola aldeano, no concebía de la religión el arrobador sentimiento que de su seno brota, en manantial inagotable, sino la parte sombría de los castigos, con toda clase de torturas para el pecador y la condigna reprobación social. El perdón, en sus labios, era frase vacía de sentido, cuyo aroma místico no llegaba al alma.

Oírlo en el púlpito, algo tormentoso. Sus frases, de descuidada urdimbre, salían de su boca tartajosas, condenatorias, atropelladas en rumores de tábanos dispuestos a pinchar la víctima. El fango del pecado todo lo envolvía y salpicaba. Dios era la suprema venganza. Livianas todas las mujeres y corrompidos los hombres. El infierno abría sus fauces para tragarse la humanidad entera.

Terrible cuando le daba por los asuntos atañeros al pueblo. Los vicios y defectos salían con nombres propios, subrayados con amenazas para los que protestaban, porque allí estaba el coraje de su ánimo y el relieve de sus bíceps en afirmación de sus cargos. El era el amo y por sobre de él, nadie. Esto lo decía con subconsciente alboreo de complacencia, traducido en despectivo gesto irónico. Producto brumoso de un ancestralismo de sometidos, que tomaba revancha contra las clases dirigentes, representadas por los señores de ayer, a cuyas órdenes sirvieron sus abuelos, por las severas matronas de cuidadas y aristocráticas virtudes, que mucho se apartaban, en sus aires y sentimientos, de la buena aldeana que lo amamantó a sus pechos, y por las doncellas de secretos encantos y piel satinada de pétalos que, en momentos, sin él mismo explicarse la causa, lo ofendían hasta el delirio con

su sola presencia...

Por cierto que con una de ellas, cierta vez, revasó la medida de sus iras, lo cual estuvo a punto de provocar un conflicto.

Era un día de fiesta en el templo, y el Padre no daba a basto en el confesionario para atender a las penitentes, que, en solicitud de purificación, se le acercaban. Mientras escuchaba el monótono runruneo de las faltas y defectos de las prójimas, paseaba los ojos inquisitivos por una y otra parte, como era su costumbre, con el pañuelo de vivos colores frente a la boca. De repente, por la puerta principal de la iglesia, en apresurado taconeo, entraron airoso y cimbradores, los diez y ocho años de una carita hoyuelada y de una fina silueta, en que los caprichos de la moda estilizaban gracias y curvas. ¡Un desafío aquello a la moral y un ultraje al templo! ¡Una mujer tocada de sombrero en tan sagrado sitio y dejando al descubierto la carne del cuello y parte del pecho! No, en los días del Padre Copete.

Levantóse éste iracundo, en chispeo de indignación la mirada, congestionado el rostro. Mientras andaba, remangóse las faldas de la sotana y, desciñéndose el cinturón de cuero con que sostenía los pantalones, azotó a la muchacha, la azotó implacable, en la espalda y en las piernas, con rabia y recóndito deleite, conmovido en sus interioridades por el cosquilleo de caricia, al sentir el chasquido de la correa en la piel sedosa e intacta, y al escuchar los alaridos de la malpocada:

—Impura! Desvergonzada!

Cesó la venganza, cuando la víctima cayó al suelo desmayada, en medio del cotorreo inevitable ante escena semejante.

Hubo después en el pueblo, quejas y protestas solapadas, hasta que al fin todo volvió a la pasividad vercosa de los estanques pútridos.

En otra ocasión, el Padre Copete demostró que en el cumplimiento de su deber, no lo arredraba el juicio de los extraños.

Llegóse a Bellavista una elegante pareja de re-

cién casados, de paso para la hacienda, donde ocultarían las ternezas de las iniciaciones. Iba ella a horcadas sobre la cabalgadura, a usanza inglesa, con amplio sombrero de fieltro, de *breeches* y de botas canelas y lustrosas, que moldeaban con primor la pantorrilla y el pie pequeño, sin que lo masculino de la indumentaria, lograra disimular la deliciosa femineidad de la jineta.

Desmontáronse en el hotel, en solicitud de descanso y refrigerio, sin reparar, absortos como iban en sus pláticas, en que al paso por las calles, habían despertado la curiosidad de los desocupados. A la mesa estaban, cuando, entre murmullos de un pelotón de muchachos, que en la puerta de entrada se encontraban, apareció el señor alcalde o mejor dicho, don Cacicano Cambas y Bohórquez, personaje ilustre en los anales de Bellavista.

—Vengo—dijo después de saludar con gesto hosco—en una penosa comisión de nuestro santo párroco el Padre Copete. El no quiere, en manera alguna, el escándalo en su grey, y las autoridades civiles estamos dispuestas a apoyarlo.....El dice que por ningún pretexto—y recalcó la x—puede tolerar el traje inconveniente de la señora, y en consecuencia, él y yo de consuno—y recalcó el uno—hemos resuelto que ustedes se sirvan abandonar la población para evitar un conflicto.

Asombrados quedaron los esposos. ¿Pero era posible semejante proceder? La muchacha tuvo amagos de llanto ante la ofensa. El marido miró fijamente al mandatario, el hombre engrasado, de hispídos bigotes, de barba mal cuidada y con el simbólico bastón.

—Pero, señor, ¿qué falta hemos cometido?—se atrevió al fin a preguntar.—¿No estamos en un país libre?

—Libre sí—repuso don Cacicano—pero no atacado de libertinaje.....Y ese traje, caballero..... Y además, el Padre Copete.....En todo caso le aconsejó, por su bien y por la tranquilidad de su señora, que obedezca mis órdenes.....

—Pero esto es un atropello.....

—Vea, joven, le ruego que economicemos explicaciones y sobre todo palabras irrespetuosas..... Aquí no hay más que hablar.....Lo dicho, dicho.. Tienen cinco minutos para abandonar el pueblo, y eso por las calles más excusadas.

La mirada y el ademán de don Cacicano eran en esos instantes los del can que se dispone al mordisco. Feroz el buen señor, como el hombre nearthentaliense, en cuyo rostro, en el correr de los siglos, apelmazados quedaron los rasgos de todos los animales de presa.

Imposible la desobediencia, por lo tanto. El nombre del Padre Copete estaba en juego, y era inútil la protesta en cualquier sentido. El señor alcalde y hasta el instinto popular, sometido y terrible como una fuerza de la naturaleza, obraban de acuerdo para que la religión y la moral no fueran violadas.

Al esposo, frente a la humillación, lo conmovió un ímpetu de altivez, pero ante los ojos náufragos en llanto de la dama y las manecitas calinas que enmarcaron su rostro en caricias suplicatorias, no tuvo más remedio que ceder, y allá quedaron intactos, sobre el mantel, los vasos de leche, los huevos en cacerola y los panes calientes y provocativos, apenas pellizcados.

Pero donde culminó la belicosidad mística del Padre Copete, fué en un diciembre.

Como es lógico, los de Bellavista no olvidaban nunca el alero familiar, y los en la capital establecidos, al predio nativo volvían los ojos, cuando la vida ciudadana se intesificaba con sus múltiples exigencias, tornando flácido el ánimo y excitables los nervios. Las épocas de vacaciones, sobre todo, no las perdonaban. Allá caían en manada, hombres y mujeres, en son de descanso y de inocente esparcimiento. ¡Es tan grato recordar las horas cándidas y tranquilas, trancurridas en el hogar, en medio de la nidada fraterna, que preside la mirada complacida de la madre y la fingida severidad paternal!

Agréguese, que los bosques y prados contemplados en la niñez, lo mismo que la línea sinuosa del horizonte, por donde volaron nuestros primeros ensueños, po-

seen un raro y sutil encanto primaveral, que dá vigor y consuelo cuando la realidad nos ha crucificado entre sus garfios inmisericordes. Y agréguese también, que para el antioqueño, la nochebuena es la fiesta de la raza y de la familia.

Los buñuelos, dorados y esponjosos, no pueden ser freídos y no saben tan sabrosamente sino en la atronadora compañía de los chicos. Del mismo modo que la natilla no da el punto preciso, si el mecedor que revuelve la masa no lo mueven a ratos manos queridas... Después, la novena del Niño, las salves a la Virgen, los fuegos artificiales, los aguinaldos, las fiestas de plaza, los arpegios trastornadores de bandolas y guitarras, todo aquello, en fin, que teje la psiquis de la infancia, arraiga el hombre a la tierra matriz y en el correr del tiempo, por intermedio de las evocaciones, crea en él el alto sentimiento de patria.

En el diciembre del suceso, los paseantes resolvieron revivir las alegrías de Bellavista y con tal objeto concertaron una tertulia en casa de don Miguelito Restrepo, persona respetable y quista. Los iniciadores eran, principalmente, matronas y muchachas de la alta sociedad, ausentes desde hacía tiempo, y el programa que elaboraron tenía el atractivo simplista de las cosas familiares: primero la novena del Niño, ante el pesebre ingenuo y anacrónico, en que parte muy directa ponía la infantil fantasía, en asocio de las personas mayores, la chiquillería y la servidumbre, y con el aditamento de villancicos y trovas entonados al compás de tiples y guitarras. Después el baile, en el que predominaba el vals aristocrático, el pasillo rumoroso y el schotis palatino, y por el último el ambigú, a la media noche, con todo y las morcillas y chicharrones del cerdo, sacrificado esa mañana como cruento sacrificio a los lares de la glotonería y de la abundancia hogareñas.

Fueron sonados y espléndidos los preparativos, y el pueblo chisporroteó de entusiasmo y comentarios. No faltaron, como es humano, las censuras a la sordina de los que siempre se quedan a las puertas de la fiesta, contra las autoridades civiles y eclesiásticas,

que permitían las diversiones a los ricos, cuando para los humildes sólo existían reprobaciones y desdenes.

Llegó la noche esperada, y la casa, convertida en un ascua, botaba sobre la calle y los espectadores, por las ventanas abiertas, cuadriláteros de incendio, junto con la musicalidad de risas y acordes.

Todo marchó en calma mientras se rezó la novena, pero en cuanto empezó el baile vino lo inesperado.

Por la esquina próxima avanzó una turba frenética, encabezada por el Padre Copete y compuesta de hombres, mujeres y muchachos de la supia social. Llevaban, entre gestos airados, palos y piedras.

—¡Abajo la inmoralidad! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la religión! ¡Mueran los ricos corrompidos!

Formóse un barullo indescriptible. La masa humana se agitaba como una bestia monstruosa y babeaba toda clase de abyecciones por sus mil bocas estridentes.

El Padre entró en la casa seguido de los más atrevidos, y sobre el tapiz de la sala de baile, arrojó un gran crucifijo que llevaba consigo:

—¡Allí lo tienen—gritó—¡Bailen sobre él sin son capaces!... ¡Pisotenlo para que completen la obra!... Allí está para que las mujeres lo escarnezcan con sus modas indecentes y sus liviandades... Pero, eso sí: no olviden que sobre este pueblo infeliz lloverá fuego y sangre por los pecados de los ricos... y que tienen que acabar conmigo, que soy el representante de Cristo, antes que permitir la impureza...

La música cesó inmediatamente. Todo el mundo guardó silencio en asombros y en congojas. La mayor parte de las señoras, huyeron aterradas a las habitaciones interiores. Algunos hombres, conciliadores, rodearon al sacerdote.

—¡Cuidado con el Padre!—bramó un mulato enfurecido, precipitándose en media sala, la amenaza en el rostro, el puñal en la diestra.

—Nó, nó. Calma, calma... Si al Padre todos lo respetamos... Si se hará lo que él quiera... No se

ofusquen....

—¡Por Dios, tengan prudencia!—dice una señora con amagos de llanto y rostro de dolorosa.

—¡Virgen Santa! ten piedad de nosotros—exclama otra.

—No, es que yo acabo con esta vagamundería, aun cuando tenga qué trancar muy duro—vocifera el Padre.

—¡Y aquí estamos todos, mi Padrecito, para defenderlo!—grita uno de los invasores.

—¡Y que se pare el más berriondo de los cachacos!

—¡Viva la religión!

—¡Viva la Virgen!

—¡Abajo el escándalo!

Fuéra la multitud vaciaba, bajo la bóveda celeste, florecida de estrellas, la pústula de sus malos instintos. Aparecía el valor irracional de la pandilla, como máxima expresión de la cobardía humana.

La partida estaba ganada por el Padre Copete. Habló éste, excitado, dominante:

—Ahora, ¡a dormir todo el mundo!... Ya deben estar satisfechos porque han escandalizado al pueblo.... Apaguen esas luces, cierren las ventanas y que los músicos se larguen a otra parte a beber aguardiente.... Y ustedes, mujeres, a hacer penitencia para que limpien esas almas y no corrompan a los hijos con el ejemplo... ¡Bonito modo de celebrar el nacimiento de mi Amo y Señor!

Una vez en la puerta de la calle, arengó a las gentes y terminó ordenándoles que lo acompañaran a rezar una oración purificadora.

\*\*\*

En política, un caudillo de talla procera. Nadie como él para trabajos y rabulerías eleccionarios. Los cascotes de su mula, en vísperas de votaciones, dejaban el sello de las herraduras en veredas y labranzas. La abstención de votar por el bando conservador era nefando pecado, castigado con excomunión. Dividía el

país en dos porciones: de un lado, los de sus simpatías, aliados del Señor, y del otro, los rojos herejes, asesinos y bandidos, sin excluír, por supuesto, a las mujeres, que si liberales se titulaban, no podían colocarse en la categoría de señoras.

Y en el confesionario, como en la plaza pública, cerrado contra el crimen y la herejía. No absolvía a quien no protestaba de sus ideas, como tampoco bautizaba hijos de liberales, ni menos bendecía matrimonios oliscados con el credo nefando. De allí que no fuese raro el caso de niños crecidos sin el inicial rito de la Iglesia, como que menudeasen las uniones ilegítimas en las clases modestas, cosa excepcional hasta entonces.

Sus sermones, en infinidad de ocasiones, puras proclamas de revolución y exterminio, en los cuales, si el arte por algún resquicio hubiera penetrado, tendrían sapidez de pólvora y sangre y habrían rasgado el aire con el flechazo sonoro de las cornetas y la bélica estridencia de las armas.

Pero no: natura con él fue avara en asuntos de elocuencia, y por eso, de su boca sólo se desgajaban racimos de ignominia contra hombres, sentimientos e ideas, como las arengas en el Congreso de la República del indio pintoresco y tradicional Sotero Peñuela.

En sus actividades catequistas y políticas, lo apoyaba irrestrictamente don Caciano Cambas y Bohórquez, el mencionado alcalde. Formaban "una man-corna", como decían en el pueblo. Un solo pensamiento con dos grandes cuerpos y cabezas, para planear y obrar. Deseo del uno, acción inmediata del otro, y viceversa. Caso curioso de gemelismo intelectual, como el de los hermanos Goncourt, Tharaud o Alvarez Quintero.

Este don Caciano había sido sargento mayor en la guerra de los tres años, y había militado en las guerrillas de Marín en el Tolima. Un herejote de muy malas entrañas, según la fama pregonaba; verdadero perro de presa, que no perdonaba prisionero y era piadoso únicamente para acortar los sufrimientos de

los heridos indefensos.

Derrotado, y después de sufrir cárceles y grillos, volvió a Bellavista en donde había dejado a doña Alejandrina, su esposa, en la pura districia, con dos crías que murieron de consunción durante su ausencia. Por todo haber trajo unas fiebres palúdicas periódicas, alternadas con crisis alcohólicas, prolongadas hasta por quince días, y toda la bazofia del idioma español sacada de los cuarteles, aparte de una autobiografía recargada de heroísmos y de asombrosas gestas.

Nunca quiso trabajar, ni juzgó el trabajo compatible con sus méritos. Como revolucionario, era el hombre de las ideas redentoras, que gran prestigio había dado a la causa, y por allí se andaba, en las épocas en que la tripa aullaba por alcohol, en el estanco y en las cantinas, haciendo historia colombiana, con todo y planes de futuros pronunciamientos y combates, aliñados con odio feroz hacia "los ricos y la burguesía, enemigos del pueblo y de los hombres de talento".

Así vió correr los años, hasta que un día vino el arrepentimiento, en un guayabo portentoso, después de unos ejercicios espirituales dirigidos por un reverendo jesuíta, y a los cuales, por iniciación de doña Alejandrina, con ayuda de varias señoras, fue llevado casi a la fuerza.

De los exabruptos de impiedad pasó a los deliquios del misticismo, y del radicalismo disolvente subió, por la árida cuesta de la miseria, a los ubérrimos pastales conservadores. Y no fue un conservador flojo y desteñido como tantos, sino activo, apostólico, perseguidor, con todo y protesta, publicada en varios periódicos de la capital y refrendada por testigos, entre los cuales estaba el Padre Copete, que se vanagloriaba del alma que para el cielo había ganado.

Daba gusto ver al borrascoso don Caciano, convertido en mansa oveja del Señor. Edificante, cuando, en ocasiones solemnes, ejercía de monago o cuando en las procesiones, la cabeza descubierta y los ojos velados en penumbras de humildad, soportaba el peso de las imágenes o de los gonfalones sagrados, al propio tiem-

po que las inclemencias del resistero. Como glorioso paladín, en los días turbulentos de luchas políticas, en que descolgaba el yatagán de su panoplia retórica, para descargarlo sobre "los secuaces de la hidra revolucionaria, enemigos de la Iglesia", a quienes a fondo conocía "porque con ellos había conmlitado en horas de satánico extravío".

Era el converso decidido que, a todo trance y por medios espectaculares de justo desagravio, quiere desacreditar y perseguir las ideas y sentimientos que antes constituyeron la trama de su sér moral. Por eso, nadie como él para redactar una circular política o un telegrama cargado de vituperios. Ni nadie le igualaba en el utraje palabrero y la sevicia contra el adversario. Sangre y persecución, eran palabras que detonaban de continuo en su boca, como el estridor de las chicharras en la tierra caliente. Y así, de odios y plegaduras de carácter, fue tallando en corto plazo los trazos severos de su enhiesta personalidad política.

Los excesos alcohólicos, de nefando recuerdo, no había para qué mencionarlos. La voluntad, iluminada por la gracia, los había borrado para siempre de su regenerado organismo. Gentes envidiosas, que no faltan, murmuraban que ciertas periódicas ausencias a los campos vecinos, no tenían otro fin que el culto a las antiguas aficiones, pues como el vulgo afirma: el que aprende a beber es como el que aprende a leer: nunca lo olvida. Pero tales decires, eran simples calumnias de los que nunca contemplan con buenos ojos el perfeccionamiento del prójimo.

¡Imposible que don Caciano abandonara la senda de conversión por donde, con paso seguro, había penetrado! ¡Con lo lozano que se mantenía y lo bien que lo pasaba! Tranquilidad y pan seguro en la casa, no obstante los despegos para con doña Alejandrina; consideraciones sociales de todo género; su nombre en aureola de prestigio y citado a cada paso como ejemplo; influencias decisivas en los destinos del pueblo... Si hasta llegó a ser amigo íntimo del Dr. Leonidas Escandón, y contertulio muy bien mirado por los que todas las noches acudían a su almacén, cenáculo má-

ximo y de elevado prestigio, en busca de orientación y de locales comentarios.

Y de tal manera se pergeñaron las cosas, que don Caciano mereció las investiduras del alcaldazgo, por los manejos del Dr. Escandón, de acuerdo con doña Agripina su santa e influyente señora, con sus eminentes amigos, los notables del lugar, y, muy especialmente, con el Padre Copete, que vió la hora llegada de regeneración para sus feligreses.

—Ahora sí tenemos alcalde—decía en su círculo el Dr. Escandón, quien, como el Padre, era implacable en la lucha contra el mal, al propio tiempo que enemigo solapado de “las gentes de pergaminos y de sangre azul”, por él calificados de tal laya, con incisiva y plácida sonrisa. Figúrense, un hombre como don Caciano que se ha regenerado de modo casi milagroso, a quien es preciso apoyar para que fortalezca sus ideas y a quien nosotros podemos ayudar con nuestros consejos.... Ahora sí acabamos con la vagamundería, los rojos y las malas costumbres de este pueblo. Ya verán ustedes cómo lo limpiamos de las ideas perniciosas que, poco a poco, se han ido adueñando de las conciencias....

Doña Agripina, la tarde del nombramiento, envió a la esposa de don Caciano el festejo de un pastel de dulce, con todo y monograma de grajeas plateadas sobre la comba azucarada, y el Padre Copete, en la plática dominical, habló de las excelencias del nuevo mandatario y de la campaña de purificación que iban a emprender. Esto, aparte de una retreta de gala con que se obsequió al favorecido.

Los primeros decretos de don Caciano encerraban el espíritu de la sensatez: persecución a los perros callejeros, cierre de tiendas, cantinas y de los dos billares del pueblo, a las ocho de la noche, prohibición de serenatas y murgas nocturnas, destierro de las cinco o seis pelanduzcas que en Bellavista comerciaban clandestinamente con sus problemáticos encantos. En seguida, poco a poco, aplaudido por los “elementos sanos”, fue tomando alientos, hasta convertirse en moralizador máximo y en “baluarte de las instituciones” o

en “experto timonel de la nave del municipio”.

Convirtiéndose el pueblo en silencioso convento. Mujeres enlutadas, envueltas en fúnebres mantos, deambulaban de la casa a la iglesia. Palidecíanse y enseriábanse los rostros, a tiempo que opacábanse y perdían flexibilidad los cuerpos. La risa huyó, porque era preciso el gesto adusto de la penitencia. Por música sólo turbaban el aire las notas dolientes del órgano en los continuos oficios religiosos. Los gratos amoríos de la juventud pasaron a la penumbra de lo vedado, porque el amor tornóse en sospechosa falta. Mozo frente a una ventana, florecida con agraciada carita femenina, un peligro social, simple elemento de escándalo, y a poco el gendarme con orden del alcalde para impedirlo. Los labradores mermaban sus haberes y las horas de trabajo, para costear y concurrir a las innúmeras fiestas del culto. En los hombres del pueblo extendía el tedio sus gasas, al no encontrar en sus hogares, ni en parte alguna, la mujer amorosa, la suave animadora y consoladora, sino la penitente o la catequista. Visitas y tertulias figuraban como vanos pasatiempos, y las gentes sólo se trataban en el templo, a escondidas y en medias palabras, en el seno de múltiples comunidades y asociaciones místicas.

Los espíritus densos y ascéticos del Padre Copete y de don Caciano, habían penetrado cosas y personas de un oscuro sentimiento de venganza contra las claridades de la existencia, en el afán santísimo de preparar las almas para el reino de los cielos. Y a ello contribuían en gran parte las actividades de doña Agripina de Escandón, muy política y sentenciosa, con todo y meneo de cabeza, especie de doctora mística que, en última instancia, resolvía los más intrincados casos de conciencia, aparte de que su acción vigilante era definitiva y suprema en lo al culto referente. Hasta dotó al pueblo con nueva significación de vocablos como “disiparse”, “profano”, “recogimiento” y “vida arreglada”.

Todo lo cual, sin embargo, no impedía que, por pestíferas y azufrosas influencias del Réprobo, el chisme, la delación y la hipocresía, se hubiesen desliza-

do en las diversas capas sociales, como las cucarachas, ratas y demás bichos repulsivos, en las habitaciones abandonadas, y que los días en Bellavista, en vez de transcurrir plácidos y serenos cual compete a gentes sin mayores afanes, estuvieran poblados de zozobra y temor hacia algo desconocido, que paralizaba la voluntad y tornaba los ánimos en apocados, suspicaces y agresivos.

Don Caciano rompió hostilidades contra los mozos pudientes del pueblo, dueños de minas y haciendas de las cercanías, que se robaban las voluntades con su plantaje y timbres de familia. Antonio Aldana, Fernando Ocampo y Andrés Luján, eran los peores, sin duda alguna. Al mercado acudían los domingos, jinetes en briosos caballos, para hacerse a los comestibles de la semana. Amigos de jaranas y tragos, después de despachar sus negocios, caían en *La Gloria de Don Ramiro* a dar escándalo con sus risas y charlas, o recorrían las calles, antes de marcharse, luciendo las donosuras y garbos de sus cabalgaduras, frente a postigos entreabiertos, por donde escrutaban miradas anhelosas. Esto cuando, contra toda providencia, no turbaban el sueño de los mansos vecinos con músicas y cantos.

Y lo peor no era eso solo. Espiones moralizantes de don Caciano, le habían soplado que algunos de ellos se entregaban a relaciones abominables por allá en sus selváticas soledades.

Intolerable aquello. Bueno descopar. La ley, en esta vez, no sería el perro rabioso que sólo muerde a los de ruana. Imponíase un escarmiento ejemplar, empezando por los cachaquitos platudos, pensaba don Caciano, frotándose las manos de gusto. Ya verían. Con él no se jugaba.

Consultó el caso con el Padre Copete, con el Dr. Escandón, con doña Agripina, y claro, la opinión fue unánime: la labor moralizadora debía empezarse por los de arriba, sin contemporizaciones de ninguna clase, máxime si había de por medio "malas ideas" y desdén hacia las autoridades "legítimamente constituidas". Qué les parece, ¡intentar burlarse de los a-

gentes del gobierno y atacar la política ilustre y sabia de don Carlos Vásquez Latorre!

Llovieron sobre los revoltosos multas, cominaciones y citas a la alcaldía. La ley, en forma de sumarios, empezó a entenebrecerles la vida, y, como era natural, la inquietud se apoderó de las familias. Algunos de los perseguidos se recluyeron en sus haciendas y nunca se les vió más por el pueblo.

Don Caciano triunfó en toda la línea con su moralidad intrépida. Del agobiado rebaño, él y el Padre Copete, eran los hoscos pastores, engrandecidos por el miedo colectivo, contagioso como el más sutil y venenoso de los gérmenes microscópicos. Tenían enemigos, pero entre vagos y perdidos, incapaces de habérselas con ellos. La mansedumbre y la impotencia de la anemia tropical reinaba en Bellavista. ¡Paz en la tierra a los sometidos y abúlicos!

\*\*\*

—Pero, hombre, es increíble que las cosas hayan llegado a esos extremos—exclamó Quintana, una vez que se hubo enterado de la mezquindad que arropaba el pueblo. No parece que aquí habitaran seres racionales, gentes a quienes les circule sangre por las venas. . . . . Están atacados de la peor de las enfermedades, que es la parálisis del ánimo. . . . Francamente, y perdona el exabrupto, parece que aquí no hubieran varones. . . . .

—Ah! y qué quieres que hagamos?

—Pues protestar, resistir. . . . . Hablen con el Gobernador y el Señor Arzobispo. . . . . En todo caso acaben con el mal. . . . . Porque no me negarás que la vida que están viviendo es miserable.

—Claro, que es una vida infeliz, abrumada de miedo, sin esperanza de salvación. Pero otra cosa es estar metido en la danza. La menor palabra de protesta, y al domingo siguiente, en la plática, los ultrajes del cura, con el consiguiente boicoteo de los vecinos, aparte de las lágrimas y cantaletas de las mu-

jeros de la casa. De paso, las amenazas de don Caciano, con la fianza indispensable, para no ser uno "el perturbador de la paz social", como él dice. Después, dificultades aun en los asuntos más insignificantes, hasta para comprar el mercado con el dinero en la mano. Y es que al que tiene la menor diferencia con las autoridades, lo aíslan sin remedio. Se convierte en el lazarino de la edad media. Si se va a casar, obstáculos de toda clase, con firma y protestas contra lo que uno opina en política, en esta política nuestra tan sin ideología y tan chiquita... Si tiene un hijo, no se lo bautizan porque es hijo de rojos. En caso de confesión, es preciso de nuevo la protesta, con todo y testigos, para que lo absuelvan.... No te imaginas nada más depresivo y tenebroso.... Y te advierto una cosa: si quieres estar tranquilo, cuídate mucho de lo que dices; cuidado con la menor palabra! El amigo más íntimo te delataría para ganar méritos con los mandones.

—No se concibe que en una república libre y en pleno siglo veinte, haya todavía esclavos. Es la miseria de una raza que se titula fuerte—exclamó Quintana, arrojando una bocanada de humo.

—¡Y tenérselo qué aguantar, mi viejo!... Aquí hace falta una nueva guerra de independencia, créelo. Se habla de libertades, pero las tales no existen sino en los grandes centros.... Los que vivimos en las poblaciones pequeñas somos parias, y estamos vejados y embrutecidos.... Y es que nada es más deprimente que la tiranía de los caporales y de las roscas de ricachos de parroquia.... Se puede tolerar un dictador culto, de sangre noble, de gustos selectos, de amplio idealismo, pero un picapleitos como el doctor Escandón, un dipsómano pordiosero como don Caciano o un mulato engrandecido como el Padre Copete, es imposible. Lo zafio de sus mentes y modales ultrajan, desde el sentido común para abajo, todo lo que se quiera.... Ustedes, en las ciudades, no saben de estos problemas, no saben de miserias. Son dueños de su propia existencia y conservan íntegra la personalidad, sin que sufran los atropellos y deformaciones de los que debían

estar sudando el alma, cargando fardos, y no metidos dizque a directores y mandatarios.... ¡Figúrate lo que será, al fin y a la postre, lo pomposamente llamado "el alma nacional" con semejantes trogloditas a la cabeza!

Olivares, por los vapores del whisky y las acedías de las remembranzas, había subido el tono. De tal suerte que a poco más, podía alcanzar los lindes de un discurso. Presentóse en esas el Mico Morales, en mangas de camisa, con una toalla no limpia colgada al brazo:

—Ve, viejito, habla más paso, que hay en la puerta están dos policías atisbando para acá y te pueden oír.... Aquí estamos fregaos, mi don Manuelito. Lo que éste dice es la verdad.

—Bien lo veo—dijo Quintana, con repliegues de dolida sonrisa. Fregaos con jota grande, mi querido.... Y será mejor que nos dé las últimas copas, a ver si así se calma la murria.

Cuando aquéllas estuvieron listas, Quintana, en tono confidencial, preguntó a su amigo:

—Bueno, y aparte de cosas desagradables, ¿qué hay de Josefina, la suave?

Animáronse los ojos de Olivares detrás de los lentes:

—De veras! Si no hemos hablado de ella.... Divina, como siempre. La único digno de estos rastrojos. Ya la verás.... Los años no han pasado por su real persona, y conserva íntegra la luminosidad de su espíritu. Con ella sí no puede la prosa que nos rodea. Apacible y tranquila, un tanto desdeñosa contra fanatismos y gazmoñerías, va a la iglesia a diario y después cultiva su jardín y se entrega a sus labores.... Hombre, yo no sé lo que esa muchacha tiene, pero parece que la rodeara un perfume invisible y radiante.

—Hola! hola! cualquiera que te oyera diría que estabas enamorado—interrumpió Quintana, complacido por una parte y con un alfilerazo de leve mortificación por otra.

—Enamorado he vivido, pero ¿qué me suplo?... Más caso me hace un pilar.... Tú bien sabes lo que

hay en el asunto, bandido! . . . Este mundo siempre es una vaina! ¿Cómo fuiste capaz de olvidarte de esa mujer? . . . Si mereces que te lleve el diablo por desalmado. . . .

—¿Pero quién te dijo que la había olvidado? . . No lo creas. . . . Su recuerdo es de la grato que tengo en la vida. . . . Y ahora con la noticia que me das. . . . Sin falta he de verla esta tarde.

En el alma de Quintana aquello fue como el abrirse de la mañana. Retornó a una dulce realidad, juzgada antes como un vago ensueño, desvanecido en el tiempo. Su instinto, unido a las palabras de su amigo, que escasa significación guardaban, despertaban el anhelo hacia lo que en horas lejanas fue amoroso escarceo.

Ahora una alegría íntima y quizás hasta inmotivada, cantaba en sus interioridades hablándole de amor. Comprendía, sin pensarlo, que estaba en ese instante supremo y brumoso en que cambia nuestro destino de modo definitivo. La mujer, la virgen triunfadora y necesaria, volvía a su vera, idealizada, un tanto melancólica, depurado y afinado el espíritu por las largas meditaciones sobre evanescentes pensamientos y sentimientos, que se juzgaron de realización imposible y que ya empezaban a convertirse en el martirio silencioso de una existencia. La mujer propia para el amor, ya macerada en jugos de amargura, con la pasión exaltada por el recato y las lágrimas calladas de los largos insomnios, dispuesta a ser la animadora del elegido, la ternura hecha carne y alma, sin las ignorancias e ingenuidades de la niña.

Por su mente, en el rápido giro de la conversación, desfiló la imagen de Josefina. Toda blancura y castidad, tenuidad de sonrisa en los labios, amorosos y profundos los ojos. . . . Y volvió a ver aquellas manos únicas, de tibieza de nido, que alardeaban aristocracias y un como tímido afán de entregarse al yugo de los cariños y contactos puros, cuando se movían como palomas, mostrando el sonrosado de la palma, en la intimidad del diálogo.

Fué la visión turbadora, la síntesis del más hondo deseo. Lo que estaba acallado, muerto por la au-

sencia, despertó, y despertó triunfador, tirano, invencible. Pensó en las recónditas sendas que sigue el sér humano cuando quiere fijarse su suerte. La melancolía de los últimos tiempos, la fatiga que experimentaba, el ansia de revivir los días de Bellavista, no eran sino la llamada del corazón que se consumía, en ansias; la voz de la subconciencia, que comandaba el tropismo hacia el alma ausente.

—No es por alegrarte el oído—dijo Olivares en tono apagado—pero esa muchacha no ha querido sino a tí. Después de que la dejaste, la ha pretendido gente muy buena y. . . . ella como si tal cosa. . . . Con todo el mundo muy atenta y simpática, pero lo que es amores. . . . con nadie. . . . Te lo digo yo que la he asediado inútil y melancólicamente. . . . Ahora te toca reparar el daño hecho, mala persona. . . .

—Vámonos—dijo Quintana por toda respuesta, levantándose pensativo. Nos veremos esta tarde.

Quería respirar el aire puro, contemplar el cielo, parlotear con gentes próximas a Josefina, mirar, a través de las ventanas, el jardín de ésta que, cultivado por las divinas manos blancas y lleno de su espíritu, era un poema de colores y fragancia.

\*\*\*

Sólo doña Agripina podía solucionar el asunto. Tratábase de un capricho vehemente, propio de gente enamorada. Quintana, a todo trance, quería uno de los paseos de otros tiempos, lejos de la población, en compañía de amigos y amigas antiguos. Exigíasele su romántica sensibilidad y uno como especie de agüero: ver de nuevo a la mujer querida, como otras veces, bajo el cielo limpio, con el rumor de rastrojos y mazorcales por fondo del idilio, en pleno desborde de la naturaleza benigna. La admiraría en toda su gracia y naturalidad, como más junto a su propio corazón, en mayor intimidad y ternura.

En el pueblo, entre seres entristecidos y apáticos, le parecía que algo de su halo angelical se borronaba,

causándole mengua a su amor. La amada silueta, en su memoria, presentábase más adorable y atrayente, asociada al cristal tembloroso del aire, a la musicalidad de los arroyos, por entre helechos y musgos, y frente a la grandiosa sinuosidad de las montañas.

Doña Agripina, en sus mocedades, había sido íntima de la madre de Quintana y miraba a éste como un querido miembro de familia, casi como a un hijo. Fíjense que le había soportado sus impertinencias y necedades, cuando era un chiquillo voluntarioso y contemplado. Si contra la rigidez de su moral, y lo preponderante de su temperamento, hasta miraba complacida las travesuras del mozo, y siempre formaba en su bando en lo de aguinaldos y noviazgos.

A ella acudió Quintana para la organización del paseo. Al principio no faltaron las naturales repulsas: que lo que dirían don Caciano y el Padre; que era un comienzo de desmoralización del pueblo; que interrumpir la calma monástica que allí reinaba; que las Hijas de María; que las Madres Católicas. Pero ante las melosidades y razones del suplicante, todo se arregló, y el paseo quedó concertado a una alquería junto a *Chorro de Plata*.

—Eso sí—dijo la respetable señora—mucho juicio. Nada de excesos de ningún género.... Adviértelo así a tus amigos, que son terribles. Piensa que soy la responsable de lo que allá ocurra, porque voy a comprometer mi palabra con el Padre y con don Caciano.... ¡Cómo son ellos de rígidos y presentármeles con semejante embajada!.... Sólo tú eres capaz de ponerme de pantalla....

—No, madrina querida,—exclamó Quintana adulator—de pantalla no, ni mucho menos, sino de hada buena de mis puros amores... ¡Con lo bella que está ahora Josefina y como pone los ojos de queriditos cuando le digo que la adoro!.... No se imagina.... Y vamos a estar como unos angelitos formales para que nos dejen repetir.... Lo bueno se repite.... Y dígales al Padre y a don Caciano que no tendrán queja de nosotros. Yo respondo.... Ay! madrina, usted es encantadora.... Si mi madre estuviera viva la abra-

zaría por la alegría que me proporciona.... Pero yo también puedo abrazarla.

Y uniendo la acción a la palabra, lo hizo.

—¡Necio, zalamero!—dijo en fingidas protestas la señora, ligeramente conmovida.

—Vea, y le advierto una cosa—continuó Quintana—la primera pieza la tenemos qué bailar usted y yo. Ya sabe: un pasillo de esos bien revoloteados y movidos....

—¡Tan bobo, Dios mío! ¡Sólo a un deschabetao como tú se le ocurren esas ociosidades!.. ¿Yo bailando? Ni en mis buenos tiempos... Y es que yo ni siquiera pienso ir al tal paseo....

—¿Cómo que no?

—Ni riesgo, mijito. No lo pienses. Les arreglo el cuento, pero meterme en esos enredos, a mis años y con mi modo de pensar.... Imposible!.... Yo lo que hago es que me conquisto algunas señoras de respeto, para que me representen, pero no más.

—Ah! pues nos va a hacer una falta inmensa, y sobre todo a mí, que pensaba lucir, bajo el dombo celeste, en el prado esmeraldino, ese porte augusto de dama romana....

—Eh! déjate de esas extravagancias y de floreos a las viejas, que eso es muy feo, y camina a tomar algo, que con tus embelecocos me has hecho olvidar de todo....

\*\*\*

Con el consentimiento del Padre Copete y la presencia exigida por éste de don Caciano, para evitar desorden y escándalos, al paseo concurrió lo más granado de Bellavista, entre hombres y mujeres. Fue fecha memorable en todo sentido. Alistáronse las mejores cabalgaduras de los contornos y se trajeron músicos de fuera para completar la modesta orquesta de Chucho Hurtado y don Pachito. Hubo amnistía general para los mozos desterrados, y allá concurrieron Antonio Aldana, Fernando Ocampo y Andrés Luján, en sus arrogantes bestias de silla.

Quiso Quintana que reinara la mayor cordialidad, y desde un principio, después del primer trago, se puso de acuerdo con sus amigos, para amistarlos con don Caciano.

En esos momentos un embrión de pensamiento cruzóle brumoso por la mente. La casualidad de los genios no es tal casualidad: es resultante súbita de algo en que, en estado consciente o inconsciente, se medita de continuo. . . . El podría ser el libertador de ese pueblo entristecido y dominado por la incultura y estrechez de criterio de unos cuantos. La alegría circundante ahora, tan sana y espontánea, le producía un sentimiento de compasión. A sus pobres amigos, con el permiso de los amos, les salía a borbotones lo que opreso les bullía por dentro. . . ¡Cuando debían vivir siempre así, en plena paz, mostrando el bienestar reconfortante de seres fuertes y francos. . . .!

No transigía con ver a su novia, que tan encantadora marchaba a su lado, luciendo ingenio y atractivos en atmósfera de libertad, sometida al medio estulto de prejuicios y chismes, donde todo idealismo se opacaba y la más limpia virtud se cubría de ñoñez e hipocresía. . . .

Había qué idear algún vedado recurso, de pura diplomacia si fuera preciso, que no ocasionara turbulencia en el pueblo, para destruir la autoridad de los caciques. Derrumbábanse reinados y dictaduras de formidable contextura, ¿por qué no acabar con tiranuelos montaraces, apoyados únicamente en la ignorancia y el miedo de seres humildes?

Emparejó el caballo con el de don Caciano, instintivamente, movido por un sentimiento caótico, en són de ofrecerle un cigarrillo:

—Bueno es que usted se dé también su día de asueto, usted que tanto trabaja. . . Sin vanas alabanzas puedo decirle que su vida es un ejemplo para aquellos empleados del gobierno, que sólo piensan en cobrar la nómina. . . . En el pueblo, por todas partes, se advierte el rastró de su labor moral y material. . . .

Sonrióse el señor alcalde complacido, abanicado por el céfiro de vanidad y aspirando el cigarrillo zur-

damente:

—Ya ve; y así son las cosas: muchos no reconocen mis esfuerzos y desvelos y creen que lo que hago es por mal. . . . Cuando a mí lo único que me interesa es la moralidad del pueblo. . . .

—Claro. Bien se ve. . . . Lo que pasa, don Caciano, es que el papel de reformador es muy serio y las gentes, por el primer momento, no se dan cuenta de las ideas saludables. Desarraigar malos hábitos es difícil y cuesta sacrificios. Pero así y todo, llega tarde o temprano la hora de la justicia. . . . Ya ve lo que ocurre con usted; ya no hay nadie que dude de su obra benéfica. Se le combatió al principio, pero al presente todos lo apoyan. Mis mismos amigos, contra quienes usted ha tenido que tomar algunas medidas, son sus primeros partidarios. Ahora me lo decían. . . .

No pudo disimular don Caciano un sentimiento de agrado. Con los elementos díscolos y fuertes sometidos, su predominio sería incommovible. El señor cura, las personas de influencia y ahora la juventud. . . . pues no había más qué pedirle a la vida.

—Eso está bien, don Manuelito. . . . Si yo los estimo mucho, pero es que han tratado de introducir el desorden y usted comprende. . . .

—Sí, lógico, pero eso se acabó. . . . Y si usted me permite voy a llamarlos para que hagan las paces. . . . Me lo han suplicado. . . .

—Por supuesto. No faltaba más.

—Entonces retracémonos un poco para hablar con mayor libertad.

Y Quintana llamó a sus amigos, en tanto que refrenaba la cabalgadura. Llegaron Aldana, Ocampo y Luján, encabezadores de rebeldía y azonadas, acompañados de Conrado Olivares.

—Los he llamado—dijo—para que arreglen sus diferencias con el señor alcalde. Como habíamos convenido, en un día como éste, no hay derecho sino para estar contentos, y ustedes, que se han dado cuenta de los méritos de don Caciano, deben entenderse como verdaderos amigos. . . . Debemos todos apoyar la autoridad para que haya orden. . . .

—Sí, mis jóvenes, yo los estimo de veras y quiero que olvidemos nuestras diferencias—se apresuró don Caciano. Lo que he hecho es por el bien del pueblo, que es el bien de todos....

—Pues por mi parte—exclamó Andrés Luján—ahí va mi mano con mucho gusto. Le pido mil perdones por las molestias que le haya ocasionado, y le prometo que de hoy en adelante, usted no tendrá queja mía.

E igual cosa hicieron los otros, tratando de superarse en gentilezas.

Don Caciano no podía ocultar la satisfacción que, después de arrugarse en sonrisas en la cara, se le regaba por todo el cuerpo. Aquello era la definitiva consagración de sus méritos y el cauce sin tropiezos de su carrera política. De allí a una curul en la Asamblea no había sino un paso....

—Allá verán, muchachos, qué tan sabroso es vivir en paz. Hay que arreglar la vida y estar en gracia de Dios. Olvidemos viejas camorras y a divertirnos, que es justo.... Vamos a ver cuántos matrimonios resultan hoy.

—Esto merece un trago—dijo Fernando Ocampo, sacando, del amplio bolsillo de los zamarreros de cuero de león, media botella de anisado y hasta media docena de vasitos metálicos, de un estuche de cuero, encajados uno en otro.

—Beban ustedes que yo los acompaño de vista—dijo el alcalde, ardido en asias interiores por el calorillo del alcohol, que pedía a gritos la frescura matinal y el olor de arneses y cabalgaduras.—Ustedes comprenden que, dado mi cargo, no puedo beber....

Ocampo, con uno de los vasos llenos, fue apremiante:

—No, don Caciano, ni riesgo de desairarnos.... Nosotros sabemos que usted es un abstemio modelo, pero hoy es un día excepcional.... Nuestro pacto hay que celebrarlo.... Háganos el favor....

—Sí—exclamó Quintana.—Vamos a brindar por nuestra amistad.... Esto es aquí en confianza....

—¡Adentro, don Caciano!

—Pero, hombres—protestaba éste, paladeando

por anticipado el trago, dilatadas las ventanas de la nariz por el penetrante aroma del aguardiente, irritadas en sed diabólica las células todas de antiguo bebedor, sugestionado por el acre perfume del campo que, con sus primaverales verduras, olorosas a próxima cosecha y a tierra removida, se tendía a uno y otro lado del camino como cubierto con inmenso terciopalo tirado al desgaire, en levantamientos y hondonadas, que el oro de tibar mañanero doraba en glorias.

—No nos puede decir que no....

—Este es un día único.

—Bueno, pues ya que se empeñan.... Pero les advierto que es el primero y el último.

Y don Caciano, con unción, tragando por anticipado un poco de aire, después de lanzar un ¡por ustedes!, con ligera inclinación de cabeza, se llevó el vaso a los labios, estirando un poco el superior, defendido por el hirsuto bigote, y apuró el contenido lentamente, los ojos entornados:

—Y está bueno el condenado—dijo devolviendo el vaso y relamiéndose los pelos con chasquido de gula.

De allí en adelante, después de alcanzar a los demás paseantes, reinó la más franca cordialidad.

El día, como de encargo para el regocijo. Ni una nube en el cielo diáfano de azul purísimo. A lo lejos, en las grietas de la montaña, *Chorro de Plata* deshilachaba sus aguas cristalinas, con ruido de rítmica monotonía, en espumas y en coloreado vapor. Los ganados, de lado y lado, levantaban la cabeza, asombrados del bullicio, al paso de la cabalgata, y después de mirar y remascar por largo espacio, volvían a la tarea de nutrirse. De las chozas y casas salían, grandes y chicos, en carreras de admirativas curiosidades para contemplar el desfile. Dibujábase el contento en todos los rostros, y en el de las muchachas, principalmente, los aires de las sierras y el fuego del sol, habían prendido provocadoras rosas de salud. Hasta los caballos reflejaban la dicha de vivir: resoplaban algunos ufanos, blanqueados de espuma, vivaces los ojos, y otros, inquietos, no cesaban en caracoleos y donosuras, como si quisieran acaparar para sí las miradas todas.

En una vuelta de la senda, debajo de árboles frondosos y frescos helechos, cerca de un hilillo de agua que rumoreaba entre la hojarasca, se tornó a las libaciones.

Resistióse otra vez don Caciano, pero ya con menos insistencia. El demonio del alcohol le ganaba, en tibia vibración nervios, voluntad y vísceras.

Fue una explosión de júbilo cuando en los corredores de ña Nicanora, encontraron a los músicos que habían marchado delante. Pie a tierra los jinetes, y una marcha estrepitosa llenó los ámbitos de arpegios. Allí sobre la grama empezó el baile. Alborotáronse los terneros y la vacada. Huyeron gallinas y polluelos. Gruñó el cerdo de seguido en el chiquero próximo.

Se atemorizaban las señoras: lo que diría el Padre Copete en el sermón del domingo. Pero don Caciano, jovial y dicharachero como nunca, las tranquilizó: tenía instrucciones reservadas al respecto; las influencias de doña Agripina para todo alcanzaban; no tuvieran miedo.

De los grandes cestos que conducían dos mozos, se sacaron algunas golosinas, y también la botella de lo cristalino y picante para refocilamiento de estómagos inanes y derrota de timideces.

Bebió don Caciano en grupo aparte, con Quintana y compañeros, en la trasera de la casa, a cubierto de miradas indiscretas, que pudieran poner mengua a su prestigio:

—Ahora sí me lo dan grandecito—dijo. El trago debe ser como los caballos: grande, que se sienta.... Eso sí, muchachos, yo hago ésto por ser con ustedes, que son muy decentes, pero cuidadito que nadie lo sepa.... Piensen en mi posición.... La primera autoridad.... El Padre....

Tranquilizólo Ocampo, poniéndole amistosamente una mano en el hombro:

—No se preocupe, don Caciano, que está entre amigos y es un día de reconciliación general.... El trago es malo en exceso, pero así con juicio, una vez entre mil, hasta falta hace para conservar la salud....

—No todo ha de ser rigor—apuntó Luján.

—¡Salud!

—¡Salud!

Cambiábasele la personalidad al señor alcalde. Decía chistes y una sonrisa espléndida en su rostro de mandatario adusto. Se alegraba el viejo. Rojizos lamparones le cruzaban la cara y se le injurgitaban las venas del cuello. Sus ojillos se encandilaban de gusto y, en llameo de miradas, lamía complacido los cuerpos esbeltos de las muchachas. Cortó unas flores y se las presentó a Josefina, en atención a sus grandes amistades con Quintana, proclamándola reina de la fiesta.

Quintana, abstraído por unos momentos, rumiaba un pensamiento untuoso de los que andan a rastras como los caracoles. ¿Sería el momento oportuno? ¿Por qué no? Triste el abuso de la debilidad del prójimo, pero injusto mil veces el martirio oscuro y diario de seres apocados, que perdían energías y emasculaban el carácter, bajo una de esas oprobiosas dictaduras de campanario, hijas de la incultura, en contubernio vergonzoso con el miedo....

Las sutiles sendas del querer lo llevaron a la contemplación de su novia, tal como la ansiara: a plena luz, en todo el desborde de sus gracias, radiante, feliz. Y así quería verla siempre: en una atmósfera libre, rodeada de naturalidad y encanto, sin la presión dolorosa de sentimientos falsificados y de virtudes de pega. Eso sólo bastaba para un intento redentor, que echase por tierra el caporalismo denigrante y selvático.... ¡Maravillosa doncella Josefina, para que la envolviese la minúscula tragedia de patanes afortunados e inescrupulosos!

Acercósele en anhelos de confidencias y se engolfaron en un diálogo de ventura.

—A caballo todo el mundo!—gritó don Caciano, después de ocultarse con los recién reconciliados. Si nos demoramos más, nos mata el sol, y lo siento por las señoras....

Después de arreglar cinchas y sillas, obedeciósele y continuó la cabalgata. Hervía el contento y la algazara. Sólo algunas parejas se retrazaban, discretas.

Se apostaban carreras. El mozo de brioso caballo lucía sus arrestos, metiéndose por entre todos y escalando barrancos, o saltando sin necesidad zanjas y malos pasos. Asustábanse o protestaban algunas damas con las audacias, y tal actitud constituía los gajes de la victoria.

Por unos momentos, Quintana y sus amigos a la zaga, hablaron confidencialmente, entre risas, animándose unos a otros.

Y mientras tanto la botella, unas veces clandestina para evitar reprimendas femeninas, y otras a plena luz, recorría las manos varoniles.

Don Caciano ya no cuidaba de su prestigio. Recordaba sus buenos tiempos de jarana. Sentíase mozo potente y taloneaba el bruto para sacar a relucir sus gallardías de jinete. Gritaba, charlaba, menudeaba piropos a las muchachas y al fin entonó, con voz estentórea, una canción:

“Cuando zumben los recios huracanes  
Y sus abismos abra el ancho mar....

A medida que se alegraba, sus amigos lo estimulaban a nuevas copas.

Llegaron a la casona de la cascada. Salas y corredores amplísimos y entablados. El jardín en el patio, salvaje, perfumado y lleno, en travazón exuberante de tallos y hojas, de las más variadas flores, por sobre las cuales revolaba una parvada de mariposas, y en las campánulas, como trompéticas feéricas, se deleitaban rumorosos colibríes. Parásitas caprichosas, en canastas de alambre, pendían del techo, rematadas en luengas barbas vegetales.

Las señoras se adueñaron del comedor y cocina, y mano a los cestos de las viandas. Entre tanto, rompía la música en notas jacarandosas y se daba comienzo al baile.

Triunfaban el amor, la alegría, la vida. ¡Cuán lejos estaba la dominadora silueta de Copete y cuán cambiado se encontraba don Caciano!

Bailó unas vueltas, muy zapateadas, con una mu-

lata del servicio, caladas las polainas y el sombrero de jipa en la mano. Sudaba a mares y los mechones del cabello le caían en la frente. Por instantes atronaba el aire con sus explosiones de júbilo como en una orgía de mineros:

—¡Arriba, morena! ¡Eche delante!

Los mirones aplaudían aduladores y ostentosos, con la complacencia de sometidos ante el amo.

—¡Y sirvan de lo bueno!

Multiplicábase don Caciano. En delirio de movimiento, iba de una parte a otra. Animaba a los silenciosos. Galanteaba a las damas. En un grupo de hombres, contó uno de sus múltiples episodios de la guerra del Tolima. Abrazaba a éste y chanceaba con aquél, en brusco desbordamiento de persona no refinada. Toda la abstinencia de muchos meses se le salía ahora en torbellino de palabras, de sudor, de gesticulaciones, de explosivo afecto. Y a cada paso, nueva llamada a uno de sus recientes amigos para que no le dejasen apagar la llama del entusiasmo.

Varias señoras o matronas, como se estilaba en lenguaje finchado, reclamaron molestas:

—Se estaba bebiendo más de la cuenta, y aquello acabaría mal.... La situación del alcalde no era tranquilizadora.

Quintana y Ocampo protestaron: la culpa no era de ellos. Don Caciano les pedía tragos, y ellos se los daban. ¿Qué otra cosa podían hacer? Lo respetaban demasiado para oponerse a su voluntad. Además, justo era que el viejito echara una cana al aire, a ver si de ese modo se libraba de los malos humores que lo estaban envenenando....

Después de bailar sin descanso, llamóse al almuerzo.

En el césped, frente a la casa y bajo los árboles de denso follaje, se tendían las parejas en grupos, y allí se les llevaban los comestibles, envueltos en servilletas de papel, sobre manteles de hojas de plátano. Apetitoso aquéllo: alternaban los huevos duros con las papas rellenas, y las tajadas de jamón con los trozos de carne posta y las sabrosuras de los muslos y

pechugas de pollo, todo anticipado por un caldo jugoso y caliente, adobado con sazonados productos de la huerta, y en cuya superficie amarillosa, se balanceaban los ojos de manteca como lentejuelas de gula, al lado de briznas de cilantro y perejil.

El viento, entre tanto, como si quisiera participar del general regocijo, bajaba de la montaña, cargado de aromas campesinos, estremecidas las alas con el rumor de *Chorro de Plata*, y después de enredarse en la hojarasca de la arboleda, acariciante, travieso, besaba las cabelleras femeninas, deshilándolas en suaves remolinos y dándoles un aire delicioso de fruto maduro, al descubrir íntegra la comba de la frente o el nacimiento del cabello, en las penumbras del cuello mórbido. O también, importuno, cuando a ras del suelo, arriscaba las telas vaporosas de las faldas para mostrar el bien torneado contorno de la pierna, apenas velada por la media de seda.

Fueron vanas las instancias para que don Cacia no tomara algún refrigerio:

—Yo no daño el trago—porfiaba.—¡Qué les parece! Después de tanto tiempo sin probarlo, para venir ahora a apiparme de comida como todos los días. No tienen ni veinte riesgos. . . Esta rasquita tan decente la contemplo yo más que a mi mujer. . . . ¡Pobrecita Alejandrina, tan viejita y pasada! . . . Si fuera como una de estas beldades. . . . Pero ella en sus mocedades también tuvo su garabato. . . Curvas muy sabrosas que tenía y muy garbosa que era. . . ¡Eh, muchachos, si ustedes la hubieran conocido! . . . Pero con el uso se me ha desperfeccionado. . . ¡No hay qué hacer con el almanaque!

Trastabillaba y daba hipidos a intervalos.

En la opinión pública el ídolo empezaba a descender de su pedestal. Para algunas señoras era el dipsómano de antes, de antiguo conocido en las cantinas, alborotando de día y de noche y dándole una vida de perros a la infeliz Alejandrina. Los hombres, fundido el temor que antes le profesaban, por las atonicidades alcohólicas, lo llevaban y traían en ruidosos alarides de cariño, sin miramiento alguno, como a un sim-

pático viejito tomatragos. En los chicos, sus gestos y cabriolas, causa de tímida reserva al principio, ocasionaba ahora hilaridad y estrépito y daban pie para que se pidiera repetición como si se tratara de los gracejos de un payaso.

En un momento le dió por lo trágico, y los poderes alcaldescos le enturbiaron el meollo. Se estaban riendo de él y eso no lo toleraba. Tenía la vara y el mando y era más caliente que "el as barbao". Revolucionario de los de verdá: era mucha la bala que había echado y aguantado. ¡Malditasea! Si hasta había visto a la muerte, difuntiendo a la muerte. Los que creían que porque tenían plata, y él era tolerante y progresista lo iban a "pordebajiar", estaban "tomaos". ¡Y que se avisparan los más chivatos! . . .

Mientras que de su boca salía a flote toda la bazofia del diccionario y de la chusma, hubo que calmarlo y darle toda clase de explicaciones.

Amorotado, la camisa entreabierto dejando a la vista parte del pecho veloso, la panza en pugna por reventar el cinturón, una de las polainas suelta, se debatía presa de un delirio combativo:

—¡No me cojan, carajo! que yo soy un violento! . . . ¡Yo soy la autoridá, y a mí nadie me chista!

Acercóse Quintana, conciliador:

—A mí sí me atiende, don Cacia. Usted y yo somos íntimos. Usted sabe cómo lo estimo.

Lo miró el aludido con ojos extraviados, como al través de una niebla, tratando de fijar la atención y de llamar el recuerdo.

—A usted, sí, mi jefe. Usted sí es persona decente. . . Lo quiero con trapitos y todo. . . Usted es de los que no destiñen: un rojito de canela. . . ¡Ah bueno que es ser bien rojo! . . . ¡Viva el partido liberal!

Y le echó un brazo al cuello.

Quintana, mañosamente, lo fue alejando del grupo. Las señoras, disgustadas y temerosas, entraban a la casa. Si de tal modo continuaban las cosas, era preciso suspender el paseo. Protestaron las muchachas: no era justo que un viejo sinvergüenza les amargara el rato tan delicioso. Más bien que se lo llevaran. Ya

había importunado lo suficiente.

Después de breve conciliábulo entre Luján, Ocampo y Olivares, se le ofrecieron nuevas copas. Preciso era apabullarlo.

—Por supuesto, mis hijos—dijo don Caciano, tumbado en la grama, bamboleante la cabeza, babeándole la boca—un día es un día, y yo quiero estar contento, pero que no me frieguen... Yo a todos ustedes los estimo más que a mi madre... Eso sí, lo único que les pido es que me apoyen y que no se tiren conmigo... Y... vean, sírvanmelo grandecito: así... que se sienta!

Con manos temblorosas agarró la coca de cuerno que se le ofrecía y, lentamente, la llevó a los labios, ingiriendo ávido parte del contenido, pues el resto se le escapó por las comisuras y fue a caer sobre las ropas:

—¡Qué bien! ¡Aquí sí hay cacao!—exclamó, limpiándose el bigote con la manga, en un paladear de ventura.

Luégo, dirigiéndose a quienes lo acompañaban, en un desborde de camaradería, les dijo:

—Bueno, viejos queridos, ahora pueden hacer lo que les dé la gana... Beban y bailen hasta que se jarten... Pa eso son mozos decentes y hay hembras de canela... Aquí no manda sino yo... Yo hago lo que quiero aun cuando se enfurruquen el Padre Copepe, el viejo Escandón o misiá Agripina. Esos son unos pendejos contemplaos. No hay que hacerles caso... Tránquenles que yo los defiende... ¡Y que se metan que está bajito!

—Bien dicho, don Caciano,—manifestó Olivares.—Nosotros lo apoyamos en lo que quiera... No es sino que usted ordene y ya, ya, nos tomamos el pueblo... Figúrese, con usted a la cabeza...

—Por supuesto, mi coronel—afirmó Quintana.—Con un jefe como usted nos salimos del mapa... Y es que tampoco hay motivo, para que usted esté por debajo de gentes que valen menos que usted.

Dilató ampliamente los ojos don Caciano, como tratando de sondear lo invisible. En las brumas de su

cerebro, desorbitado por el alcohol, surgía un dibujarse y desdibujarse de escenas guerreras. Perfilábase una marcial figura central, que no era otro sino él mismo, frente a un batallón, bajo el agobio de las balas, con la derrota de montoneras enemigas por delante, en plena apoteosis del mando supremo...

Aquellas palabras de "tomarse el pueblo", "mi coronel", "mi jefe", se le aferraban a la mente con un chispear de clavos enrojecidos y le encendían la sangre con espasmos de arrestos bélicos. ¡Si la cosa era mogolla! ¡Por qué no había de ser el caliente de otras veces? Siempre sometido a unos cuantos tipos mandones, cuando él era superior a todos en talento y en valor... Y ahora con esos muchachos animosos... Tenían toda la razón: una estupidez vivir de segundo, sometido a las carajadas y groserías de los otros, cuando podía ser el primero.

Explicó parte de las ideas que le golpeaban en el cráneo:

—No, no crean. En definitiva yo mando, y no más que yo, pero les tengo lástima a esos farsantes... ¡Ojalá que se metieran conmigo!... Si los viera como se agachan apenas me emberrincho y cojo la palabra... Les he de probar a ustedes quién soy yo en este pueblo... y es hoy mismo...

—Claro, don Caciano—replicó alguien—si nosotros no lo dudamos. Bien sabemos que usted es la fiera zarda...

—Pero ahora verán cómo los pongo. ¡Y que se páre cualquier tinieblo!

—Sí, mi coronel, y nosotros con usted!

Enardeciase el hombre, por momentos, en pleamar de gaseosa. Todo tambaleante, levantóse y arriscándose el ala del sombrero, gritó:

—¿Quiénes quieren ir conmigo al pueblo para que vean con quién juegan la plata?

Quintana, haciendo un guiño a sus amigos, quiso mostrarse apasiguador, precisamente para ser incitador:

—Cálmese, don Caciano. Estamos convencidos de quién es usted, pero quizás ahora no sea prudente...

—¡Qué cuentos de prudencia! ¡Qué me traigan ya mismo el caballo!... Y usted, mi don Manuelito, que está como nervioso, se queda acompañando a su muchacha tan linda... Los demás nos largamos, pero ya....

—Y yo a su lado, mi coronel—dijo Quintana—le dije lo de antes, porque usted vale mucho y... Pero lo acompaño donde quiera...

—Y nosotros también—corroboró el grupo.

Llegaba el momento oportuno. Luján, Ocampo, Olivares y otros aprestaron los caballos, enviando un emisario ante las señoras para manifestarles que sólo trataban de deshacerse de la mayúscula borrachera del alcalde y terminar el día en alegre esparcimiento.

Púsose Quintana al habla con Josefina:

—Te vas?—preguntó ésta, sin poder ocultar un amago de mortificación.—Creía que te importaba más el paseo de que tanto habías hablado, que las copas y desplantes de ese pobre señor.

—Claro, que me importa más el paseo, y más que todo, me importas tú, mi muchachita querida, que eres mi vida entera. Pero tú comprendes que es necesario desasirnos de ese viejito escandaloso para tener paz... Ha llegado la ocasión de eliminarlo y... lo eliminaremos... El pueblo no puede seguir entregado a sus arbitrariedades y caprichos de tiranuelo de género chico.

—¿Y no te da lástima? ¡Pobrecito! Abusar de sus debilidades...

—Sí me da lástima, pero más del pueblo... Piensa en lo que tantas veces hemos hablado de Bellavista... Además: no le vamos a hacer nada: únicamente a que se refresque en su casa...

—¡Ay! qué malito eres, Manuel!

—No, no creas. No puedo ser malo llevándote a tí, toda entera, en el alma...

—¡Embustero!...

—Sí, toda entera, toda tú, aquí en el pecho, en un rinconcito muy tibio y luminoso, y en toda mi sangre....

—¿De verdad, verdad?

—Te lo juro.

Sonrisas tenues, mortecinas, con languidez de ojos brillantados de emoción, en el rostro purificado en rubores.

—¿Y no le harán daño al pobre viejito?... Ya sabes que te lo recomiendo con toda especialidad...

—Imposible. Lo vamos a llevar con todo cuidado... Más ahora, contigo de intercesora...

—Pero.... ¿vuelven pronto y... me piensas en el camino?... Te quedo esperando...

—Sí, si así no fuera, me moriría. Tú pensamiento es lo único que me conforta y me da alas...

—Bobito... zalamero...

—¡Divina, divina! Adiós, mi bella muchachita.

Al hacer cabalgar a don Caciano hubo toda clase de dificultades: enfurecíase con la surdez de sus propios movimientos; palmeaba al caballo para aquietarlo, inquietándolo; daba órdenes; escupía; no lograba colocar el pie en el estribo. Al fin se pudo ponerlo en la silla, después de múltiples discusiones y un nuevo trago, y fue preciso amarrarlo como un chico, para evitarle una caída.

Partieron. Por el camino gritaba a los vientos don Caciano, las mayores extravagancias y dislates de su cerebro trastornado. Muy de cerca había que custodiarlo para sostenerlo y evitar que, a cada paso, echara pie a tierra. De las casas de los labriegos salían, mujeres y muchachos, a presenciar el extraño desfile. Rápidamente propagóse, por campos y veredas, la noticia de que el señor alcalde había perdido el juicio a fuerza de aguardiente. Y a medida que la comitiva avanzaba, la engrosaban toda clase de curiosos.

Cuando se aproximaron al pueblo, a lado y lado del camino, en las puertas de las casas y en barrancas y cercos, la chiquillería y el mujerío negreaban en nube bulliciosa...

—¡Que me sigan los calientes!—gritaba don Caciano, accionando con el sombrero y oscilando en semicírculo sobre la cabalgadura.

Poco a poco la acción máxima del alcohol empezaba a postrarlo. Llegó un momento en que sólo pro-

nunciaba palabras inconexas. Hilos de babas, arrojados entre golpes de hipo, que le hacían estremecer todo el cuerpo, colgaban de sus labios e iban a manchar las ropas. Sus ojos adormilados y vagarosos, apenas alcanzaban a pasearse, en nieblas de inconsciencia, sobre cosas y personas.

Al entrar a la calle principal, ventanas, balcones y tiendas convirtiéronse en un hervidero de asombros y comentarios. Los jinetes marchaban silenciosos, rodeando, con sumo cuidado, al ebrio, como si de un grave enfermo se tratara. Convínose por lo bajo en que se detendrían frente a la casa del Padre Copete, para consultarle sobre lo que obrar debían...

Y frente a la casa cural llegan los caballeros. Alguien llama a la puerta con golpes mesurados. Ahuéncanse en el ambiente segundos de expectativa. En muchos ánimos el temor ha vertido sus toxinas.

Echa pie a tierra Quintana, y entrándose al cuarto del zaguán, explica el caso al sacerdote, quien, repantigado en su silla, se halla adormilado, hojeando el breviario...

No puede creer lo que oye: es imposible, alguna infame calumnia de "los malos elementos", la envidia que se mantiene agazapada en asecho de los buenos. De un salto, todo tembloroso y los ojos inyectados, se levanta. Quiere convencerse por propia cuenta de la mancilla que ha caído sobre el pueblo. Es capaz de romperse el alma con cualquiera, si es cierto. Airado, abandona la habitación y va a la puerta de la calle con un "corrompidos", amargándole los labios. Llamea el espacio con las miradas expectantes de la multitud, que, ante la presencia del párroco, intensifica el silencio inquietante como una sima.

Don Caciano, meneando la cabeza en amagos de fijar la atención, apenas logra columbrar la desdibujada silueta de su amigo y compañero de gobierno:

—¡Arriba, mi padrecito!—grita con voz tartajosa.—No se caliente que todos estamos contentos y... el asunto está arreglado... Aquí no mandà sino yo y... estos muchachos me apoyan... Nos tomamos el pueblo sin un tiro... ¡Dese preso que lo tratamos con con-

sideraciones!... ¡Viva el gran partido liberal y... que chiste alguno!...

El Padre Copete no comprende, no puede comprender, lo que presencia. Quiere hablar en hervor de maldiciones, y sus labios no articulan palabra. Núblasele la vista en nube roja, que en zumbido de remolino se le escapa de los oídos y va a juntarse en el interior del cerebro, en una zona oscura y remota donde naufraga la conciencia. Los puños crispados, desorbitados los ojos, en mueca de odio los labios, vacila, avanza, retrocede, y dando media vuelta, cae al suelo como un bloque de piedra, fulminado por una hemorragia cerebral, según diagnóstico de los médicos poco tiempo después.

FIN

---

---

## INDICE

Ironías.....	5
Nido de odio.....	11
En el surco.....	19
Amo y señor.....	29
El muerto.....	39
Sansón montañés.....	51
Justicia.....	63
La hora precisa.....	83
El amigo.....	107
Savia criolla.....	145

---

---

### Errores de grueso calibre:

Pag.	renglón	dice:	corrijase:
6	40	retiscencias	reticencias
11	5	zocavón	socavón
25	6	se vaya	se vayan
25	41	en una vislumbre	en vislumbre
30	8	sin	sino
30	18 y 19	enemimos	enemigos
52	33	detenersen	detenerse
53	26	que comunica	que comunicaba
58	20	toman	tomar
89	8 y 9	muy hubiera	muy bien hubiera
91	21	o una	o en una
93	27	han	habian
121	6	gestiones	gestaciones
121	8	trajedia	tragedia
179	13	iuutil	inútil

Esto, aparte de muchos defectos de puntuación, que el benévolo lector subsanará.

**FAES**

**SALA DE PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**  
Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas

**BIBLIOTECA**  
**Universidad EAFIT**



100072110

